JULIO JIMENEZ RUEDA

NOVELAS COLONIALES

El Caballero del Milagro

Sor Adoración del Divino Verbo

Moisen

Cuentos

Prólogos de

VICTORIANO SALADO ALVAREZ

y

ANTONIO CASO

EDICIONES BOTAS - MEXICO

NOVELAS COLONIALES

JULIO JIMENEZ RUEDA

NOVELAS COLONIALES

El Caballero del Milagro

Sor Adoración del Divino Verbo

Moisen

Cuentos

Prólogos de

VICTORIANO SALADO ALVAREZ

y

ANTONIO CASO

INTRODUCCION

Carlyle dijo alguna vez: "Lo que yo deseo ver no son listas del Libro Rojo, ni cronologías de los Registros Parlamentarios, sino la vida del hombre en Inglaterra, lo que los hombres hicieron, pensaron, sufrieron y gozaron... Es verdaderamente deplorable observar cómo en estos tiempos tan cultos e ilustrados, subsiste aún esa clase de "Historia". ¿Podéis obtener de ella, leyendo hasta cansaros, alguna respuesta a la gran pregunta de cómo vivían los hombres, aunque esta pregunta sólo se refiera al aspecto económico, por ejemplo, qué salarios recibían y qué compraban con ellos? Desgraciadamente no podéis... "Para contestar a estas preguntas Eilcen Power escribió el delicioso libro que recoge las vidas de un campesino, de un comerciante, de la abadesa de un monasterio de la Inglaterra medioeval, de un industrial y de una mujer de su casa. Entre estas vidas obscuras se destaca solamente la de Marco Polo, el gran viajero del siglo XIII. El libro se llama GENTE DE LA EDAD MEDIA, BOSQUEJOS DE HISTORIA SOCIAL. *En un*

campo de creación puramente literaria Marcel Schwob nos ha dejado, además de esa deliciosa CRUZADA DE LOS NIÑOS, *una serie de* VIDAS IMAGINARIAS, *que son admirables cuadros de costumbres de épocas pretéritas, recreaciones de tipos consagrados ya por la historia o la fantasía desde Empédocles, el "dios supuesto" hasta M. M. Burke and Hare, asesinos.*

El autor comenzó su carrera literaria escribiendo cuentos con tema virreinal, después publicó dos de las novelas que aquí aparecen: SOR ADORACION DEL DIVINO VERBO, *que tuvo éxito en la escena, cuando se hizo la dramatización de ella, y* MOISEN, *del que había que decir alguna vez George Pillement, el crítico de la "Revue de l'Amerique Latine", que "es bajo la forma de poemas cortos en prosa una historia de judíos y de inquisidores en la Nueva España del siglo XVII. Primero la presentación de los personajes; la descripción de las fiestas y conmemoraciones hebraicas, después una tragedia de amor y de sangre que termina en las cárceles del Santo Oficio de la Inquisición, y para en el auto de fe de los acusados. Hay una profunda emoción en estos pequeños cuadros trabajados con delicadeza y de una manera que recuerda un poco el* GASPARD DE LA NUIT *de Aloysius Bertrand. Ciertamente, la tortura, el nacimiento del Mesías, el Sabat, la hoguera, recuerdan también, como lo hace notar Antonio Caso en su juicioso prefacio, los dibujos macabros de Alberto Durero y de Lucas Cranach. Alcanzan ellos una grandeza emocionante. Moisén es uno de los mejores libros de poemas en prosa de la América latina".*

Después de muchos años, y en contacto con documentos auténticos ha vuelto a reincidir en el pasado

escribiendo una serie de estampas que se refieren no ya a personajes imaginarios como los de SOR ADORACION *y* MOISEN, *aunque bien fincados en la realidad pretérita, sino a individuos que realmente vivieron, padecieron y sufrieron en nuestra Edad Media mexicana. Vidas reales que parecen imaginarias, ha dicho alguna vez. Ha tratado de penetrar en el misterio de esas almas, de conocer sus preocupaciones, de saber sus secretos, de interesarse por sus afanes y las ha recogido en un haz bajo el título de* EL CABALLERO DEL MILAGRO. *"Los últimos serán los primeros", así encabeza esta nueva edición de las narraciones pretéritas, la que ha salido recientemente de los puntos de la estilográfica moderna. Así quieren ser estos relatos, antiguos y modernos: antiguos por su asunto, modernos por el espíritu que los anima y la técnica que los produce como la de Schwob, para sus vidas, y la de Bertrand para su historia.*

Las estampas reproducen la visión de seres desequilibrados: don Guillén, el "Caballero del Milagro", el astrólogo Pérez de Soto, que se reunieron en las cárceles del Santo Oficio transformándolo, por algunos años, en un verdadero manicomio. La locura comenzó a tener sentido en los albores del Renacimiento. En la Edad Media, el loco era un poseído del demonio. La simpatía de Erasmo por los locos, la inmortal sonrisa de Cervantes transformó al loco en un ser más cuerdo que el más cuerdo de los seres... El no poder captar el límite entre la realidad y la ficción, el darle al hombre poder suficiente para crear su propia realidad circundante, colocó en primer plano, a los dementes que no lo eran sino en la medida que no cometían las locuras que los sanos realizaban, como

muestras de cordura; pero que eran más lógicos que éstos en sus acciones y sus pasiones.

Las letras de los siglos dieciséis y diecisiete se pueblan de locos insignes, comenzando por el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, y siguiendo por las no menos ilustres figuras de El licenciado Vidriera, Hamlet, Segismundo, Otelo en su pasión desbordada. Si esto era en la ficción, ¿por qué no se habían de dar en la vida tipos como los fijados en las estampas que hemos bosquejado? Piénsese además, que en esta época comienzan a crearse los hospitales precisamente para dementes, bajo la advocación de San Hipólito, que se encargaba de sanarlos. ¿Hasta dónde es conveniente que sane de su locura el insigne don Alonso Quijano el bueno?

Salgan a luz estas historias no con el afán de resucitar un "colonialismo" de pastiche, sino de recrear una época que es antecedente de la que vivimos. No pensando que todo "tiempo pasado fué mejor", sino creyendo que entonces los hombres, como ahora, padecieron y sufrieron y cumplieron una misión y se afanaron hasta morir, que es la meta que alcanzamos todos los que en la tierra vivimos. Que entonces como ahora fueron perseguidos por defender su verdad y se encendieron hogueras para acallar a los que la proclamaban. Que al trazar estos rasguños, en fin, se cumple un poco la finalidad que proclamaba Carlyle al principio de estas páginas de hacer la historia, no con los que aparecen como protagonistas, sino con la de los que sirven de comparsas y viven su vida silenciosa o aparatosamente.

EL CABALLERO DEL MILAGRO

Estampa Primera

José Bruñón de Vértiz, llamado por sus compañeros de armas en la frontera de Francia "El Caballero del Milagro", era alto, cenceño, la color cetrina, pelo y barba negra, con algunos hilos de plata en los aladares; la nariz aguileña, las manos largas y huesudas. Vestía sotanilla de paño pardo y calzas de hilo negras.

De haber nacido cien años antes habría acompañado a los discípulos de Ignacio de Loyola en la gran cruzada por la propagación de la fe y padecido martirio, tal vez en la India o en el Japón. Era dado a la lectura de libros místicos, conocía y admiraba sobre todas las cosas las obras de la madre Teresa de Jesús. Su alma encendida se paseaba por las *Moradas* anhelante de alcanzar la perfección necesaria para llegar al éxtasis y confundirse con Dios. Esto último lo había aprendido mejor en los trata-

dos de Taulero y el Ruysbrochio, alemán el uno, holandés el otro, que habían descubierto los secretos de la vía unitiva, última estación para llegar, libre de todo lastre, a la presencia divina. Sabía de los círculos en que están distribuídas las puras esencias y al leer el Apocalipsis recordaba los comentarios del venerable Gregorio López, siervo de Dios, solitario que había practicado la virtud en los yermos de Huaxtepec y Santa Fe. La penitencia y la oración mental lo habían llevado a límites cercanos a la santidad. Recordaba el ermitaño la erección de una nueva Jerusalem para los tiempos, precisamente en que el Caballero del Milagro hacía su aparición en la Nueva España, año de mil seiscientos cuarenta y seis.

Tiempos de zozobra para el mundo, como todos los que vive el hombre que anhela su propia perfección y se asoma al misterio del más allá.

El Caballero del Milagro venía de Navarra, había bajado a las llanuras soleadas de Castilla, se había hecho soldado y bajo la bandera de los tercios había recorrido buena parte de Italia y de Francia. En los Pirineos, precisamente, le fué revelado, en forma de visión celeste, su nuevo destino que era el de venir a las Indias, ejercitarse en la virtud, buscar la soledad y meditar en la muerte para alcanzar la vida. Se había embarcado en la flota que zarpó de San Lucar de Barrameda a mediados de noviembre del año de 1645, para llegar a Veracruz en los primeros días del año siguiente. Le esperaban persecuciones y martirios. Supo resistir a las tentaciones y a los halagos. Creyó ser intérprete leal de las palabras que venían de lo alto y su pluma llenó grandes folios para dejar consignado en ellos el mensaje que una cria-

tura privilegiada le transmitía. Sintióse feliz al considerarse el intérprete de una voz que juzgaba divina y en el mundo de luces y sombras en que vivía el hombre en los promedios del siglo XVII en la Nueva España, acabó por no poder distinguir dónde estaba la claridad y cuáles eran las tinieblas. En el pasmo de esta confusión vivió los últimos días de su vida y se salvó de presenciar la tragedia que vivieron hombres y mujeres que alentaron cerca de él, poseídos del deseo de penetrar en el misterio que vela el más allá.

Estampa Segunda

Josefa Romero o Josefa de San Luis de Beltrán, de treinta años de edad, nacida en Huejotzingo, cerca de la Puebla de los Angeles, hija de Juan Romero Zapata, melliza de María de la Encarnación y hermana de Teresa de Jesús y de Nicolasa de Santo Domingo, vino a México con toda su familia del pueblo de Tepetlaxtoc. Desde niña padeció desmayos. Puesta en trance oía voces celestes. En la ciudad caía a veces "como cuerpo muerto sin uso de pensamiento propio". Hablaba en lengua elevada y solía emplear el latín. Este "estado de simpleza" fué muy admirado por todos los que la conocieron. Sin embargo, sus malquerientes la acusaban de "andar muy lucida y vestida con ricos atavíos adornados de perlas y labrados, medias y ligas con profanidad asistida y regalada a título de santa de muchas personas llevándola lo que pedían, haciéndola banquetes". Venía gente a verla arrobada como en la comedia.

Era inteligente, emotiva, sabía llorar a tiempo. Se

encendía su rostro y empalidecía a voluntad. Poseía cierto don de palabra. Sus lecturas se reducían a los místicos y a trozos aislados de la Biblia. Guardaba buena memoria de los sermones que oía y de los latines que los predicadores soltaban desde el púlpito y los repetía muy a propósito cuando estaba en trance de revelar los misterios que las voces sobrenaturales le comunicaban. Su latín, sin embargo, fué tachado por oyentes doctos, de tener "intolerables y muy claros solecismos". Poseía cierto magnetismo personal y una voz llena, sonora y musical que dominaba con su arrullo a los oyentes. Las revelaciones se las dictaba al Caballero del Milagro, los ojos desfallecientes, la nariz afilada, el color quebrado. De ella se decían en la ciudad las más extrañas cosas. Su fama crecía como torrente que se despeña en día de tempestad.

De fuera comenzaban a llegar peregrinaciones para atestiguar el milagro. Ella había dicho una vez que poseía la llave del Purgatorio y que en su mano estaba el liberar a las almas. Todos los que tenían algún difunto corrían a ella para buscar su intercesión. Atraído por lo que de ella se hablaba, Bruñón de Vértiz se convirtió en su más exaltado defensor

Estampa Tercera

Hermana de la anterior era Teresa, que adoptó el nombre, ya santificado, de la doctora de Avila, Teresa de Jesús. Nacida como su hermana en Cholula, había venido a México con la familia. Se consideraba mensajera también de Dios y de los santos. Más joven que Josefa, más dada a las vanidades y miserias

del mundo, trató en su tiempo de revelaciones llenas de cosas increíbles y contra toda buena Teología, "engañando a muchísimas personas, vendiéndose por espirituales, afirmando tener revelaciones del cielo, pláticas muy de ordinario con Jesús y con la Virgen, en cuyo nombre daba respuestas de diversas cosas que le preguntaban personas de poco entendimiento que la tenían por santa, trayéndolas engañadas porque la regalasen y le diesen dádivas aprovechándose por este camino de sus haciendas, recibiéndolas con título y nombre de limosnas y comer y beber". Enamorada de un joven mestizo tuvo un hijo antes de entrar en las cárceles del Santo Oficio y otro que nació en ellas. Era de carácter vivo. Violento en todas sus acciones. Pasó su niñez en la villa de Atlixco, criada por una tía suya llamada Mari López, hermana bastarda de su madre, casada con Alonso Méndez, labrador. Se reunió con sus padres en el poblado de Tepetlaxtoc y de ahí vino a México a la edad de catorce años. Y de la ciudad no ha salido como no sea en peregrinación a las ermitas de Nuestra Señora de Guadalupe, de los Remedios o a pasar unos días con su hermana Encarnación en la Huerta del Marqués. Esta Encarnación era hermana melliza de Josefa de San Luis Beltrán, y habitaba con su marido en la huerta susodicha. Estaba casada con Diego Pinto, de oficio herrador, y participaba también en los embustes y embelecos de las dos hermanas, a pesar de ser madre de tres hijos y quizás por subvenir a las necesidades del hogar, ya que su marido holgaba más de la cuenta. Nicolasa de Santo Domingo constituye el último vértice de este cuarteto singular. Los

demás hermanos participaban accidentalmente en el drama.

Estampa Cuarta

Melchor Pérez de Soto, "el Astrólogo", practicaba la Astrología en el año en que el "Caballero del Milagro" llegó a México. Nieto de simples labradores de Galicia por línea paterna y por la materna de un conquistador de Cholula y de Elvira de León, natural de Guatemala, había nacido en Puebla por 1606. El Arzobispo don Fray García Guerra lo había confirmado y de su padrino Francisco Zamorano heredó la afición por la arquitectura. Su padre y un tío suyo ejercían también el arte de construir. El se hizo arquitecto y dirigía por entonces como Maestro Mayor el levantamiento de la fábrica de la catedral. En menesteres de su oficio inspeccionó la fortaleza de San Juan de Ulúa. Don Pedro Porter de Casanate, almirante de la Real flota de España, le enseña a Pérez y Soto el arte de la Astrología judiciaria, en un viaje que hizo con él a California. Desde entonces se aficionó apasionadamente al estudio de los astros y supo levantar figuras y adivinar el secreto de las estrellas. Otros maestros lo perfeccionaron en él, el agustino Felipe de Castro y el mercedario Diego Rodríguez, catedrático de matemáticas en la Universidad. En su casa se reunían otros estudiantes de astrología: Julián Espinosa, un tal Jarava, otro que le decían el Saboyano, un médico de apellido Bonilla. Por medio del arte que practicaban sabían del porvenir, descubrían hurtos, encontraban cosas perdidas. Un mu-

lato libre llamado Gaspar Rivero Vasconcelos, le proporcionó unos papeles de astrología.

Por no saber latín recurría a los buenos oficios de su vecino, don Nicolás de Robles para que le tradujera varias obras de Astrología: las de Ali Aberenfel, las de Tomás Buderio, las de Claudio Darioto. El bachiller José Benítez de la Cruz, estudiante de filosofía en el colegio de los Jesuítas le puso en romance las de Guido Donato, Omar Tiberino, Ptolomeo, y leía con entusiasmo a Pedro Ciruelo. Su biblioteca estaba bien abastada de los mejores libros de su tiempo. Leía con provecho a Séneca en sus proverbios y con deleite libros de *Caballerías*, de los que llegaban a la Nueva España, a pesar de las prohibiciones que caían sobre el traslado de semejantes obras de la Metrópoli a las colonias. ¿Hasta qué punto la lectura de *Filidon de Ideria*, del *Caballero Palmerín*, del *Palmerín de Inglaterra*, del *Caballero Platir*, del *Lisuarte de Grecia* y del *Florisel de Inglaterra*, contribuyeron a la pérdida del juicio de nuestro caballero? ¡Quién lo sabe! Aficionóse a la consideración de lo sobrenatural a pesar del realismo de la picaresca que también frecuentaba desde el *Lazarillo de Tormes* hasta la *Vida del Buscón* de Quevedo, pasando por el pícaro Guzmán de Alfarache y las novelas de Salas Barbadillo.

Su fama como astrólogo cundió bien pronto por la capital de la Nueva España. Adivinó que Juan Vital era organista por el día y año de su nacimiento, predijo la muerte de don Juan de Mañozca; adivinó por las rayas de la mano que un lego de cierta orden había de casarse, y se desposó... después de habérsele despedido de la regla a que pertenecía,

predijo la corta vida de una monja y por ello se hizo ejemplar religiosa.

¡Con cuánto amor trabajaba en la obra de la catedral! ¡Cómo iba armando las piedras que se iban superponiendo para completar la fábrica! ¡Cómo sentía en lo hondo la voz de las campanas que una a una iban ocupando su sitio en los mechinales!...

Discurría por las calles de la ciudad, enfundado en su ropilla parda, con un birrete de velludo en la cabeza, la mirada puesta en el cielo, contemplando siempre los astros y leyendo en las estrellas mensajes indescifrables para el resto de los hombres... Cuando volteaban las campanas en las torres de los templos, se detenía súbitamente para escuchar sus sones.

Adivinaba de dónde procedían y qué era lo que pregonaban: Galeón real llegado a Veracruz; la nao de la China que fondeaba en Acapulco, muerte del Rey, sede vacante. Corría a consultar sus apuntes para saber si había acertado en alguna predicción.

El porvenir del mundo no tenía secretos para él. El firmamento era libro abierto que estaba siempre a su disposición para penetrar en los arcanos de la vida y de la muerte.

Estampa Quinta

Por esa misma época ruaba por las calles de la ciudad el caballero Guillén de Lampart o Lamport, hijo de Guillermo Lombardo, barón de Guerfundia "de sangre más conocida de Hibernia", esposo de Aldonza Lutton, y que se ordenó de sacerdote una vez fallecida su mujer. Don Guillén se había casado en Ma-

drid y tenía una hija. Alcanzaba los veintinueve años de edad.

Aprendió gramática y retórica latinas con un fraile agustino y en las Universidades inglesas, dijo haber cursado matemáticas y griego con el maestro Juan Gray. Hubo de salir de Inglaterra porque escribió un libro de defensa de la fe, dirigido en contra del Rey de Inglaterra.

En los cortos años que llevaba de vida había realizado hechos memorables. El navío en que navegaba rumbo a América fué cautivado por cuatro galeones corsarios y lo hicieron general sus aprehensores, y corriendo aventuras anduvo con ellos por la mayor parte del mundo hasta que, cansado de ir en compañía de piratas, los abandonó en Burdeos, se huyó a París, pasó a Vizcaya y de allí a Santiago de Galicia. Más tarde volvió a topar con sus compañeros de aventuras. Acompañado de dos religiosas convirtió a la fe de Cristo a doscientos cincuenta y tantos herejes. Sirviendo él de intérprete fueron reconciliados y absueltos por la inquisición de Galicia.

El Rey lo llamó a su presencia y en galanas frases le dió parabienes por semejante hazaña. Gozó de la amistad del Conde Duque de Olivares desde entonces. Trabó amistad con el patriarca de las Indias. Recibió en premio una beca del colegio de San Lorenzo el Escorial. Estudió Teología. Fué envidiado por el ministro. A pesar de ello recibió el Toisón de Oro como noble que era y por regalo del Rey. Richelieu estuvo en su contra. Pasó por Salamanca admirando a maestros y discípulos por su erudición. Fué enviado a Flandes por el Rey en misión especial cerca del cardenal infante y participó en la victoria de Fuen-

terrabía. Volvió a Madrid y recibió mercedes del Rey en compañía de su primo el barón Gilberto Fulgencio, embajador de la Liga de la Provincia de Irlanda. Partió para la Nueva España en el séquito del Virrey Duque de Escalona, después de "haber tenido en la corte una aventura con una dama de palacio que lo obligó a asilarse en un convento de Madrid, de donde le había enviado al Rey a la Nueva España con tres mil pesos de las Cajas Reales, que el Conde Duque le había dado, además de libranzas por la suma de siete mil pesos".

Era de mediana estatura, rubio de barba y cabello tirando a castaño, enjuto de carnes, quebrado de color, ojos muy vivos. Llevaba con gallardía el estoque. Su mano blanca y bien hecha se mostraba ajena a todo trabajo servil. Iba y venía por las calles de la ciudad con el oído atento a todas las murmuraciones, discreteos y chismes. Se relacionó con los portugueses y tuvo trato con judaizantes.

Estampa Sexta

La iglesia de Santa Catarina Mártir viste sus mejores galas. Arden en el altar mayor muchedumbre de cirios que lo convierten en ascua de oro. Las flores traídas desde la víspera en las trajineras que llegan hasta frente a las casas del cabildo, perfuman el ambiente. Caen las notas del órgano de lo alto del coro. En el Altar Mayor, desde el trono erigido al lado del Evangelio, presencia las ceremonias del Arzobispo de México, revestido de áureos ornamentos y acompañado por sus asistentes, los más viejos canónigos

de la Catedral. Oficia el decano de los doctores en teología de la Real y Pontificia Universidad y predica del Maestrescuela de la ilustre Academia.

Es el día en que se conmemora el martirio de la Santa, patrona de la Universidad, y se ha querido dar a la ceremonia el mayor lustre.

El claustro en pleno concurre a los oficios. El cabildo de la ciudad tiene reservados sitiales adecuados a la izquierda y el de la Catedral a la derecha. Las órdenes religiosas concurren también al acto. La audiencia ha nombrado representantes. La Cancillería, la Real sala del crimen, el Tribunal de Cuentas están asimismo representados. En un escabel especial, frente a un reclinatorio de velludo negro, aparece el rostro magro de los inquisidores don Francisco de Estrada y Escobedo, don Juan Sáenz de Mañozca y don Bernabé de la Higuera y Amarilla. Don Antonio de Zabiola, fiscal del Santo Oficio, pasea su mirada por la audiencia como si quisiera descubrir en el mar de cabezas que destacan en pálido y negro sus rostros bajo la nave, la presencia de algún herético que acusar.

Hombres y mujeres de todas clases se apretujan más allá del límite destinado a las familias nobles de la ciudad. Mestizos, mulatos, indios y negros abren los ojos para no perder nada de lo que en el presbiterio sucede, y oyen con pasmo lo que el maestrescuela de la Universidad predica en el púlpito.

Ha tomado por tema la vida de la Santa Teresa de Jesús. Narra cómo de niña, abandonó su casa para ir a buscar martirio en tierra de moros; cómo después se sintió poseída del amor divino. Recorre las tres vías necesarias para alcanzar la perfección: la purgativa, la contemplativa y la unitiva. Recuerda el

pasaje de Abenarabi y habla de los místicos que lanzan de su pecho gemidos porque se sienten incapaces de alcanzar la perfección espiritual y se lamentan al descubrir que no encuentran en sus corazones el bien perdido... (Y al hablar de ello brotan de labios del predicador verdaderos gemidos que se clavan en los corazones de los feligreses como certeros dardos).

—Déjate mandar, déjate sujetar y serás perfecto.

—Viene un espíritu tan acelerado que veis y sentís levantarse esta nube y esta águila caudalosa y cogeros con sus alas.

—"Y donde no hay amor, ponga amor y sacará amor".

Las citas de la Doctora de Avila y de San Juan se multiplican con las estrellas del cielo, y más tarde continúa:

—"Arrobamiento, suspensión, arrebatamiento, vuelo, ímpetu, herida..." cita a Fray Francisco de Osuna: "Puedes tomar ejemplo en alguna vasija que contiene agua u otro licor, el cual poniendo fuego se calienta el vaso de ésta; empero cuando hierve y brilla parece en alguna manera no caber en sí; más exceder asimismo el licor que antes estaba seguro y ser llevado sobre sí por la virtud y el calor. Así el ánimo amoroso de la mística teología; entretanto que en él sólo el conocimiento de la especulativa está, parece estar echada y que se contiene en sí misma, dentro de sí; mas cuando concibe el espíritu del amor en fervor del corazón, en alguna manera sale de sí misma, saltando de sí y volando sobre sí..."

Bellas alegorías, profundos símiles siguen brotando de la boca del predicador. Pasa después a referir

los horrores de la muerte y las penas del infierno.

—"He aquí que me atrevo a hablarte yo, que soy polvo y ceniza"...

Truena de lo alto la voz del sacerdote. Surgen lágrimas en los ojos de las mujeres. De pronto un grito rasga el silencio que ha seguido a la oración del predicador. Todos los rostros se vuelven al sitio de donde ha partido.

Una mujer se ha desmayado.

Estampa Septima

Sacaron a la mujer desvanecida. Vestía con elegancia y primor, basquiña de seda labrada, collar de perlas. Se adornaba con encajes y listones, sus chapines eran de terciopelo, sus medias de seda. Fino arrebol tenían sus mejillas. Mal cuadraban estos lujos con la pobre vivienda en que moraba, a un lado de la plazuela, frontera al templo de Santa Catarina Mártir.

Bien pronto el atrio quedó desierto después de la ceremonia. Los mercaderes seguían pregonando su mercancía que estorbaba el paso en la vereda. Sólo un pequeño grupo, en la esquina, comentaba el acontecimiento. Se distinguía en él la voz vibrante de "El Caballero del Milagro".

El Caballero del Milagro.—La conozco bien, se llama Josefa de San Luis Beltrán, ha venido ha tiempo del pueblo de Tepetlaxtoc. Ha sido dotada por Dios de singulares mercedes. Tiene arrobos y está próxima a llegar al estado de perfección. Padece raptos vocales y continuados que paran en estado de simpleza. La he visto tendida en el suelo como cuerpo muerto sin uso

de movimiento propio. Habla como inspirada del espíritu superior.

Fray Diego de la Poca Sangre.—La he mirado, asimismo, levantarse dos palmos del suelo y permanecer así en la altura sin que haya tramoya que eleve su cuerpo...

El Licenciado Alonso Suárez.—Puede ser ello maquinación del demonio.

El Caballero del Milagro.—No tal, que es propio de los que caen en ese estado perder peso, ser tan livianos como una pluma y elevarse por gracia especial que no se concede a todas las criaturas.

El Licenciado Alonso Suárez.—¿Y en qué consiste ese estado? ¿Podría vuestra merced explicármelo?

El Caballero del Milagro.—Es un beneficio de la asistencia especial y continua que el mismo que la posee no le conoce si Dios no se lo advierte, que es un superior abrazo dado a la criatura de que en el centro del alma e íntimo del corazón tiene la imagen de Cristo crucificado como impresa o retallada por especial privilegio para que la mire, y que por señas de esta verdad le da dolores molestos; pero sobrenaturales de corazón que le avivan la atención de su presencia; que siente el alma moverse una causa que pasea por la circunferencia del corazón, blandamente, como una mariposa que es el efecto particular de la gracia.

El Licenciado Alonso Suárez.—¡Vive Dios que no lo entiendo!

Fray Diego de la Poca Sangre.—Porque vuesa merced no ha penetrado los hondos secretos de la sabiduría.

El licenciado Alonso Suárez. — He seguido cursos y me he graduado en artes en la Real y Pontificia Universidad. Soy licenciado en Derecho Canónico, y lo que dice vuesa merced me huele a herejía y el Santo Oficio tarde o temprano ha de intervenir en ello.

El Caballero del Milagro.—No será esta la primera vez que se persiga a un siervo de Dios por disfrutar favores especiales del Altísimo. He llevado cuenta y razón en lo que dice en sus raptos Josefa de San Luis Beltrán, y compondré un libro para propagar la historia de esta regalada sierva de Dios. Ya llevo escritas varias estaciones, que son otros tantos capítulos de la vida de esta mujer.

El licenciado Alonso Suárez.—Dios le dé a vuesa merced vida para concluir semejante obra. Y ahora me marcho, van a dar las doce y la ceremonia de esta mañana y la plática que he tenido con vuesas mercedes me han abierto singularmente el apetito.

El Caballero del Milagro.—Dios guarde a vuesa merced, señor licenciado.

Fray Diego de la Poca Sangre.—Esta noche, como siempre, nos veremos en casa de las hermanas Romero.

El Caballero del Milagro.—Así será, hermano.

Estampa Octava

El Caballero del Milagro echa a andar calle abajo, hacia la Plaza Mayor, ensimismado, no se da cuenta de que viene en sentido contrario un hidalgo vestido a la usanza militar que a su vez está abstraído, sin duda, en profundos pensamientos. Al llegar a la "es-

quina chata", frente al portón que daba acceso a la sede del Santo Oficio, tropiézanse ambos y de labios del extranjero le sale un juramento.

D. Guillén de Lampart.—¡Voto a Dios...!

El Caballero del Milagro.—Perdone Vuesa Merced el haberme interpuesto en su camino. Fué sin querer.

D. Guillén de Lampart.—¿Clérigo sois?

El Caballero del Milagro.—Ha un año tan sólo que recibí las sagradas órdenes en esta ciudad. Antes fuí soldado y combatí en Francia.

D. Guillén de Lampart.—¿Sois extranjero?

El Caballero del Milagro.—Nací en Navarra, pasé de joven la raya de Francia... Vuesa merced por el acento parece de otro país.

Don Guillén de Lampart.—Soy hijo de Guillermo Lombardo o Lampart, barón de Guerfundia, mi linaje es de los más esclarecidos de Hibernia. Estudié en Londres matemáticas y luego gramática y retórica latinas. He combatido a los corsarios y al mismo tiempo he sido capitán de ellos. ¡Donosa historia de esta hazaña mía! Con sólo dos religiosos convertí a la fe y reduje al servicio de Su Majestad a más de doscientos cincuenta de esos foragidos. Serví de intérprete de ellos y logré su absolución por la Inquisición de Galicia. Fuí soldado y partícipe en la acción de Fuenterrabía. Tengo por pariente al barón Gilberto Fulgencio, embajador de la Liga en la provincia de Irlanda. Ciertas intrigas de los portugueses me han obligado a salir de Europa y venir a las Indias. He venido en el séquito de S. E. el Duque de Escalona. Ahora me trae a la Nueva España un asunto de la

mayor importancia (bajando la voz). Pero el sitio no es propicio para hablar. Las paredes de esta casa oyen. ¿Hacia dónde os dirigís...?

El Caballero del Milagro.—Hacia la Plaza Mayor.

Don Guillén de Lampart.—Os acompaño (tomándolo del brazo, en voz baja comienza sus extrañas confidencias).—Pienso que los soberanos españoles son injustos poseedores de las colonias de América, pues sus derechos vienen de una Bula que el Papa ha expedido sin derecho para ello. Los representantes del Rey en la Nueva España traicionan al soberano... Lo sé... Mi trato con el Duque de Escalona me confirmó en ello... Estaba vendido a los portugueses... El Conde de Salvatierra se encuentra en el mismo caso. ¿Qué obligación hay de obedecer a esta gente?... Supongo que sois hombre leal... Me lo dice vuestro rostro... ¿A qué habéis venido a esta tierra?

El Caballero del Milagro.—Siendo soldado en la raya de Francia sufrí una herida. En el calor de la fiebre me fué revelado por Dios mi verdadero destino. Como a Saulo en el camino de Damasco, como a Ignacio de Loyola en Pamplona, como a tantos otros. Llegué a la Nueva España con ánimo de pasar pronto a las Filipinas y al Japón. Mi sino es padecer martirio en lejanas tierras. Me he quedado aquí porque he conocido a unas maravillosas mujeres que tienen don de profecía. Una de ellas se encuentra en estado de simpleza. En sus raptos me ha comunicado lo improcedente de mi partida. Debo permanecer en la ciudad, escribir, pormenorizadamente lo que a esa sierva le ocurre. Ya llevo escritas treinta estaciones y me faltan algunas más. Después moriré aquí de muerte

violenta... Lo mismo da en México que en el Japón.

Don Guillén de Lampart.—Podéis ser uno de los nuestros. Vuestro talante me inspira confianza. Tenéis apariencia de hombre valiente. (Casi murmurando). ¿Sabéis? Traigo despachos que me acreditan como Virrey, me presentaré a la Audiencia. Seré conocido. Gobernaré a nombre del Rey. ¿Sabéis lo que haré en seguida?... Acabaré con tributos y pechos. Nombraré embajadores en Roma, Francia, Venecia, Portugal e Irlanda. Seréis uno de los nuestros. Me gustaría enviaros a Francia. Después libertaré a los esclavos, premiaré a los descendientes de los conquistadores que me ayuden; daré títulos a los indios que hayan perdido sus tierras, concederé el hábito de Santiago a los que hayan pertenecido a la antigua nobleza mexicana; confiscaré los bienes del Marqués del Valle; despojaré al obispo Palafox de su carácter de Visitador, libertaré a los reos que yacen en las mazmorras del Santo Oficio, excepto a los rebeldes y relapsos; fundaré una nueva Cancillería; casaré dotándolas a cien doncellas; crearé la grandeza de México....

Han llegado frente a la puerta poniente de la catedral, la que da a la Plaza del Marqués. Las campanas evocan el Angelus. Los transeúntes se descubren respetuosamente. Un hombrecillo bajo de cuerpo, amarillo de rostro, brillante la mirada, escucha arrobado el tañer de las campanas. Sus manos cruzadas sobre el pecho palpitan. Con voz emocionada se dirige a los dos caballeros que se han parado a dos pasos de él.

Estampa Novena

El Astrólogo.—¡Oigan vuesas mercedes cómo cantan las campanas! ¡La más pequeña de todas tiene acento de cristal! Cuando suba la Santa María a lo alto de la torre, no habrá en el mundo sonido que pueda comparársele. Hemos mezclado oro al bronce. Se oirá su canto por todos los ámbitos de la ciudad, pasará las montañas, se perderá en el mar, llegará también a los astros. La voz de las campanas es plegaria que se eleva a Dios.

El Caballero del Milagro.—¿Quién es vuesa merced que de tal modo se expresa?

El Astrólogo.—Me llamo Melchor Pérez de Soto, soy nieto del conquistador de Cholula y de Elvira de León, nativa de Guatemala. Nací en Puebla. Mi padre fué un gran arquitecto, don Juan Pérez de Soto; Diego López Morillo, mi tío, ejercía también el oficio; mi padrino, Sebastián Zamorano, lo mismo. ¿Qué iba yo a ser sino arquitecto? Ahora estoy encargado de las obras de la catedral. Miren vuesas mercedes cómo terminamos ya uno de los cuerpos de las torres. Se están colocando las campanas en los mechinales. La obra avanza. ¡Cómo quisiera yo que las torres llegaran al cielo! La misión de las torres es esa. Plegarias en piedra que tocan las nubes. Desgraciadamente en México no pueden elevarse mucho. La tierra es mala. No puede ser, no puede ser... Sin embargo, dominanse las torres desde cualquier punto de la ciudad y se verán de lejos al entrar al valle. Vuesa merced, ¿es militar?

Don Guillén de Lampart.—Lo he sido en Europa.

El Caballero del Milagro.—He combatido en Francia.

El Astrólogo.—He sido marino a las órdenes del almirante don Pedro Porter de Casanate, hice un viaje a California como capitán de una nave. Su Excelencia el Conde de Salvatierra me premió por ello. Después he visitado el castillo de San Juan de Ulúa y he proyectado algunas mejoras en sus bastiones... ¡Gran amigo Porter de Casanate! El me inició en la astrología judiciaria... Porque aquí, *inter nos* (bajando la voz hasta ser casi un bisbiseo)... Además de arquitecto soy astrólogo... He tenido los mejores maestros en la Nueva España... Hay buenos astrólogos en esta tierra y son frailes. Ahí está el agustino Felipe de Castro y el mercedario Diego Rodríguez, que es catedrático de la Universidad.

El Caballero del Milagro.—Y ¿puede vuesa merced leer en los astros lo que será de nosotros en el porvenir?

Don Guillén de Lampart.—No creo en esas patrañas.

El Astrólogo.—Es la ciencia mejor fundada. El firmamento es un libro abierto a los ojos de los que saben leer. Si vuesas mercedes me hicieran el honor de acompañarme a mi morada, podría leer en las estrellas lo que está para sucederles mañana o pasado... Tendría mucho placer en mostrar a vuesas mercedes mi librería... Tengo todo lo que se ha escrito sobre Astrología judiciaria desde Ali Aberenfel hasta el maestro Ciruelo. Nada tan claro como los libros de Guido Donato y Omar Tiberino. Mi morada está aquí cerca, a unos pasos detrás de la catedral. Tengo una hermosa librería. No la hay semejante en toda

la Nueva España. Mi señora doña Leonor de Montoya tendrá sumo placer en recibirlos. Cuando lean las páginas de mis libros se convencerán vuesas mercedes de la verdad de esta ciencia... ¡Qué gran cosa saber el porvenir!

El Caballero del Milagro.—Y ¿no teme Vuesa Merced al Santo Oficio?

El Astrólogo.—En materia de ser cristiano no me gana ni San Pedro. La astrología que practico es la buena. Así lo dice el maestro Ciruelo.

Don Guillén de Lampart.—Acompañemos a este buen hombre que el destino ha puesto en nuestra vía y veamos si lo que dice es verdad. Ardo ya en deseos de saber si tendré éxito en mi empresa o fracasaré en ella.

El Astrólogo.—Si al levantar la figura de Marte coincide con el día y hora del nacimiento de vuesa merced, el triunfo será indiscutible.

El Caballero del Milagro.—Yo tengo medios más seguros de averiguar mi destino. Sin embargo, guíenos vuesa merced.

Estampa Decima

En la esquina de las calles del Reloj y Santa Teresa, con ventanas que dan a la catedral, mora don Melchor Pérez de Soto. Curiosos alicatados adornan la fachada. Hermoso patio permite el paso de la luz y del aire a las habitaciones. Unas cuantas jaulas de cenzontles y canarios alegran el ambiente. En un cuarto capaz, sobre estantería de cedro, se apiñan los libros que el Astrólogo ha cuidadosamente guardado.

En arcaces profundos hay encerrados más libros, mapas, papeles. Sobre la mesa descansan viejos infolios. A través de la ventana don Melchor ve cómo va progresando la fábrica de la catedral. Sobre el azul del cielo y el fondo en púrpura de la casa del Marqués se distingue el andamiaje que ayuda a la construcción.

Doña Leonor de Montoya sirve a los visitantes una copa de vino y dulces y golosinas en una bandeja.

El Astrólogo.—Acérquense vuesas mercedes y miren lo que guardo en los plúteos de mi biblioteca. Esta es una bella edición de los Proverbios de Séneca, aquí se encuentra la *Ortografía* del maestro Alemán, que anduvo por estas tierras, y este otro volumen es su *Pícaro Guzmán de Alfarache,* que ya había escrito cuando vino en el cortejo de Su Ilustrísima el Arzobispo y Visitador don Fray García Guerra. Aquí está la *Vida del Buscón* de Quevedo, al lado de *Os Luisiadas* de Camoens. La *Galatea* de Cervantes y *El Viaje de Parnaso.* Aquella es la hermosa primera edición de Juan Gracián de 1581. Ahora *El Caballero Platir, El Palmerín de Inglaterra,* el *Amadís de Gaula,* el *Florisel de Niquea,* que hicieron perder la cabeza al ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha,* cuya historia anda también por aquí en su edición de Juan de la Cuesta de 1605. Estos otros son libros de mi oficio: las *Medidas del Romano,* de Sagredo, y la *Carpintería de lo blanco,* de Diego López de Arenas. Los libros referentes a la ciencia los guardo cuidadosamente en este arcón. No deben ser vistos por todos. Sólo mis amigos pueden hojearlos. Tengo varios discípulos que saben ya leer en los astros el porvenir de los hombres, uno es el doctor Bonilla, que vive muy cerca de aquí, pared de por medio del convento de

Santa Teresa; el otro es el bachiller Jarava, que habita hacia San Pedro y San Pablo, a uno le decimos el "*Saboyano*". Ha nacido en Italia... Aquí, aquí están los libros. Vean vuesas mercedes: Alí Aberenfel, Tomás Buderio, Claudio Darioto...

El Caballero del Milagro.—Están en latín.

El Astrólogo.—Desgraciadamente no domino la lengua. He menester recurrir a los buenos oficios de unos amigos. Un estudiante de filosofía del colegio de los jesuítas, llamado José Benítez de la Cruz, me ha traducido estas obras que pueden considerar vuesas mercedes: Guido Donato, Omar Tiberino, Tolomeo. El P. Francisco Javier Faras, del colegio de San Pedro y San Pablo, y aun el P. Rector de la compañía don Horacio Caroche, me han ayudado a descifrar la rueda que aparece en la obra del venerable Veda... Todos me honran con su amistad. El ser astrólogo no es ser hereje...

Don Guillén de Lampart.—Y ¿cómo de la lectura de estos mamotretos se viene en conocimiento de lo que ha sucedido o sucederá?

El Astrólogo.—Levantando la figura y teniendo en cuenta las constelaciones. Una vez el librero Antonio Calderón, que tiene su tienda en la calle de San Agustín, quiso saber quién podría ser el futuro provincial de la orden de San Francisco. Reduciendo el discurso a principios de astrología, vi que por ser la una el sol estaba en la nota casa, y que por estar el sol en ella y Marte aficionado a las armas, sería el provincial que había de salir, hombre bermejo y aficionado a las armas, y lo fué Fray Alonso de Lerma, tío de Calderón, que reunía tales requisitos. En otra oca-

sión levanté figura y vi que, según el signo que salió por el ascendente, fué Capricornio, el elegido tenía que parecerse a una cabra en el rostro, y por la regla pitagórica que está al fin del Venerable, y teniendo en cuenta otras consideraciones, vine en la cuenta de que el provincial sería y fué Fray Juan de Sicilia.

Don Guillén de Lampart.—Leed. Descubrid qué será de nosotros.

El Astrólogo.—Veamos, comienzo por vuesa merced. Consideremos primero las letras de vuestro nombre... Las juntamos con las letras del número y los días de la luna y los días del planeta que rige hoy, que es Mercurio... Hacemos la suma... restamos por treinta... Ahora busquemos en la rueda... Aquí está... Muerte violenta por fuego... Cuídese Vuesa Merced del Santo Oficio...

Don Guillén de Lampart.—¡Vive Dios!

El Astrólogo.—Mi horóscopo ha sido semejante... Muerte violenta... En un lugar oscuro como calabozo... No acierto todavía a comprender.

El Caballero del Milagro.—No creo en estas cosas. Rechazo la intervención de los astros en la vida del hombre. Yo tengo la revelación directa por medio de una privilegiada mujer. Vengan vuesas mercedes conmigo esta noche. Les será revelado el misterio...

Estampa Decimaprimera

Al toque de las oraciones, los tres agonistas que han estrechado amistad se deslizan por las calles ensombrecidas por la noche que cae. Remontan por la del Reloj, pasan frente al convento de Santa Catali-

na, vuelven por la calle que limita las cárceles perpetuas de la Inquisición, siguen por la de Santo Domingo hasta llegar a la plaza frontera a la iglesia de Santa Catarina Mártir. Ahí, en la acera que ve al oriente, se abre el portón de una casuca de aspecto miserable. Dos ventanas con rejas de hierro, un poyo a la entrada del zaguán. Como sombras cruzan los hidalgos el portal. Atraviesan un patizuelo en el que se alza una higuera y penetran a un aposento alumbrado tan sólo por la luz de un candil que yace en la mesa. Sobre el ladrillo del suelo, en un tosco petate, descansa Josefa Romero. Viste sayal blanco, negra toca y escapulario negro. La luz del candil proyecta sombras chinescas en las paredes pintadas de blanco. En torno, sentados en toscas sillas de pino, hombres y mujeres contemplan a la yacente. Se distinguen hábitos blancos, pardos y negros de monjes. Ahí está Fray Agustín de Fonseca, dominicano, y José de Pedraza y Rueda, lego de San Juan de Dios, y Francisco de Pereira o Francisco de la Cruz, medio ermitaño de Zamatlán, del Valle de las Amilpas, y el licenciado don Martín de Lovera, y Fray Diego de la Poca Sangre; y entre las mujeres, Ana de la Parra, mujer de Antonio de Cerezo, carpintero, y Ana de la Rebolla, mujer de Miguel de Salcedo, que es dueño de platería. En el quicio de la puerta se arrebuja en cuclillas Gregoria de Santa Teresa, india ladina de Guatemala, que sirve en la casa.

Sin chistar, los hidalgos toman asiento.

De la boca de la yacente, pálida y afilada como estuviera difunta, comienzan a salir palabras incohe-

rentes. El Caballero del Milagro arrima un banquillo a la mesa, toma un fajo de papeles y se dispone a escribir.

—Veo una paloma blanca, con los ojos cerrados, y del pico le sale un rayo de luz. Veo a cuatro sacerdotes vestidos de pontifical... Veo una mujer vestida de blanco, con los cabellos de oro y tendidos... Veo un pelícano con el pecho abierto y sangrante... Veo una mujer vestida de rojo que recoge flores en el campo...

Ahora es una sala con mucha luz donde se oye una música celestial... ¡oíd! ¡oíd!... Saliendo de la sala se descubre un campo y más allá unas peñas, y sobre ellas un reloj. Este reloj significa la vida del hombre. Y la mujer de rojo la vida en acción, y la de blanco la contemplativa... Y antes de llegar a las peñas yace una mujer como difunta, abierto el pecho y desfigurada, y unos aldeanos se disponen a despedazarla... Y en otra peña hay una pila que mana agua y nunca se agota... Y subiendo hasta lo alto de dichas peñas, se ven dos limetas de vidrio como llenas de espuma... y más arriba un ángel con un pie en la tierra y otro en el mar...

Al llegar aquí su cuerpo se estremece, abre los ojos y deja escapar un largo gemido; en torno a los labios corría un hilillo de sangre. Todos los presentes creyeron ver que se había levantado su cuerpo dos palmos del suelo.

Estampa Decimasegunda

Gran algazara hay en casa de María de la Encarnación, una de las Romero, que habita en la huerta

del Marqués, sobre la calzada de Tacuba por el rumbo de la Tlaxpana. Han bautizado a un hijo del matrimonio. Diego Pinto ha preparado el festejo, hay vino en abundancia. Las hermanas han dejado sus hábitos casi monjiles y visten sus mejores galas. Se come y se bebe en abundancia. Perniles de jamón, cabrito al horno, pavo asado, bizcochos y pasteles. Además de vino hay aloja y malvacia. Sólo no prueban bocado Francisco Botello y María de Zárate, su mujer, reconciliados ya por el Santo Oficio por judaizar. Siguen, sin embargo, acatando la ley.

Teresa Romero danza con su primo una gallarda, y con una guitarra un mestizuelo de linda voz desgarra esta copla:

Huyendo del verde margen
el placentero bullicio
Bireno su habitación
Mudó al horror de los riscos.
El eco en brazos del aire
alguna vez a su oído
traía en confusas voces
del valle los regocijos.

Era tormento a sus ansias
aquel limitado indicio
de que vivían gustosos
viviendo sin su martirio.

Cansado de aquel remoto
alborozo mal distinto,
desea una soledad
donde sobren los sentidos.

Estampa Decimatercera

En la sala de audiencias del Tribunal del Santo Oficio reposan en sendas sillas de caoba que tienen los asientos y respaldos forrados de terciopelo y adornados con guarnición y flecos de oro, los señores que forman el tribunal. Apoyan los pies sobre cojines de badana. Cubre el estrado un baldaquino de damasco rojo que ostenta, bordadas en oro, las armas reales y las del tribunal.

Tienen los inquisidores ante sí una mesa cubierta con un tapete de damasco de China, con su guarnición y borlas de seda y oro. Sobre él descansa una cruz de ébano, con su Cristo de marfil, un tintero, una salvadera, una campanilla de plata y un recipiente colmado de obleas. En los objetos de plata las armas del Tribunal y la leyenda:

"Exurge Domine judica causam tuam".

Frente al estrado un gran lienzo que representa el martirio de San Pedro Arbúes.

Dan las nueve en el reloj de repetición que en caja de ébano, chapeada de metal dorado, ocupa uno de los rincones del cuarto.

Después de breve oración los señores inquisidores don Francisco de Estrada y Escobedo, don Juan Sáenz de Mañozca y don Bernabé de la Higuera y Amarilla, teniendo por secretario al licenciado Tomás de Erenchum, se disponen a escuchar los pedimentos del fiscal doctor don Antonio de Gaviola sobre diversos asuntos que acaba de conocer.

El Secretario da lectura a un pedimento, que dice:

Muy ilustres señores:

El Dr. Don Antonio de Gaviola, Promotor Fiscal de este Santo Oficio, en la mejor vía y forma que haya lugar de derecho, premisas las solemnidades de él, parezco ante nuestras señorías y me querello criminalmente contra Josefa de San Luis Beltrán, natural de la ciudad de Cholula, obispado de la ciudad de los Angeles, y digo: que siendo la susodicha bautizada y confirmada, y gozando como tal de exenciones que los demás católicos suelen gozar contra la profesión que tienen hecha en el Santo bautismo, ha hecho, dicho y cometido y creído contra lo que nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana, tiene, predica y enseña, siguiendo la secta de los alumbrados, tratando de revelaciones llenas de cosas increíbles y contra toda buena Teología con proposiciones expresamente heréticas y otras notas que suelen dar en este Santo Oficio, engañando a muchísimas personas, vendiéndose por espirituales, afirmando tener revelaciones del cielo y pláticas muy de ordinario con Jesucristo N. Señor y su gloriosa madre la Virgen N. Sra., y con otros muchos santos de la corte celestial, en cuyos nombres daba respuestas de diversas cosas que le preguntaban personas de poco entendimiento que la tenían por santa, trayéndolas engañadas porque las regalasen y le diesen dádivas aprovechándose por este camino de sus haciendas y recibiéndolas con título y nombre de limosnas y comer y beber esplendidísimamente, como consta por las informaciones que presento y porque delitos tan grandes no queden sin castigo.

A Vuestras Señorías pido y suplico sea traída a las cárceles secretas con secuestro de sus bienes que estando en ellas protesto acusarla más en forma, y juro no ser de malicia este mi pedimento".

El Fiscal ratificó verbalmente el contenido de su pedimento.

Los inquisidores dijeron "que lo han por presentado y que dando información de lo en él contenido eran prestos de hacer justicia".

El Fiscal agregó "que para que conste de lo contenido en su petición presenta los informes y las testificaciones recibidas contra la susodicha".

En seguida se dió orden al alcaide para que procediera a prender a la acusada y fuera traída a las cárceles secretas.

Igual petición presentó el Fiscal contra las hermanas Teresa de Jesús, María de la Encarnación y Nicolasa de Santo Domingo y el marido de la tercera Diego Pinto.

En audiencias sucesivas acusó de la Gaviola, en iguales términos, a Melchor Pérez de Soto por practicar la mala astrología, a Bruñón de Vértiz, el "Caballero del Milagro", por alumbrado; a Guillén de Lampart "por haber usado el peyote y la astrología judiciaria para saber sucesos futuros dependientes del libre albedrío a sólo Dios reservados, de pertenecer a las sectas de Calvino, Pelagio, Juan Huss, Lutero y otros herejes" y a Francisco Botello por judaizante relapso.

Uno a uno fueron cayendo los acusados en las cárceles de la Inquisición.

Estampa Decimacuarta

En las cárceles del Santo Oficio se pierde la noción del espacio y del tiempo. El primero queda reducido a lo que miden los calabozos: dieciséis pasos de largo por seis de ancho. Son húmedos y sombríos. Reciben luz por pequeñas claraboyas atravesadas en cruz por rejas de hierro cubiertas de telarañas. Frente a la puerta hay un jardinillo para que los reos tomen el sol. Un jergón de paja les sirve de lecho. Pasan los días, los meses y los años sin que tenga mayor significado la sucesión para el reo que siempre espera la muerte, aun recibiendo la absolución. Del tiempo sólo saben por los pliegos que se van acumulando en el proceso, la arena que pasa a través de la clepsidra que marca la duración de las diligencias, las horas que caen lentas del reloj que decora la sala de las audiencias, y el eco de las campanas del reloj de Provincia, cercano a Palacio, o de las de la Catedral que convocan a los fieles a los oficios, tocan las oraciones o claman a muerte.

Para el astrólogo se convierte en obsesión el tañer de las campanas. Ha conseguido del portero un poco de papel y tinta. Es alma compasiva la del sirviente y se expone a un proceso. Sin embargo, ha visto la aflicción del astrólogo y le ha dado lo necesario para escribir. A la luz de la claraboya, de día; a la llama de una candela que finge sombras en la pared, el reo cuenta sus impresiones.

"A las cuatro de la mañana, a dos de marzo, es-

taba vertical a México el Can Mayor; me pareció hacia el sur cerca del día de ceniza tocaron a parto. Víspera de la víspera del Angel 27, tocaron a parto. A dos de mayo tocaron a parto. Este mesmo día martes a las nueve de la noche, repicaron por todas partes mucho, o fué la nao de la China o aviso de España. El domingo 7 a las 7, después de la oración, repicaron en todas partes y prima en la catedral y después doblaron".

Para el astrólogo el tiempo se mide por la voz de las campanas que traen tal vez mensajes de las estrellas. Desde la ventanica vigila en el cielo la marcha de las constelaciones.

Y escribe a los alarifes de la catedral para que lleven a cabo la obra de construcción de las torres:

"Hase de empezar la sotabanca encima de la cornisa en el vivo del frisco y conforme aquí detrás se verá: la sotabanca y vara y media o más, lo que tuvieren tres piedras en alto una de media vara, sin labor cuadrada y la segunda sobre el imoscapo, siguiendo la tercera en el imoscapo, y labrando con el bocelón y ésta ha de ser de chiluca sillar, el bocelón de una cuarta, por ser alto, y el imoscapo de tres cuartas, y el zócalo de media vara más".

Le angustia que la campana Doña María no ajuste bien en los mechinales.

El Maestro Mayor quiere hacer llegar a su esposa una carta y mete el pliego sobre un paño de chocolate, y en ella le dice:

"Señora de mis ojos: no podré en tan corto papel significar los grandes sentimientos que yo tengo, que lo de menos es estar solo. El darte cuenta de todo es imposible... Ni sé si enemigos ocultos o declarados,

como son Francisco de Haro, por el plomo de China, por ser tiempo de hacerlo él y Diego Morillo trazasen esto, o que de parte del obispo Pedro Barrientos por ser su hermano don Diego de Barrientos, o por la tasación o vista de ojos que hice a las casas que está labrando Diego de Osuna, porque aquel día se me mostró habiendo dado mi parecer al alcalde de Corte, que se había de vengar de mí, o sea Luis de Trasmonte, que como quiere casar ya lo sabes, con la hija de Barrientos, haya ordenado esto; otras dijo que Matías de Oliveira, que es enemigo mío por cierta dependencia entre los dos, o que algunos de los que quieren ser maestros mayores; o alguna mujer que por no hacer caso de ella, en orden de venganza, haya levantádome algún falso testimonio, o ya por el haber querido a petición de Fray Juan de Ubilla, quien había de ser Provincial, y es cierto que de haberlo hecho, le dije no hiciera caso de ello que como podía ser, podría dejar de ser; ello fué como cosa de juego, y me ha salido bien caro y penoso, y tanto que te prometo que estoy desconsolado... Yo en mí he visto señales, fuera de ser este año climatérico para mí. Me han dado punzadas en el pecho donde me di el golpe con la espada cuando caí del caballo; en fin, si esto fuere, ampara a esas dos niñas, que Dios se lo pagará; y sirva esto de testamento, y me doy a Dios y el cuerpo a la tierra".

El mensaje no llegó a su destino, sino a mano de los señores del Tribunal. Pasaron los días, los meses, los años, y el mísero seguía solo y afligido en su cárcel, como para perder el juicio y por ciertas declaraciones en las que pretendió explicar el misterio de una piedra, y oyó voces "de mujeres que no sabía si

eran ángeles o eran mujeres, o espíritus que representaban la voz de las mujeres, "hallaron los jueces que el reo parecía estar con demasiada melancolía con alguna lesión imaginativa", y le depararon un compañero, el mestizo Diego Cedillo para que alivie su melancolía y tenga su divertimiento con el cual puede tratar de diferentes cosas, como no sea de la causa de su prisión ni de su negocio, ni de lo que ha pasado con el ayudante del alcaide y que esté con él toda paz y modestia y no hablen alto ni hagan ruido, de suerte que sean oídos de los demás presos".

Al día siguiente amanece el astrólogo muerto en la celda, con una ancha herida en el rostro, los ojos vueltos hacia el ventanuco por donde entraban los primeros rayos del sol.

Estampa Decimaquinta

En grande aprieto viéronse los señores inquisidores cuando Teresa Romero o Teresa de Jesús, como se hacía llamar y consta en su proceso, con grandes lágrimas les confesó que iba a ser madre y "que por estar tan sola en una cárcel y sin prevención pide y suplica que este santo Tribunal, como tan piadoso, se duela de ella y la remedie como lo pide su necesidad y aprieto, y que para decir verdad tenía comunicado esto con una india ladina llamada Ana, que la crió por ser de secreto y que la ayudaría y no lo sabrían sus hermanas, y que para decir esto ha pedido la audiencia". Los graves jueces dictan inmediatamente un auto que dice: "habiendo visto esta declaración y la urgente necesidad que la reo tiene de compañía

que la asista y de alguna ropa y ser necesidad que la vea y asista una partera, mandaron que de la cárcel arzobispal donde ordinariamente están las indias sea traída una que esté recién parida para que acompañe a la dicha Teresa el tiempo que fuere necesario y la vea y ayude y asimismo se le dé alguna ropa que en este Santo Oficio hay y que quedó de los relajados en persona en el auto general de la fe que para el efecto de semejantes necesidades se ha mandado guardar.

Y todo ello fué debidamente cumplido. Así, a pocos días la obscuridad del calabozo fué iluminada con la sonrisa de un niño.

Estampa Decimasexta

En otra cárcel yace Josefa de San Luis Beltrán. Las revelaciones celestes se le han tornado en visiones infernales y repite las mismas cosas que le vieron hacer sus amigos en su casa de la plazuela de Santa Catarina Mártir. Finge que se abrasa y da muchos gritos y rasga sus vestidos con las manos crispadas. Se hinca de rodillas y al poco rato, poco más del espacio de un credo, se deja caer a plomo boca arriba, tendida a lo largo, bulléndose de pies y manos como quien sufre mal del corazón, con los ojos vueltos y haciendo con ellos, con la boca, con las manos y pies muchos visajes. Respira muy recio, abre los brazos y cae en cruz con la cabeza a las espaldas, tan doblada que parece imposible.

Le han dado una compañera, María de Zárate, judaizante, que ha vencido valientemente el tormento.

En sus ratos lúcidos habla con ella de lo que fué su vida en Cholula, en Tepetlaxtoc y en México, y derrama abundantes lágrimas.

Un día amaneció tullida de medio cuerpo y dijo que se acercaba a ella un sapo que crecía hasta ocupar toda la celda.

Y cuando los inquisidores se disponían a practicar el exorcismo para sacar del cuerpo de la penitente el demonio, le dió un gran parasismo y murió. Fué enterrada sin ceremonia alguna en el jardín, bajo la sombra de un naranjo.

María de Zárate fué trasladada al poco tiempo a la cárcel de la hermana Teresa. Pero no dijo nada de lo acaecido, guardando así el secreto que el Tribunal le imponía.

Estampa Decimaseptima

José Bruñón de Vértiz, "El Caballero del Milagro", entretenía sus ocios, que eran todos los minutos del día, en escribir su defensa, exaltación, en definitiva, de la persona y hechos de Josefa de San Luis Beltrán. Pedía pliegos y más pliegos al alcaide, y los iba llenando de una letra menuda y elegante, les había puesto una portada con este título: "Favores del cielo comunicados en raptos vocales a su regalada sierva Jusepa de Jesús y de San Luis Beltrán, con un discurso sobre el estado que dicen de simpleza y propiamente raptos continuados sobre el beneficio divino o ilusión fantástica del enemigo como algunos lo presumen". Y hacía gala en lo escrito de la doctrina aprendida en los libros que desde joven había devorado:

citas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las Epístolas de San Pablo interpretadas a su manera. El Apocalipsis de San Juan, especialmente, que trataba de desentrañar en sus más recónditos secretos. San Juan de la Cruz le hablaba del "silencio sonoro" y Santa Teresa lo paseaba por el interior de las Moradas haciéndole partícipe del deleite que se tiene al seguir a la doctora en sus místicas experiencias. Taulero y Rusbrockio, lo llevaron al panteísmo, y con Lorenzo Valla llegó a decir que "Dios y el Universo era una misma cosa". Era tal la confusión de su mente que el señor Fiscal del Santo Oficio, que fué anotando al margen de los pliegos los errores y los aciertos del seudo místico, perdió el hilo del discurso y hubo de confesar que aquella balumba de doctrina expuesta con tal desorden no podía ser sino inspiración del demonio. ¿Cómo un hombre que no tiene a su disposición copia de libros podía citar a los autores con tan singular acierto? Palabra por palabra podían verificarse las citas del "Caballero del Milagro" en los libros recordados por él en los pliegos que incansablemente iba llenando. Si era exacta la cita, era errónea la conclusión que de ella sacaba. Esto no podía ser sino obra del Espíritu del Mal, que era menester sacar de su cuerpo.

Se invitó a varios teólogos que vinieran a discutir con el reo, y todos salían asombrados de la erudición del penitente; pero también de las extrañas razones con que explicaba los textos. Las discusiones se hacían interminables y no había quien convenciera a Bruñón del error en que había caído. Al contrario, cada vez se consideraba más seguro de su verdad, y

se irritaba contra el que le discutía. Si en un principio era paciente y sabía oír, a medida que pasaban los meses y aun los años y no lograba convencer a los jueces de su razón, iba perdiendo la calma y replicaba con acritud y lo que escribía era violento e irrespetuoso hasta que un día, fuera de sí, dió en dar gritos y proferir palabras malsonantes como las que usaba en sus tiempos de soldado. Blasfemias y juramentos surgieron de sus labios a borbotones y convencieron a los jueces de que ahora sí era señal indudable de que el demonio se había metido en el cuerpo del caballero, y que era menester sacárselo en la forma acostumbrada para tales casos. La única dificultad consistía en saber el nombre del demonio que habitaba en el cuerpo del paciente. ¿Sería Bael, Pursen, Byleth, Belial y Sapán o Asmodeo, Astaroth y Mefistófeles?

Así el día señalado para el exorcismo. Revestido el capellán de sobrepelliz y estola, hizo comparecer al caballero con la ayuda del alcaide de la prisión y de varios ayudantes, lo roció con agua bendita y pronunció las palabras que se acostumbran en tales casos, comenzando por decir, al bendecirlo:

Adjutorium nostrum in nomine Domine,

A lo que contestó el ayudante:

Qui fecit coelum et terram.

Invocando después a la Santísima Trinidad "por cuyo poder han sido creadas todas las cosas", le pidió que apartara del poseído, el demonio que se había apoderado de él.

—"Conjúroos por Cristo M. S. que os apartéis del

cuerpo de este siervo y sea roto cualquier hechizo de vuestras artes malignas y no tengáis la presunción de inferirle ningún daño o impedimento".

Se repitieron hasta tres veces las palabras del conjuro y al final de cada una de ellas el exorcista rociaba con el agua al endemoniado. Una vez concluído el ritual, el reo fué llevado a su celda y el carcelero da las dos vueltas a la chapa y cerró cuidadosamente el aldabón que se había instalado además, en previsión de la ayuda que el demonio pudiera prestarle para su fuga.

Estampa Decimaoctava

Celebración de la vigilia de Navidad. Se adornan los templos para celebrar la venida al mundo del Señor. Se levantan en las iglesias, en los palacios, en las habitaciones más humildes nacimientos que recuerdan el episodio de Belén. Ensayan los cantores de la Catedral, los villancicos que han de entonar en la noche. Se preparan los habitantes de la ciudad a concurrir a la misa y a celebrar en sus casas el nacimiento de Cristo. El Santo Oficio queda desierto. Desde temprana hora los jueces y el fiscal han dejado de hojear las causas sometidas a ellos. El alcaide se ha marchado a casa de unos familiares para celebrar la fiesta con ricos buñuelos y otras golosinas. Han quedado los porteros y unos cuantos alguaciles.

Eso esperaba don Guillén de Lampart para preparar su fuga. Era compañero de celda de Diego Pinto, marido de María de la Encarnación, hermana de

Teresa de Jesús y de Josefa de San Luis Beltrán. Ambos procedieron con diligencia, "empezaron a hacer en las vigas muescas de media a media vara y rompió en tiras tres sábanas, dos camisas y una almohada y las trenzó e hizo cantidad de varas de soga, y ató en las muescas para no resbalar, cortó para atar dos lios de ropa que sacó y lo demás reservó para descolgarse a la calle". Al dar las campanas el toque de oración despierta y a las ocho, cenado que hubieron Lampart y Diego Pinto, arrancan la reja y quitan los balaustres de madera que caen al patio y ayuda a salir al compañero, y llegan al portón y echan fuera las vigas y la ropa, brasero, hierros y lo que más ha menester, y salen por la ventana, y de ahí pasan al jardín y quebrantan una verja, y buscando por los ángulos del jardín la pared más baja, encuentran una pila al lienzo de la calle y pone Lampart en el muro una viga y sube la pared y recibe los líos que le da su compañero y los arroja a la calle y se descuelga por una soga que ata a una almena, y tras él su compañero, y ya están en la calle.

Previamente han escrito unos papelones, que contienen graves acusaciones contra los jueces que intervienen en su causa, y para ello usó de una industria muy curiosa para hacerse de papel y tinta, como después lo refirió el licenciado Ruiz Zepeda, cuyas son las noticias que se tienen de esta evasión, y "fué que del dinero que iba rezagando de su ración, pedía de cuando en cuando tabaco y papel para chupar en humo, que no usaba y desta forma tuvo los pliegos que le bastaron; y la tinta de que usó fué de unos algodones que escondió del tintero que para escribir sus

defensas en la primera causa se le dió y acabada, por no ser bastante, recogía en un plato el humo de la candela y con unas gotas de miel prieta, que pidió para comer y agua, desleía el hollín y lo dejaba en punto de tinta, con que acabó de escribir, y las plumas eran de unas gallinas que halló en su cárcel y con un vidrio las aliñaba de suerte que escribían muy inteligiblemente todas estas cosas".

A las tres de la mañana abandona a su compañero y fija un papelón a la puerta de la iglesia catedral y otro en la esquina de Provincia y se dirige a Palacio, y pone en manos de un soldado de la guardia un escrito de dieciocho fojas, fingiendo haber llegado en ese instante de la Habana, y vuelve a fijar otros papelones de a pliego en la cruz de los Talabarteros, en la esquina de Tacuba y los Donceles. Tras ello se fué tranquilamente a descansar en casa de un su allegado.

Estampa Decimanona

A las seis de la mañana de este 19 de noviembre de 1659 comienzan a salir del recio portalón del Santo Oficio, los reos que forman la doliente caravana. Van precedidos por los inquisidores, alguaciles, corchetes y frente a todos la Cruz Verde, símbolo de la fe. Recorren lentamente las calles de Santo Domingo para ir a ocupar los asientos de la pirámide que se ha levantado al oriente de la gran plataforma que se ha construído en la Plaza Mayor, en el ángulo que forman las casas de Cabildo con el Portal de los Mercaderes, encima de la acequia que se va a per-

der en el huerto del convento de San Francisco. La pirámide consta de ocho gradas que van disminuyendo desde el plan del tablado para rematar en una media naranja sustentada por cuatro arcos que encierra una cruz verde y oro. Lo recuerdan así el Visitador Medina Rico en carta que dirigió posteriormente al Consejo, y don Rodrigo Ruiz de Cepeda Martínez, cronista del auto. El altar, con la del Santo Oficio, se contempla a la izquierda, frontero a la pirámide. En el centro los dos púlpitos, pintados de varios colores y jaspes. Desde ellos leerán a su tiempo los secretarios las causas y pronunciará el sermón alusivo el provincial de los dominicos Fray Diego de Arellano. Los convidados a presenciar tan solemne ceremonia ocuparán cuatro tablados que cubre una vela para evitar la molestia de los rayos del sol.

Concurren al auto más de quinientas personas escogidas entre lo más ilustre de la ciudad. Presta el Virrey juramento de rodillas y después, en conjunto, los inquisidores y el concurso que llena las gradas. Se acomodan los reos en sus asientos. A uno se le ha puesto mordaza en la boca "porque así que se vido en los corredores públicos de las casas de la Inquisición comenzó a dar voces proclamando de injusto al Santo Oficio y recomendando su inocencia y virtud porque decía le castigaban sin razón".

Comienza la lectura de las causas que ha de durar hasta caída la tarde, pues son treinta y dos los expedientes que en varios rimeros se levantan sobre las mesas. Lentamente los secretarios van leyendo las causas. La concurrencia escucha con atención, a veces comenta un detalle singular. Es abigarrado el conjunto de los sentenciados. Hay en él españoles,

mestizos, negros y mulatos. Sus rostros en azoro los distingue de la uniformidad de sambenitos y corozas. Los delitos se puntualizan con toda acuciosidad: blasfemos hereticales, bigamos, sospechosos de pertenecer a la secta de los herejes alumbrados, judaizantes...

Este zapatero mulato, Juan de los Santos, sufrirá doscientos azotes y será vendido en un obraje por tiempo de diez años y se aplicará el producto a gastos del Santo Oficio. Este otro, Francisco del Valle, que había sido alcalde mayor y capitán de guerra en los Tuxtlas, remará seis años en las galeras de Terrenate por bígamo. Aquella María de los Angeles, mulata, esclava, por adivinar cosas ocultas y futuros contingentes y pactar con el diablo, recibirá doscientos azotes y será vendida por seis años para trabajar en un obraje.

María de Zárate fué separada de su marido Francisco Botello, que hace todo lo posible por comunicarse con ella.

De las hermanas Romero sólo ha llegado al trance final Teresa de Jesús. Josefa y María de la Encarnación han perecido. Al oír la sentencia está a punto de sufrir un desmayo. Diez años de prisión han marchitado su tez. Con trabajo ha podido llegar al tablado. Cumple los veintiocho años y parece de cincuenta. Ha sido condenada a salir sobre una bestia de albarda por las calles de la ciudad y a doscientos azotes, más servicios en el hospital de la Concepción.

Frente a ella la estatua del "Caballero del Milagro" y una urna en que yacen sus restos, serán quemados y abrasados en vivas llamas hasta que se conviertan en cenizas, por haber muerto Bruñón impeni-

tente y poseído del demonio.

Para el último se ha reservado la más grave de todas las causas. El caballero Guillén de Lampart la escucha convertido en estatua, de pie, el brazo y la mano pendiente de la argolla que se fijó en un palo de tres varas de alto. No responde a las amonestaciones de su confesor Fray Francisco de Armentia. Tiene la vista fija en las nubes que impasibles cruzan el firmamento.

Lentamente caen las palabras del relator que leía la sentencia: "por haber usado del peyote y de la astrología judiciaria... por pacto con el demonio... por conspiración contra nuestro Rey y Señor... por sectario de Calvino, Pelagio, Juan Huss y Lutero... por pertenecer a la secta de los alumbrados y otros heresiarcas, dogmatista e inventor de nuevas herejías, factor, defensor de herejes..."

Terminada la lectura, el corregidor de México, Conde Santiago, abandona el sitial que en el cabildo de la ciudad ha ocupado y recibe de Pedro de Soto López, alguacil mayor del Santo Oficio, los cinco reos que han sido relajados al brazo seglar, y toma nota de ello el secretario Marcos Alonso de Huidobro. Recibe, asimismo, la estatua y los restos de el "Caballero del Milagro", depositados en una arquilla de madera. Recibidos los llevan sus ministros desde el cadalso del auto hasta el portal de los Mercaderes, cerca de la entrada de San Francisco y la Platería, donde se han de pronunciar las sentencias.

Estampa Final

Marcos Rodríguez de Guevara, Alguacil Mayor

de la ciudad, encabeza la procesión. En sendas mulas de albarda montan los cinco reos, Diego Díaz va diciendo blasfemias; Francisco López de Aponte espera "tener en el infierno amigos con quien pasar"; Francisco Botello se muestra insensible; Pedro García de Arias se siente inclinado a la conversión.

La fría lluvia que se ha desatado no ahuyenta el extraordinario concurso que llena las calles por donde ha de pasar el cortejo. Balcones y azoteas están llenos de gente que increpa a los reos. Siguen los condenados por la calle de la Platería, pasan por frente al convento de San Francisco, rebasan la Alameda y llegan al quemadero que queda frente al convento de los padres descalzos de San Francisco.

Perecen "abrasados en las llamas vivas" como dictó la sentencia, cuatro de los relajados. Guillén de Lampart, que no ha separado los ojos del cielo, como esperando ayuda que lo libre del trance "el mesmo se ahogó con la argolla en que había sido fijado su cuello, dejándose caer de golpe y en breve se convirtió en cenizas aquel hombre infernal".

En la Plaza Mayor disparan una salva los soldados, las campanas de los templos tocan rogativas; el coro de Catedral canta un himno, se despoja de los velos que la cubren la Cruz del Santo Oficio. A la luz de las antorchas regresan los demás reos a la Inquisición. El Virrey se retira a Palacio en su coche.

La lluvia sigue llorando sobre la ciudad.

SOR ADORACION DEL DIVINO VERBO

PROLOGO

Dos tendencias antagónicas, pero igualmente nacionalistas y de índole igualmente retrospectiva, dominan en el día nuestra literatura. La una no sólo quisiera poner la piedra de los sacrificios sobre el ara del altar mayor de la Catedral de México, sino que tiene por habas contadas que nuestros antepasados indígenas conocieron todas las ciencias, practicaron todas las artes y fueron mucho más civilizados que sus conquistadores. A esa escuela pertenecen jóvenes muy entendidos y muy ingeniosos cuyos ingenios por desgracia se quiebran de sutiles porque, como decía el cáustico Padre Mier, de su contrario el licenciado Borunda, comienzan investigando, siguen inventando y acaban delirando. (Exceptúo a unos cuantos que con sólidos estudios por base están haciendo una positiva labor de resurrección arqueológica).

La otra escuela está enamorada de nuestro pasado español, del lujo de la corte de los virreyes, de lo romántico de las leyendas, de la elegancia de las mansiones, del primor de los trajes, del idioma repu-

lido y alquitarado, de los sentimientos caballerescos y requintados, y quizás también en el fondo, de la paz, de la seguridad, de la vida reposada y cómoda de aquellos tiempos en que se podía prever con años de anticipación lo que se haría en determinado día y a hora determinada si antes no había llegado el trance de la pala y el azadón, para lo cual se estaba siempre, cristianamente dispuesto.

A esta última tendencia está afiliado Julio Jiménez Rueda, literato cultísimo, "dómine serio de flacas manos y buen latín", que, como ocurre a menudo a los desterrados, aunque el destierro sea áureo, se forjan una Jerusalem ideal en las tierras en que habitan y estudian a México bajo aspectos antes desconocidos para ellos y lo poetizan y de él se enamoran con culto de hiperdulía.

En la enorme y riquísima Buenos Aires, la ciudad de América que tiene menos reliquias españolas y pasado colonial más insignificante, se tejió esta historia tan bella y tan rica de colorido de época y de lugar, pues Jiménez Rueda posee al par genius loci y el genius temporis.

"Sor Adoración del Divino Verbo" es una fábula sencilla, una fábula que quizás podría haberse desarrollado en unas cuantas páginas, pero que se lee con deleite cuando la trata un poeta, un estilista y un erudito. La historia más bien es un pretexto para trazar un bosquejo de la vida mexicana de los mediados del siglo XVII. Lo mismo la vida campesina que la de la corte, los juegos de cañas y sortijas que los autos de fe, los tianguis, las profesiones y monjíos que los discretos acaramelados de los cultos, todo ha encontrado en la pluma de Jiménez Rueda elegante y

fácil interpretación. Muchos libros ha de haber devorado y muchos documentos ha de haber descifrado para llegar a una interpretación tan fiel y exacta de la vida en el siglo más mexicano que ha existido —sin exceptuar al actual, pues en él tuvimos gobernantes, hombres de ciencia, literatos, músicos, arquitectos, conquistadores, eclesiásticos, juristas y matemáticos, como no los alcanzamos en el XVI, en que la tierra estaba sin someterse del todo, ni en el siguiente, en que el afrancesamiento y el regalismo la habían corrompido.

Pero los méritos de Jiménez Rueda se realzan porque a su conocimiento de muchísimos libros y particularidades se une un vivo y siempre despierto deseo de atinar con lo que en aquellas edades sentían las gentes que formaban las distintas capas sociales. Ese don de comunicarse con los desaparecidos, sólo se obtiene mediante una grande y sincera devoción artística y una imaginación esencialmente constructiva y segura. El camino que debe seguir el autor de "Sor Adoración" está ya bien marcado y descubierto por él mismo. Por esa ruta debe continuar seguro del acierto y desdeñando modelos encontradizos y fáciles de reconocerse: puede, ya lo ha visto, continuar con su propio esfuerzo y con el auxilio de su misma virtud, y ellos tienen que guiarlo.

El libro se resiente de la precipitación con que está pergeñado. No habría dicho un dueño de los mil seiscientos y tantos que "nuestros pies bordean el abismo"; ni un escritor del siglo de oro habría llamado flébiles a las canas; ni menos un caballero hijo de conquistadores habría manifestado su rendimiento diciendo: "Agradezco a Vuestra Excelencia, señor Virrey,

el designio de llevar a la corte a este su siervo". El varón que ostentaba los merecimientos que el padre de Clara Isabel no se declaraba siervo ni del mismo monarca, precisamente porque se reputaba buen vasallo suyo y dueño de siervos. ¿Las garzotas pueden ser de varias clases de plumas, o sólo de plumas de garza? Entiendo que las garzotas, como los airenes y las aigrettes, son siempre de "herón", género de garza real.

Pequeñas inexactitudes son éstas, si acaso llegan a serlo; pero como a través del elegante latín de Cervantes, de Salazar, de las mazacotudas prosas de Guijo, de Robles y de Sedano se advina el alma de un poeta alto y noble, de un poeta que en el pasado halla su solar y su asiento. El terreno está virgen y apenas unos cuantos discretos como Valle-Arizpe o Monterde García Icazbalceta empiezan a recorrerlo y a acotarlo. Jiménez Rueda tiene frente a sí una inmensa heredad, un verdadero latifundio que nadie le disputará.

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

PRIMERA PARTE

EN EL CAMPO

I

Terraza en la alquería de San Juan de los Reyes. Sobre la balaustrada otéase la campiña que recorta la cordillera circundante del valle. Culminan, al oriente, los volcanes cubiertos de nieve que adamasquina de oro el sol en tramonto.

Abajo, las sementeras cargadas de maíz; más allá, la huerta que perfuman naranjos y limoneros. Cinta de plata que serpentea a lo lejos. Atardeceres de terciopelo, grana, amaranto y oro.

Canciones melancólicas, al retorno de la peonada a la alquería. Una esquila que repica desapaciblemente. Sinfonía de pájaros en la enramada y en los aleros. Un perro ladra...

El *Angelus* apacigua las almas. Voltejea la campanita de plata en el campanario de la iglesia, abrigo de palomas y refugio de golondrinas.

Encienden en el monte hogueras los leñadores, y se prenden los luceros en el firmamento...

Esto vió, oyó y sintió Clara Isabel Suárez de Figueroa, en los años de su mocedad, y mostróse inclinada a la melancolía y a la meditación.

II

Clara Isabel acudía muy de mañana, a la iglesia, de oro, negro y ocre invadida en su interior. Decía la misa el buen capellán de la alquería, viejo encorvado y tembloroso, de cabeza blanca y manos sarmentosas, prestas a la bendición y al consuelo.

Un rayo de sol se colaba por los amplios ventanales y venía a herir el mármol blanco de un sepulcro humilde.

En invierno, más obscuridad, mayor reposo y un vientecillo helado que atravesaba los ornamentos del padre, haciendo temblar la hostia en sus manos.

Salía Clara Isabel apresuradamente de la iglesia, y corría por la vereda guarnecida de flores. Cortaba unas, las apretaba contra su seno, apenas acusado bajo el coselete de estameña fina y sin adorno, llegábase a la casona. Desayunaba chocolate y bollos.

Bendecía a Dios, recorría aposentos y corredores, vigilando el arreglo minucioso que hacían de ellos las sirvientas, indias rollizas y bronceadas. Reposaba en su camarín blanco y austero como celda de claustro y poníase a bordar manteles y paramentos para la iglesia blanca, de campanita de plata.

III

Los aposentos de la Alquería blancos eran y de paredes altas que surgían del lambrín multicolor de azulejos de Talavera. Muebles de fina talla, severos, claustrales, velones de bronce que quemaban, en invierno, el aceite de las buenas intenciones, colgaduras viejas y desvaídas, espadas y picas herrumbrosas que hablaban de heroicidades de otros tiempos, un crucifijo de marfil, dos tibores floridos, dos candelabros con cera perennemente encendida, un reclinatorio forrado de cordobán donde Clara Isabel, de rodillas, repasaba una y otra vez las cuentas nacaradas de un rosario.

IV

En las tardes solía pasear por los alrededores de la casona, llegábase hasta las trojes repletas de maíz, conversaba con los labriegos, indios fuertes y sumisos, sentábase después, un momento, sobre el pretil de la fuente a oír la canción del surtidor.

Cantaban los zenzontles y los canarios desde sus jaulas de plata.

Esperaba, Clara Isabel, melancólicamente la puesta del sol desde la terraza.

Recogíanse las cabañas en la majada, retornaban labriegos y pastores a sus jacales, y el sol, el magnífico sol, convertía en fuego la nieve que descendía, en lava hirviente trocada, por las faldas imponentes de la montaña.

Entonces conversaba con su padre don Iñigo Suárez de Figueroa y Souza. Conversación suave y apacible como la noche que iba cayendo...

V

El hidalgo, viejo ya, vestía a usanza antigua, austera, varonil, sin los alardes de la moda que nuevamente se introducía en los salones de la vecina capital del Virreinato. Apenas si la melena blanca un poco crecida, la gorguera tirando a valona, los gregüescos más largos y la capa más corta acusaban la transición del monástico reinado de Felipe II el prudente, a la molicie y disolución de las costumbres reinantes en los de Felipe III el piadoso y Felipe IV el poeta.

Reposaba el hidalgo en un sillón frailero, la mirada perdida en el horizonte que minuto a minuto se diluía en la sombra.

Era la hora de las evocaciones de antaño, de los elogios gérvidos de otrora, de los ensueños, de los misterios:

—Todo lo que se descubre, mi hija, en el amplio espacio que abarcan los ojos, fué conquistado por los abuelos, sembrado con sus huesos, regado de sudor y de sangre y abierto en surcos por sus espadas victoriosas. Un abuelo mío plantó el estandarte de Castilla por primera vez en estas tierras, otro ascendió a la cumbre de la montaña para sacar de ella azufre y fabricar pólvora, un pariente bautizó indios en las riberas del río aquel que corre entre los alcores y su mano se cansó de tomar agua una y otra

vez, hasta seis mil en el breve espacio de un día. Nosotros, mi hija, nada hemos hecho hasta ahora para ser dignos de tan preclaros varones. Sé caritativa y buena, enseña, instruye en la fe y trabaja en la conversión de esos pobrecitos que, aunque bautizados, no han dejado de ser herejes. Reza por los abuelos que tan dignamente cumplieron su misión en la vida, conquistando para Dios el reinado de las almas y para el rey el dominio dilatado de estos pueblos.

Y se hacía el silencio en la comunión de las almas de padre e hija.

VI

Solía hacer, el hidalgo, el elogio de la ciudad remota, de la capital rica y floreciente de la Nueva España que había entrevisto de mozo, antes de retirarse al apacible y sereno retiro de la alquería de San Juan de los Reyes.

—"Donde más se probó, mi hija, el esfuerzo, el valor, la templanza y el arrojo del castellano, fué en la debelación de la antigua y pagana ciudad de Tenoxtitlán. Días y meses nuestras huestes mantuvieron el cerco apretado en torno a la ciudad hasta tomarla, no sin grande riesgo. Echaron abajo los templos de las feroces divinidades gentiles y en su lugar fabricaron a Dios templos dignos de su gloria. Trazaron plazas, levantaron mansiones señoriales y pronto, mi hija, la ciudad nació del lago milagrosamente. Ahora vienen a abrevarse a las fuentes de saber que de ella manan estudiantes de todas partes. Hay Universidades con privilegios de la de Salamanca y fre-

cuentan sus aulas escolares que mueven ruido y algazara al trasponer el portalón de acceso, como en mi mocedad hacíamos los que cursábamos estudios en Salamanca o en Alcalá de Henares.

Monasterios, mansiones amplias y capaces, espaciosas plazas, bordean los canales como en la maravillosa ciudad de Venecia que vió un día mi padre y que me describía como yo os describo ahora la ciudad de México en mi vejez. Canoas hermosamente aderezadas surcan las calles de agua, iluminadas por la luna. En el milagro de la ciudad los elementos se unen para hacer de la capital del virreinato de la Nueva España una ciudad hermosa como Sevilla, ausera como Valladolid, noble como Toledo, santa como Avila de los Caballeros..."

La doncella se encendía en deseo de atestiguar la maravilla y bogar, también, en una góndola enflorada por los canales muertos de la antigua ciudad de México Tenoxtitlán.

VII

No era menor, aunque de otro linaje el encarecimiento que de la gran ciudad hacía el ama, sencilla y beata que cuidaba de los menesteres de la casona:

—"Verá la niña en la ciudad galanes regiamente engalanados. Terciopelo, seda, oro. Muy galanes en el decir y muy liberales en el dar. Verá damas de alto linaje con estrellas por ojos y hebras de oro por cabellos.

Verá la niña tiendas en las que se expenden muy variados objetos. Ya joyeles de oro exornados de es-

meraldas, rubíes, berilos o amatistas. Ya sedas de finísimo tejido y elegante dibujo, encajes de Flandes, lienzos de Holanda, mantones de China. Cofrecillos de oro, taracea de maderas finas, filigranas de plata, pendientes, zarcillos, trabajadas por hábiles artífices, pulseras, sortijas collares...

Y también amuletos para evitar enfermedades o sortilegios, objetos encantados para conseguir galán. De todos estos hay que buscarlos en sitios escondidos, ya que la Inquisición persigue a los mercaderes.

De estas cosas y de otras usé en mi juventud. Fuí amada y feliz. Ahora ya ve la niña, por joya este rosario y por aderezo estas tocas venerables.

Cuando mis cabellos no eran blancos, ni me faltaban dientes y la piel se mostraba tersa y pulida como la seda, entonces...

Un suspiro inflaba el pecho de la vieja e iniciaba ella la letanía de lamentaciones por haber pasado el tiempo que, como pasado, siempre fué mejor...

VIII

La esclava negra, jacarandosa mujer de dieciséis años y robusta como de vinticinco, entretenía a Clara Isabel con paliques más pintorescos.

Hablábale de países remotos, tostados por el sol. Describíale las arenas calcinadas del desierto. Visiones blancas. Tardes bochornosas. Manglares lujuriosos. Pasión. Sonar argentino de ajorcas sobre los tobillos al romper en una danza sensual. Un tamboril que redobla monótonamente. Ajimeces multicolores. Celosías, maldiciones y conjuros.

Sabía la esclava cuáles eran las palabras rituales para confundir y anonadar al hombre. Conocía brevajes y mixturas para hacer nacer el amor o fulminar la muerte.

Y sus ojos, sus ojos acerados hacían daño a la persona en que se posaban.

Tenía, además, movimientos felinos y voluptuosos... Se ataba un pañuelo rojo sobre el encrespado bosque de cabellos.

IX

Sólo leía Clara Isabel libros de devoción. Noche a noche la dueña repasábale la vida de algún santo. Placíale a la doncella, singularmente, la de los mártires. Procuraba substituirse al sujeto de la lectura, sentir sus dolores, arder en las brasas que tostaban las carnes, retorcerse en la agonía de los miembros cercenados: Santa Cecilia, Santa Agueda, Santa Inés, San Lorenzo. ¡Las jaras finísimas y emponzoñadas que penetraban en el cuerpo de San Sebastián...!

En la librería de su padre había buena copia de libros de este jaez, primorosamente miniados y recubiertos de piel. Había, asimismo, libros de caballerías que el hidalgo le prohibió leer.

Sin embargo, a hurtadillas hojeó con deleite las aventuras del noble caballero D. Amadís de Gaula.

X

Como Santa Teresa, tuvo ímpetus de convertir he-

rejes y morir en martirio, como tantos conquistadores, santos y ascetas, coadyuvar en la obra de catequización universal. Cuando menos soñaba en meterse monja, sangrar sus espaldas con la disciplina, ceñir cilicio a la cintura y ayunar los cuarenta días que ayunó el Señor en el desierto.

Entretanto conservaba intacto el aceite de su lámpara.

XI

Una noche hidalgo y doncella columbraban desde la terraza una procesión fantástica que avanza sobre la carretera.

Puntos luminosos semejan extraño gusano que repta sobre la cinta entenebrecida del camino real.

A poco la visión se hace precisa. Se escucha el galopar de caballos. Una carroza rueda pesadamente por el vial polvoriento y pedregoso.

Después un extraño cortejo que avanza lenta y ceremoniosamente, como procesión de Corpus.

Perfiles que se recortan enérgicos en la lobreguez de la noche iluminados de rojo por las antorchas que portan lacayos, cabezas separadas del tronco, brazos cercenados, caballeros que emergen de monturas invisibles, cuerpos de animales sin jinete, carroza de planos rígidos, desfile de sombras en la noche, negro de terciopelo y rojo de cobre sobre el horizonte que repite al infinito el eco de los ruidos que promueve la caravana.

Abandonan los indios sus jacales, doblan la rodilla y se persignan como si fuera Nuestro Amo el que pasa.

Un rodrigón se desprende de la comitiva y pide, al señor de la alquería, hospitalidad para la Excelentísima señora Virreina de la Nueva España, que yace enferma en la carroza que atraviesa el camino.

XII

Turban la paz de la silenciosa alquería, criados que suben escaleras, cruzan patios y aderezan habitaciones. Las bujías de los candelabros, vírgenes de luz, se encienden ahuyentando, con su claridad, todo asomo de malos pensamientos. Lucen las sedas de los pesados cortinajes y brillan discretamente los bordados de las telas que tapizan los muebles.

Surgen de la sombra arcaces y vargueños, aparecen en los muros retratos de caballeros de negra ropilla, gola de aplanchados gorgoranes y birrete de velludo.

Todo iluminado por la luz amarillenta y vacilante de los cirios que se queman en los candelabros.

Las ratas desaparecen, despavoridas, en los agujeros; las telarañas, en los rincones semejan filigranas de plata.

Para la señora Virreina, Clara Isabel ha aderezado su propio lecho que luce sábanas de Holanda y una colcha de damasco rojo con fleco y borlas de oro que caen al suelo besando la humildad del ladrillo rojo exornado de pequeños azulejos.

XIII

En el refectorio el Virrey y su acompañamiento cenan. El hidalgo ha hecho preparar un sabroso refrigerio. Un pavo da realce a la mesa del Excelentísimo señor.

Mosto viejo y vinillo aloque hacen olvidar las penalidades de una larga travesía.

Brillan los ojos de contento, la conversación es vivaz, intensa y agradable.

Dan las once en el reloj que se pierde en la penumbra de un rincón.

XIV

Su Excelencia es más bien bajo que alto.

Figura de marfil vestida de seda negra. Dos rayas de carbón para formar las cejas y una línea de tizne sobre el labio por bigote. Leve mosca en la barbilla.

Cae la cabellera negra sobre la valona blanca y almidonada, como los puños voltean sobre las mangas.

Habla pausadamente. Es algo poeta y se sabe de memoria a D. Luis de Góngora y Argote.

Le acompañan un Marqués y un Conde. El Marqués, rubio y barbilindo, el Conde es viejo y grave. Sobre su pecho alardea el lagarto rojo de la Orden de Santiago y viene a ocupar un asiento en la Real Audiencia de la Nueva España.

XV

—Si vuesa merced, señor hidalgo —habla el Marqués—, nos hubiera acompañado en la travesía, habría sido testigo del más horrendo temporal que vieran los siglos. Nuestro bajel se agitaba sobre las olas como débil hoja que mueve el viento. Nos inclinábamos ya a babor, ya a estribor, en terribles bandazos que hacíamos temer una visita a los salados dominios de Neptuno. Eolo soplaba a plenos carrillos sobre nuestro pobre barquichuelo, dispersando por los ámbitos del océano nuestra bien organizada flota. Su Excelencia dió prueba en el trance de la energía que aplicará al gobierno de estos reinos. Mi señora la Virreina no tuvo la misma fortaleza, pese a su corazón bien puesto y enfermo. Culpa a la debilidad de la mujer y a la costumbre de pisar alfombras y no la movediza puente de un barco. El señor Conde mostró el recio temple de su espíritu y la justicia con que decora su pecho esa honrosa insignia de Santiago.

—Hice, señor Marqués —replica el Conde—, lo que hace todo caballero en ocasión parecida: implorar a Dios el aplacamiento de su cólera, atender a una dama en peligro y conservar sereno el espíritu en medio de los elementos desatados, para poder traspasar con lucidez los umbrales de la muerte si Dios fuere servido a decretarlo así.

—En cambio, el señor Marqués se guareció en su litera y vímosle aparecer tan sólo cuando el mar se había trocado en suave y amoroso lecho de nuestro galeón tan combatido. Ya se columbraba a lo lejos San Juan de Ulúa.

—Excelencia, retiréme a meditar en el peligro en que nos ponía nuestra suerte adversa y también para ver de escribir un poema sobre la tempestad.

—Ya nos lo mostraréis en la Corte.

—Fué tan pobre mi estro que no alcancé a componer la segunda octava. Mi lira es más bien erótica que heroica, Excelencia.

—Cuestión de letras, señor Marqués.

—Y de espíritu, señor Conde.

Daban las dos de la madrugada en el reloj que se escondía en la penumbra.

XVI

En su camarín, Clara Isabel había rezado ya una corona de quince misterios y dormitaba sobre el reclinatorio, a la luz de una lamparilla de aceite que parpadeaba en un rincón.

La Virreina dormía un sueño apacible y sosegado, los dos brazos extendidos sobre la colcha de damasco rojo, como lirios que nadaran en un mar de sangre bermeja.

XVII

Corren suaves y quietos los días en la paz agreste y conventual de la alquería.

Su Excelencia conversa largas horas con el hidalgo y le expone un plan de gobierno que hará la felicidad de los habitantes de la Nueva España. Fincan en él toda suerte de promesas. La Iglesia Cató-

lica será respetada y engrandecida, los tributos reales que se pagarán con puntualidad extrema, fortificaránse los puertos contra posibles asaltos del Corsario inglés y los indios... los indios seguirán en minoridad como hasta entonces.

El Conde se encierra en la librería del hidalgo, o medita por los senderos de la huerta en la interpretación razonable de una Ley de Partida que le ha intrigado aquella mañana al repasar, por milésima vez, las páginas de una vetusta recopilación.

El Marqués emprende excursiones a caballo por los campos sembrados de maíz, por los alfalfares esmeralda, por las rancherías que se pierden en la sierra, por las cañadas frescas y olorosas, y mira con ojos de lujuria a las indias rollizas que lavan en el río, carne joven que no desdeña la nobleza del Marqués.

La Virreina pasa las horas muertas departiendo con la doncella. Su Excelencia en un sillón de cuero repujado, se sienta; Clara Isabel, en un banquillo recubierto de terciopelo carmesí.

Por la ventana el espíritu se espacia en la inmensidad del cielo azul y en el campo emperlado de rocío.

Ambas tejen, bordan y cosen gorros, escarpines, pañales y mantillas para el niño que promete el vientre deforme de la Virreina.

XVIII

Y decía a Su Excelencia, la doncella, los antojos que había de conocer la ciudad que su padre le des-

cribiera con tanto calor y la tristeza de las horas pasadas sin más compañía que la dueña y la esclava en los fríos aposentos de la alquería y la rustiquez de los villanos que poblaban los contornos y como su padre se iba tornando viejo y la gota pesaba ya sobre sus piernas y del ansia que tenía su alma de abrevarse en fuentes inextinguibles de saber y ser útil a los demás, no oveja ociosa que se escondía en el aprisco.

La señora Virreina le prometió llevarla consigo así que reanudaran su marcha a la Corte.

XIX

—Agradezco a Vuestra Excelencia, señor Virrey, el designio de llevar a la Corte a este su siervo, aunque me holgara más de acabar mis días en este retiro sin más cuidados ni preocupaciones que la muy grave de preparar mi ánima para la partida. Viejo soy, señor, y los achaques de la edad podrán más en palacio que el deseo muy grande que he de serviros. Ruineras y alifafes acabarán presto con mi pobre humanidad, y sólo acepto el ofrecimiento de Vuesa Excelencia para no disgustarle y para que, en el futuro, vele por mi hija y le dispense mi señora la Virreina la protección que Vuesa Excelencia otorga al padre. Bésoos las manos, señor.

Hizo una reverencia, y todo tembloroso de emoción fué a comunicarle el caso a Clara Isabel.

XX

Decidióse presto la marcha con no poco dolor del

hidalgo que dejaba el valle que conquistaran sus antepasados. Cada mazorca, cada matojo de hierba, cada rompimiento de flor era un pensamiento del hidalgo o una acción buena de la hija; una lágrima que no llegó nunca a brotar o una sonrisa que se perdía en las guías encanecidas de su bigote.

Ahora contemplaba las últimas puestas de sol en la llanada, ahora sentía el dolor de las últimas auroras vividas en la casona de la alquería, en una paz bucólica y monástica a la vez. No hubo menester, el hidalgo, vestir el sayal del monje para retirarse del mundo y en trueco, había disfrutado de la paz que cantaron Horacio y Fray Luis.

XXI

Clara Isabel, en tanto, vivía en un mundo de ensueño.

Miraba la ciudad surgir del lago, blanca y resplandeciente, como de plata; miraba levantarse iglesias y monasterios que aturdían al transeúnte con el múltiple y sonoro repicar de sus campanas; miraba caballeros regiamente vestidos que hablaban entre sí de cosas de provecho para Dios y para el Rey; miraba damas caritativas que hacían mercedes y practicaban las virtudes que aconseja la Santa Madre Iglesia, y se miraba asimismo, en la Corte llevar a un niño sonrosado en brazos y conversar con él en lenguaje de ángeles; miraba al niño vestido con los pañales y las cantillas aderezados en las largas horas de palique con la Virreina...

En la terraza de la alquería un vientecillo fresco, soplado de los volcanes rizaba la piel de la doncella en un calosfrío inquietante.

XXII

La dueña y la esclava, al saber la resolución del hidalgo, lloraron hasta enrojecer sus párpados y enjutar por algunos días la fuente que manaba el lloro.

Rezaba la dueña interminables misterios.

Y la esclava, hecha un ovillo, murmuraba palabras de conjuro.

XXIII

En un aristocrático atardecer de mayo, todo engalanado de flores y perfumado de aromas, mientras Clara Isabel cortaba un ramillete para el altar de la Virgen, oyó por primera vez palabras de tentación.

Pronunciólas el Marqués barbilindo, los ojos encendidos como brasas y el mostacho arriscado y retador.

El Marqués.—La doncella Clara compite, en el jardín, con las flores, sus hermanas, en belleza y en perfume.

Clara Isabel.—Aderezo un ramillete de flores para la Virgen.

El Marqués.—De azucenas y de rosas, como de azucenas y de rosas está formada la doncella Clara.

Clara Isabel.—Vuesa Excelencia me confunde.

EL MARQUÉS.—Bella es, vuesa merced, y en la Corte causará la envidia de las damas.

CLARA ISABEL.—¿Envidia?

EL MARQUÉS.—Y dolor a los caballeros.

CLARA ISABEL.—¿Dolor?

EL MARQUÉS.—El dolor gozoso, el que lleva en sí mismo la alegría, el que es pena y alborozo de consuno, el que envenena y vivifica, el que es negrura de abismo y claridad de cielo, tempestad en noche lóbrega y rocío en la mañana: Amor.

CLARA ISABEL.—¡Amor...!

EL MARQUÉS.—¿No ha oído nunca vuesa merced hablar de ese niño ceguezuelo armado de aljaba y dardos, que suele disparar sus flechas sobre los corazones desapercibidos?

—CLARA ISABEL.—Sé de otro amor más grande y puro, que a fines más altos se dirige, y excelente sujeto es su aplicación.

EL MARQUÉS.—¿Dónde aprendió vuesa merced metafísica tan sutil?

CLARA ISABEL.—En mis noches de soledad y en la lectura de libros de devoción.

EL MARQUÉS.—Porque es joven vuesa merced, porque no conoce del mundo sino el breve espacio que se abarca desde la terraza de la alquería, es materia propicia su corazón para ser acribillado fácilmente por las jaras del niño ceguezuelo. En la Corte, señora mía, que es universidad donde se doctoran todos los maestros en ciencia erótica, hará vuesa merced su curso también. Ni hombres sesudos, ni capitanes valientes, ni sabios doctores pueden alardear de haber escapado a las travesuras del rapaz que lleva la al-

jaba. Diera yo mi vida por ser el maestro que iniciara a vuesa merced en la complicada dialéctica del amor...

La doncella no ha contestado, ha enrojecido, quiere llorar tal vez; jamás ha oído palabras así. Tiene, no embargante, fuerzas para huír, y huye por las callecillas enarenadas del jardín que enrojece el sol con su fuego claudicante.

De la tierra sube olor a acre y cocuyos aparecen en la sombra de los prados floridos.

La campana de la iglesia llama a rosario.

XXIV

Clara Isabel, de hinojos frente a la imagen de la Virgen, dorada por las luces que se encienden en el altar, implora:

"Madre del amor hermoso, madre del Divino Verbo, no permitas que la tentación haga presa en mí. Si ha de ser para mi bien, vayamos a la Corte; si para mi mal, consérvame a tus plantas como ahora, que más quiero ser rústica y buena en la alquería, que discreta y galana en la Corte.

Que la pestilencia de ningún amor mundano penetre en mi corazón, apartándolo de ti. Que mis ojos no se complazcan mirando a otros ojos, que mis manos no se junten a otras manos..."

Turban la oración las palabras del Marqués.

—"Quisiera ser maestro de vuesa merced en la disciplina que no enseña ningún libro, ni se aprende en cátedra ninguna".

—"Aparta, Madre mía, la tentación. Quiero consagrarme a ti, ser toda tuya, tuya, tuya para siempre".

Y otra voz le dice:

—"Espera el instante con espectación, témelo y regocíjate. ¡La voz del mundo habrá hablado en ti!"

—¡Madre, Madre, Madre!

Anhelante, trémula, desfallece en un desmayo.

La dueña, que no lejos de ahí repasa su rosario, acude presto en socorro de la doncella.

El sacristán opina que el desmayo ha sido por el perfume penetrante de las flores que mueren a los pies de la Virgen y por el humo de los turíbulos que no han logrado salir por los ventanales.

Afuera, la noche es primaveral, olorosa y tibia...

SEGUNDA PARTE

EN LA CIUDAD

XXV

El Virrey y la Virreina, los gentileshombres de su acompañamiento, los lacayos y postillones, partiéronse primero, satisfechos de la estada en la alquería.

El hidalgo y la doncella días después.

Dueñas, esclavos, criados, labriegos, se adelantaron a despedirlos, obra de una legua en el camino.

Los indios hincaban la rodilla en tierra y besaban la diestra del amo.

—Siñor amo se nos va, pagresito nos abandona.

Y corrían las lágrimas por los rostros atezados de los viejos.

—Siñor amo se nos va, pagresito nos abandona.

Cantilena interminable, lágrima que aplaca el polvo sofocante del camino.

Dando tumbos en el coche, el hidalgo y la doncella lloraban también mansamente, silenciosamente.

XXVI

En otro coche la dueña plañía dolorosamente un quebrantamiento general de huesos, en tanto que la esclava negra le acrecía su mal con una charla que sonaba a ajorcas, a cascabeles, a campanas echadas a vuelo en día de jura real.

Su pañuelo rojo era nota sugestiva en la aridez monótona del paisaje.

XXVII

En Santiago Tlaltelolco se celebra *tianguis*. Indios de todas partes sumariamente vestidos, indias de huipilli y camisa bordada, niños bronceados y sucios se juntaban frente al templo franciscano, de paredes altas, lisas y duras como de fortaleza.

Asómbrase Clara Isabel de la variedad de mercaderías que ofrecen los traficantes.

Telas ricas de algodón de hermosos colores, jarros, ollas y vasijas de barro decorados con primor, hierbas para sanar toda clase de dolencias, cuentas de vidrio y joyas de similor, flores de variados colores y perfumes, frutas de los trópicos, gozquecillos de pelambre sedosa y miradas de ensueño.

Un canario adivina los nombres escritos en papelicos, que colman la jícara de Michoacán que sostiene una india.

Y un viejo centenario, apergaminado y negro, de cabeza blanca y dientes finos, hace enroscar a su cue-

llo, ante la mirada absorta de los marchantes, una víbora que abre sus fauces en un amplio bostezo de aburrimiento.

XXVIII

Aposentáronse en casa de doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza, hermana del hidalgo, que vivía en la calle de la Buena Muerte.

Alta, amojamada, de piel transparente recorrida por venas azules y abultadas, ojos negros, profundos y ardientes, hablar pausado.

Vivía en una casona obscura y lóbrega, destartalada y negra. Pocos muebles, severos, antiguos, refugio de la polilla. Un altar de la Virgen en el salón. Dos cirios que alumbran a la imagen. Gotas de cera en el pavimento desnudo y frío.

Nada de flores, ni de pájaros, ni de fuente de azulejos que cante en el patio su canción de cristal. En trueque una pileta de aguas verdosas y estancadas.

Más parecía la casa de doña Soledad habitáculo de almas desasidas del mundo y sumidas en la meditación.

Doña Soledad se levantaba al alba y corría a misa. La iglesia era negra y poblada de imágenes espantables.

Ayunaba todos los viernes a pan y agua en memoria de los sufrimientos de Jesús en su vía dolorosa.

Y todos los sábados sangraba sus hombros con una disciplina de puntas aceradas en penitencia de los pecados suyos y de los ajenos.

Durante el día se hablaba en voz baja y a media-

noche se rezaban maitines a la luz vacilante de los cirios que alumbraban el altar de Nuestra Señora.

XXIX

Clara Isabel y el hidalgo ocupan dos aposentos en el piso principal, los menos lúgubres de la mansión. Han colocado en ellos lechos enormes de cedro, una mesa, una silla y un crucifijo de plata en la pared.

La dueña ocupa un zaquizami pequeño y húmedo y el reuma de la señora ha dado en martirizarla noche y día con sus protestas.

La esclava se alberga en una espelunca del desván y tiene por compañía ratas y arañas. Maldice de su suerte y en su cerebro se finca un proyecto de fuga.

XXX

Clara Isabel acompaña a la de Figueroa a misa.

Pártense de la casona muy de mañana arrebujadas en sendos mantones que les llegan a la fimbria de la basquiña.

Haldean las dos en la fresca claridad de la mañana.

Las tiendas se abren al comercio de los transeúntes. Tiéndense los mostradores en los vanos de las puertas y aparecen, tras ellos, las caras agrias de los tenderos que se desperezan abriendo la boca y estirando los brazos entumecidos por la dureza del lecho.

Un rapaz limpia las muestras que cuelgan frente al portal.

Una manada de cerdos hoza por el arroyo rumbo al mercado de la Plaza Mayor.

Un caballero cruza raudo la plaza seguido de cortejo de pajes. Va de caza.

Un mendigo pide limosna en el porche de la iglesia, por "el amor de Dios", con voz tipluda y penetrante y con ambas manos aparta la leve camisola que le cubre el pecho para mostrar al caritativo una llaga purulenta y repugnante.

XXXI

Al frescor de la mañana, pone una gota de acidez doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza, cuando sermonea a la doncella.

"Dios te libre de la pestilencia que inficiona a las almas en la Corte. Más te valiera el haber muerto mil muertes que el pecar una vez contra el Señor. Primero de frecuentar dorados salones propicios al pecado, podrías retirarte a la soledad del Claustro y servir a Jesús. Las almas jóvenes son como débiles mariposas atraídas por la luz para consumirse presto en su ardor.

Toma ejemplo de mí; pecadora he sido, pero la misericordia de Dios es grande y me he conservado siempre a su servicio. Doy gracias al Todopoderoso que se ha dignado venir al pecho de su sierva y lo ha escogido por morada.

He visto al Señor en mi casa, todo resplandeciente de luz, con los brazos amorosamente abiertos y tendidos hacia mí.

La casa se inundó de inefable perfume y sentí mi corazón acribillado por dardos de oro.

Lo demás es vanidades de vanidades".

Y salen de la iglesia obscura al frescor esplendente de la mañana, ya poblada de ruidos.

Un mercader pregona su fruta. Un herrero maja en el yunque, fierro enrojecido.

Desde el pescante de una carreta, el arriero chasquea el látigo sobre las cansinas mulas y escupe una blasfemia.

XXXII

El sermón continuaba, al atardecer, en la casona de doña Soledad, después del Angelus, mientras la sobrina, a través de las celosías del balcón, sentía adormecerse la ciudad en el regazo de la noche. Cesan murmullos y voces y sólo el paso de la ronda o el taconeo de un transeúnte rezagado turban el silencio de la rúa.

—"Habrás visto que todo es miseria en la Corte. Más feliz te encontrabas, sin duda, en la alquería. Todo zozobra y fatiga en la ciudad. Nuestros pies bordean el abismo y un mar de concupiscencias amenazan ahogarnos en sus pestilentes ondas. *¡Libera nos domine!*"

A estas horas solían pasar por la calle los hermanos de la Cofradía del Rosario de Animas, alumbrados por una linternilla de aceite y unos cuantos cirios. Un cofrade tañía una campanita y con voz plañidera decía:

—Un Padre Nuestro y un Ave María por el alma de Fulano. Un Padre Nuestro y un Ave María. Amén.

XXXIII

El alma ascética de doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza penetró en el almario de Clara Isabel impregnándolo de suave melancolía. Un anhelo vago posee a la joven que mira ya con desabrimiento las cosas que suceden en la Corte.

Va a Palacio, en coche, con su padre; pero antes quiere recorrer la calle principal.

Ve la Plaza Mayor poblada de mercaderes y oliente a rastro por las reses que en ella se sacrifican. Ve los que han tratos con la Justicia salir y entrar en tropel a Palacio para abogar por sus causas en la Audiencia o en la Real Sala del Crimen. Escribanos, golillas, alguaciles, covachuelistas.

Ve, más allá, una parvada de muchachos vestidos en hábitos estrafalarios y raídos que pasean grandes carteles convidando a un vejamen en la Real y Pontificia Universidad de México.

En las platerías ve galanes que compran aderezos y joyas para sus damas.

Ve un tren lujoso recorrer las calles con grande pompa de pajes y lacayos.

Ve al señor Marqués hacerle una cumplida reverencia desde el fondo de una silla de manos que llevan en vilo dos esclavos negros arreglados con muy vistosas libreas.

Ve muchedumbre de mendigos, los unos se cubren con mantas, los otros con simples zaragüelles, los

niños con nada. De ellos son ciegos, de ellos tienen las piernas hinchadas monstruosamente, de ellos tullidos lisiados, uno, con todo el cuerpo en llaga que es pasto de las moscas en el portalón del convento de San Francisco.

Un ciego, en la esquina de la Profesa, vende romances y pliegos con las últimas noticias de España, acarreadas por el Galeón Real. Pregona, además, el romance de la mujer que parió a un niño con dos cabezas.

Y ya frente a Palacio, Clara Isabel hubo de cubrir sus ojos para no ver a un pobre diablo que, con la lengua de fuera, hacía sus últimas cabriolas en la horca. La muchedumbre reía, reía.

El hidalgo fué nombrado mayordomo de Palacio y Clara Isabel entró al servicio de la Virreina como dama de honor.

XXXIV

Mencía, Beatriz, Leonor, fueron sus amigas en la Corte. A Lucinda miróla siempre con prevención.

Mencía y Beatriz son pequeñas y rubias, semejan mellizas. De carácter suave y apacible, pásanse las horas contemplando ciudades encantadas en la lejanía, leyendo libros de verso.

Las crenchas de Leonor son brunas, sus ojos castaños, su nariz pequeña y remangada, se pliegan sus labios con gracia y manan de ellos noticias abundantes sobre acaecimientos de la Corte.

Lucinda es morena, de ojos negros y boca sensual,

de amplio y exuberante cuerpo. Los hombres la acosan y se cuentan de ella mil historias peregrinas.

El resto de las damas, muchas de ellas nobles, no interesa a Clara Isabel.

XXXV

En un camarín de Palacio reúnense las cinco en sus horas de servicio a conversar, a leer, a bordar o a tejer.

Mencía borda, en una casulla, un lirio desfalleciente.

Beatriz hojea las páginas de un libro y deja caer sobre el tapiz florentino, las catorce perlas de un soneto.

Leonor comenta el último lance del Conde de Santiago.

Lucinda reposa lánguidamente tendida en un diván.

Y Clara Isabel, la imaginación puesta en mundos muy lejanos, borda un corazón sangrante sobre el paramento de un lienzo de altar.

Las campanas de catedral derraman el Angelus por la ciudad y en el garitón de Palacio se cambia la guardia de alabarderos.

XXXVI

MENCÍA.—¡Víspera de Corpus, Beatriz!

BEATRIZ.—Los días de Corpus siempre han sido tristes para mí. En Corpus perdí a mi madre, en Corpus partióse mi hermano para el Perú, y de él no

se ha sabido más, en Corpus me engañó mi galán con la amiga que más quería...

LEONOR.—Los días de Corpus para mí son gozosos. En día de Corpus he logrado siempre encender un amor.

MENCÍA.—¿Y qué haces, Leonor, con tantos amores como Corpus hay en tu vida?

LEONOR.—Esperar que el sol de un día de Corpus encienda la hoguera en mi corazón.

MENCÍA.—Por San Juan es el día del amor. Por San Juan se encienden luminarias en el monte y las damas de Madrid refrescan en las orillas del Manzanares.

LEONOR.—¡San Juan y Corpus! ¡Corpus, la procesión, la mascarada...! ¡San Juan, para las doncellas que esperan ansiosamente al amado y abren las ventanas esa noche y consultan con los astros la venida de un príncipe azul en un caballo blanco...!

MENCÍA.—¿Cómo ha de ser tu príncipe, Beatriz?

BEATRIZ.—Rubio, con guedejas de oro que caigan en cascada sobre la valona, ojos garzos y ensoñadores, bigotillo suave, manos finas, muy gentil y muy galán.

MENCÍA.—¿Y el tuyo, Leonor?

LEONOR.—Fuerte y valeroso, ojos negros y retadores, tosco, sin llegar a grosero, que monte bien a caballo, que maneje el estoque con destreza, que sea amplio en el prometer y fácil en el dar, ardiente en el amor, fiero en la pelea, dulce en sus palabras, amoroso en sus reclamos, que sepa matar y dejarse matar por una mujer.

LUCINDA.—Poco pides, Leonor. ¿Y tú, Clara Isabel?

Clara Isabel levanta los ojos humedecidos en lloro.

CLARA ISABEL.—Yo no busco amor terreno, yo sueño en Jesús.

Lucinda rompe a reír, risa torpe y maligna, que enciende rubor en las pálidas mejillas de Clara Isabel.

Después todas callan. El camarín queda en tinieblas. Un paje enciende las bujías del candelabro que reposa en la mesa. Cuatro de las doncellas recogen silenciosamente su labor. La quinta tiene esa noche cita con su galán.

XXXVII

La plaza va quedando desierta también. Levantan sus tiendas los mercaderes, sus cabañas los arrieros. Se prenden unas antorchas en los puestos de comestibles. Una esquila rememora los plácidos atardeceres de la campiña. Un alguacil cruza la plaza. Croan las ranas en las aguas malolientes de las acequias vecinas.

XXXVIII

Los corredores de Palacio están envueltos en sombras. Chirrían los cerrojos que cierra un mayordomo. Tintín de llaves, pasos breves que se pierden en la noche.

Salen las damas de los aposentos de la Virreina.

Clara Isabel, presurosa, va a sus habitaciones. En el recodo de un pasadizo tropieza con una dueña enjuta y amojamada, de ojos enrojecidos y legañosos. Cuatro pelos de bigote y otros tres en la barbilla.

—¡Ta, ta, la palomica!

—No os conozco, madre.

—Yo a tí sí, hija. De haber estado más tiempo en la Corte, sabrías quién soy. Desde la más encopetada dama de la Corte, hasta la última doncella, han menester de mi ayuda.

—Mi padre me espera. Es tarde ya, madre.

—No sea desdeñosa la tortolica. No va a recibir mal ninguno de mi parte. Sin conocerla me siento inclinada a servirla. Bella es la paloma y cándida como el cordero. Repare en el gavilán que ronda en la Corte. Ya muchos galanes perecen por merecer sus favores y muchas damas la odian porque ha venido a ser rival de cuidado. Ta, ta, la doncellica...

—Madre, los corredores...

—Hay alguien noble, apuesto y gentil que bebe los vientos por la palomica. Si ella lo mirara, al menos con benevolencia. Damas nobles lo disputan, pero él sólo ama a la tortolica y morirá de disgusto si ella se muestra esquiva.

—Madre, madre, no puedo escuchar.

—La conoció en la alquería y no vive sino para ella.

—¡Dejadme en paz, madre!

—Que el Espíritu Santo ilumine a la doncella. Ave María Purísima. Amén.

Clara Isabel vuela por las lonjas abandonadas, bordea el jardín... Dos sombras se pierden en la vereda. El Marqués barbilindo sella los labios de la dama Lucinda con un beso que chasquea como látigo en la frente de Clara Isabel. Un rayo de luna resbala sobre el cuello del caballo que corona la fuente.

Clara Isabel, toda trémula, se llega a la puerta de su aposento. La lámpara de aceite que alumbra la ima-

gen de la Virgen frente a una hornacina vacila y se extingue.

Las luciérnagas puntean de luz los vanos de la arquería. Un grillo canta lánguidamente su canción bajo el rosal.

XXXIX

La Virreina no concurre a la solemne misa de Catedral. Su vientre, cada vez más dilatado, hace presentir la proximidad del parto. Reposa en un amplio sillón de damasco tapizado, con el escudo del Virrey al respaldo.

Las damas se turnan a su vera para leer libros de entretenimiento, rezar con ella, el rosario por la noche y conversar sobre sucesos de la Corte.

Así ha sabido la Virreina de una monja insigne, profesa en el convento de Santa Paula, de la Orden de San Jerónimo que es maestra en toda disciplina. De moza fué doncella de honor en la Corte y en un examen venció a doctores, teólogos, escriturarios y poetas.

Sabía de memoria aquel soneto que dice:

Este que vez engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido:
éste en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido;

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada;
es un resguardo inútil para el Hado;
es una necia diligencia errada;
es un afán caduco; y bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Haciéndolo leer una vez más, oyó la Virreina que las campanas de Catedral tocaban a vísperas.

XL

La Catedral resplandece como ascua de oro. Lo mejor y más granado de la Corte se reúne en ella. El Virrey, desde su tribuna, y bajo baldaquín de damasco y oro, asiste al santo sacrificio de la misa. Damas y doncellas ocupan espacioso estrado. Los galanes de pie, asaetean a las damas con miradas nada devotas. El órgano atruena el recinto con la robustez de sus voces.

Ilustrísimos y reverendísimos señores evolucionan en el presbiterio entre nubes de incienso y reflejos de oro que despiden casullas dalmáticas y báculos refulgentes.

Damas y caballeros visten lo mejor de sus guardarropas. Ahí de las basquiñas y guardainfantes de seda recubiertos de pedrería, ahí de los corpiños de raso y de terciopelo con broches y prendedores de oro, ahí de los encajes de Flandes, de las capas de velludo, de los guantes de ámbar bordados, de los chambergos de ricas plumas sujetas por joyeles de diamantes, rubíes o esmeraldas, ahí de los collares de perlas que

caen gentilmente sobre los pechos erguidos de las damas, ahí de las tizonas de retorcidos gavilanes sujetas al costado de los caballeros por tahalís de brocado guarnecidos de plata.

Escucha Clara Isabel requiebros, mira cruzarse, como relámpagos miradas que el deseo caldea, ve billetes que disimuladamente pasan de manos de varón a aristocráticas manos de hembra.

Y ella, ella misma, siente varias veces la mirada del Marqués atravesar las sedas que la visten y posarse en su carne desnuda que se estremece como si un hierro enrojecido mordiera en ella.

Encendida en rubor desfallece sobre un cojín a tiempo que el Arzobispo, con la custodia de oro irisada de pedrería, bendice a la multitud. Las campanas voltean afuera y los cohetes hienden el aire en ascensión triunfal.

XLI

Ve Clara Isabel deslizarse la procesión, gusano de luz vestido de seda y oro que se arrastra por las calles regadas de flores. De los balcones penden colgaduras y tapices policromos. Flamean al viento gallardetes y banderolas sobre los nichos devotos que coronan las casas. Lluvia de pétalos cae de los ventanales y de las azoteas bien caldeadas por el sol mañanero, sobre la procesión que se arrastra lentamente, gravemente...

Las fanfarrias de los regimientos, apostados en la carrera, baten marcha triunfal a tiempo que se esca-

pan de las torres de los templos muchedumbre de palomas sonoras.

Y vienen las hermandades y cofradías con flámulas y gallardetes, estandartes y farolas iluminadas, y después los bedeles de la Real y Pontificia Universidad de México con sus trajes talares de terciopelo morado, mangas encarrujadas y sobrecuellos grandes, caídos a la espalda; los colegiales de San Ildefonso, San Gregorio y San Juan de Letrán; las terceras órdenes con sus cruces...

Y más tarde las comunidades: los frailes mercedarios con su hábito blanco de escudo rojo al pecho; los agustinos de sayal y capa negra, capucha, manguillo y cinto; los benedictinos negros también; los dieguinos de café y cordón blanco a la cintura; los franciscanos, azules y humildes; los dominicos de hábito blanco, luenga capa negra y gran camándula pendiente al cuello.

Desfila el Claustro en pleno de la Universidad.

Llevan los doctores su muceta puesta y la borla en la mano. Mucetas y borlas de distintos colores: blanca para los teólogos, azul para los filósofos, rojo para los jurisperitos y verde para los canonistas.

El Tribunal del Santo Oficio con el estandarte de la fe llevado por el Fiscal y los inquisidores de hopas negras y funerales.

Pasa la Archicofradía del Santísimo Sacramento. Una custodia bordada en la enseña.

Las parroquias precedidas de sendas cruces y ciriales, el cura revestido de capa pluvial, los vicarios de dalmáticas.

El pertiguero de la Catedral de garnacha blanca y maza de argento bajo el brazo, marcha silencioso y

solemne, poseído de la importancia del papel que representa.

Los clérigos de sobrepelliz, los presbíteros de casulla, los diáconos y subdiáconos de dalmáticas, la curia eclesiástica de manteo y bonete.

Los canónigos revestidos prolijamente rodean al arzobispo que bajo palio desaparece, casi, en el mar de seda y oro que lo rodea. Un canónigo lleva el áureo báculo con que el arzobispo apacienta a la grey, otro la mitra resplandeciente, el arzobispo la custodia de múltiples rayos.

Inciensan los monaguillos a Nuestro Amo y de todas las voces graves de los varones, las voces agudas de las mujeres y las argentinas de las campanas se eleva un himno.

—¡Hosanna! ¡Hosanna!

Vienen detrás el Virrey y su acompañamiento de gentileshombres. Los graves oidores de vestimenta negra y quevedos de carey, los capitanes y ministros, precedidos de pajes del Ayuntamiento de mazas al hombro.

—¡Hosanna! ¡Hosanna!

Frailes, canónigos, clérigos acompañan el caer de las flores con el lento musitar de sus plegarias.

XLII

Después de la procesión todos se reúnen en la Sala grande de Palacio, de paredes altas, cortinajes severos y viguería de cedro sostenida por zapatas limpiamente pulidas.

Tibores de China y candelabros de tumbago fun-

didos en Macao, pueblan los rincones. Pajes y lacayos con librea del Virrey sirven el refresco en bandejas de plata, dulces salidos de las reposterías de los conventos de monjas, rosquillas, pasteles, yemas, suspiros, aleluyas, alfajores, caramelos rociados con hipocrás que se sirven en copas de regio cristal con base de filigrana de plata.

Ahí el Prior de los dominicos discute un intrincado problema teológico con el Guardián de los franciscanos. Este rebate los argumentos de aquél con un arduo sorites informado en las sabias doctrinas del Doctor Sutil, mientras devora rápidamente rosquillas de huevo espolvoreadas de azúcar.

El Maestro de Prima de Cánones expone a un señor Oidor el alcance de la Bula recién expedida por el Papa y paladea deleitosamente una copa de vino de consagrar.

El señor Fiscal del Santo Oficio anuncia, para el mes siguiente, un auto de fe que hará época en los anales de la Colonia. Las damas que lo escuchan sienten rizar su piel por un suave calosfrío, las narices de los hombres se dilatan presintiendo un agradable olorcillo de carne de herejes chamuscada.

El capitán narra, en un grupo de jóvenes imberbes, proezas inauditas acometidas para someter una parcialidad de indios sublevada en lo intrincado de la sierra.

—Hubimos de combatir doce contra tres millares de poseídos del demonio que nos lanzaban flechas, dardos y piedras. Yo mismo batallaba a un tiempo contra quince forajidos que se venían encima dispuestos a finiquitar mi vida, y estos brazos que se han de comer la tierra tuvieron a raya a los quince y fueron po-

derosos a vencer a otras tantos si otros se sumaran a los que tan rigurosamente nos combatían.

Los marqueses jóvenes galanteaban a las damas; aquí se oye un madrigal que suspira un labio a un oído sonrosado; allá un bigote se posa sobre una mano blanca; un pañuelo de batista cubre prestamente una boca que sonríe; dos labios gustan hipocrás en la misma copa. A la sombra de un enorme tibor chinesco el Marqués ha besado a Lucinda en la nuca...

XLIII

—¡Señor Conde!

—Señora mía. Desde que fuimos amigos en el silencioso retiro donde moraba vuesa merced, no había tenido el honor de saludarla.

—Obra de unos cuantos días que sirvo a mi señora la Virreina.

—Asimismo, ha poco que informo en la Audiencia y los graves negocios que en ella se ventilan me han impedido, tan siquiera, un instante de solaz.

—Y ¿está contento vuesa Excelencia en la Corte?

—Puede vuesa merced, señora mía, considerar que vivo tan apartado de ella porque la vida en ella pláceme poco. Huí de la Metropolitana porque en ella todo retraimiento era imposible. Vinieron a menos mis viejos dominios en Castilla y hubieron de pasar a otras manos las últimas migajas de la herencia que me dejaron los antepasados. Locuras de juventud aventaron las cenizas de mi hacienda a otros rumbos que los míos, y aquí tiene vuesa merced a este Oidor de la Real Audiencia de la Nueva España, cargado de años y de

desengaños, recluído siempre en un estudio donde hojea procesos en los que toda miseria tiene acomodo, viendo de alcanzar, en la meditación, la serenidad que ha menester su alma en el tránsito final.

Un silencio austero se hace entre el viejo y la doncella. Después, el Oidor continúa:

—¿Y vuesa merced, señora mía? La veo más pálida y más enflaquecida que cuando la conocí en el campo.

—El aire de la Corte sienta mal a mi cuerpo.

—El aire de la Corte aniquila también las potencias del alma.

—Quise, señor Conde, saber de la ciudad. Imaginábamela cosa distinta de lo que es. Ciudad fantástica, ciudad maravillosa, ciudad única...

—Y la encuentra vuesa merced sucia, vulgar, podrida en las entrañas. Es joven y ya seminario de vicios. Se entrega como cortesana al recién venido. Todo eso que mira vuesa merced, oro, sedas, terciopelos, tafetanes y brocados encubre cuerpo muerto que ya hiede. Malos vientos nos soplan de España...

—Vine a ser útil a mis semejantes, vine con ansia inextinguible de saber y de amar.

—Y añoráis las tardes plácidas de la alquería y las mañanas envueltas en un manto de luz y los campos florecidos de amapolas y la campanita de plata de la iglesia.

—Las horas tranquilas de mi niñez sin preocupaciones ni ahogos. Las horas de ternura que pasaba al lado de mi padre. En tanto que aquí...

—El demonio acecha por todas partes, la tentación nos cerca y es menester combatir sin momento de tregua.

—De aflicción se llena el espíritu. No puede comprender vuesa Excelencia, señor Conde, la melancolía que ensombrece mi ánima y el dolor que desgarra mi corazón.

—Halle vuesa merced fuerza en su propia aflicción y viva.

A lo lejos, en el hueco de un vano y media oculta entre cortinajes, se columbra la figura magra y amarillenta del doctor Castorena y Ursúa que agita lentamente las manos, y los quevedos de don Carlos de Sigüenza y Góngora reflejan los rayos del sol sobre la tersa superficie de un espejo veneciano que cuelga de la pared.

XLIV

¡Pasa la mascarada!

Pasa la mascarada al son del dulce y melancólico modular de las chirimías al sonoro clangor de los clarines y al ronco redoblar de tambores y atabales.

Pasa la mascarada, reguero de oro y pedrería en medio de las muchedumbres hambrientas y desnudas.

¡Pasa la mascarada!

Ahora viene un rey de armas caballero en regio alazán engualdrapado. Viste el rey de tafetán carmesí bordado de oro, sus espuelas son de plata y la garzota del sombrero se afianza por un joyel de rubíes.

Ahora, muchedumbre de indios, cabeza hirsuta, rostro moreno, envueltos en mantas de varios colores y dibujos.

Un escuadrón de caballeros águilas y caballeros tigres, marchan al fúnebre son de un teponaxtle y pre-

ceden a los viejos emperadores de estos reinos: Acamapicthli, Huitzilihuitl, Chimalpopoca, desnudos y miserables, Ahuizotl todo embijado de sangre. Moctezuma, resplandeciente de luz y soberbio en su atavío de plumas, mantas y piedras preciosas embutidas en oro.

Doce pajes sostienen las andas, doce indias le ofrecen perfumes, doce ancianos lo zahuman con copal.

Una cuadrilla de garzones españoles muestra la destreza de los que la forman en difíciles ejercicios de equitación.

Y pasan los tercios invencibles del Emperador Carlos V de rojo y gualda vestidos, con botas y coletos de ante, yelmos y corazas de acero, empuñaduras de plata.

Los que conquistaron estas tierras, caballeros en tordillos, alazanes y overos.

Ahora viene el valeroso don Hernando seguido de sus lugartenientes, Alvarado, Olid, Ordaz, Ponce de León y los soldados que cumplieron la maravillosa aventura, preceden al César Carlos V, único en su poder.

Y luego los capitanes que extendieron el dominio de España en otros reinos, don Gonzalo Fernández de Córdoba, don Alejandro Farnesio y también don Juan de Austria, quebrantador del poder del turco.

Tras los héroes reales, los imaginarios, los forjados en noches de delirio bélico o místico, los hechos con sangre y carne de la raza, los hijos de la tradición, los nacidos de punta en blanco del cerebro de algún escritor famélico poseído de furor genial.

Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva, Félix Marte de Hircania y tras ellos el nunca bien ponderado caballero Don Quijote de la Mancha sobre los escuá-

lidos lomos del buen Rocinante y seguido de cerca por su fiel escudero Sancho.

Tras el cortejo de iluminados, de valerosos, de conquistadores de mundos o de emperadores de ensueño, aparece el carro de la Fe tirado por seis hermosos caballos blancos empenachados. Corona la fábrica la figura blanca y resplandeciente que emerge de un mar de gasa que finge nubes. Niños desnudos con alas de pluma, rodean a la figura excelsa inspiradora de grandeza, musas de artistas, señora de capitanes y pobladora de mundos. De la cruz y del cáliz de oro parten raudales de paz que apaciguan las ansias del pueblo.

El poniente espolvorea áureo polen sobre el vellón inmaculado de un cordero que en otro carro pasea su mansedumbre simbólica por las calles de la ciudad teñidas de violeta en la hora de paz que precede a la noche.

Tañen las campanas de los templos y la muchedumbre se prosterna ante el cordero que pasa, de vellón blanco y ojos poblados de infinito...

XLV

Clara Isabel presencia el paso de la mascarada con que celebran el Corpus los estudiantes de la Universidad, desde un balcón de Palacio.

Ha quedado a la vera del Virrey, que ha conversado con ella toda la tarde.

La conversación del Excelentísimo Señor ha sido varia. Ha parlado muchas cosas. Salta de un tema a otro y de esta frase a aquella. No hay hilación ni

unidad en su discurso. Juguetean sus manos con los finos guantes de ámbar hasta destrozarlos.

El señor Virrey se siente tímido como colegial en presencia de mujer, y por ello habla, habla interminablemente de cosas leves, sin hilación ni unidad.

Sus ojos se divierten contemplando a la doncella más que en el místico desfile que pasea su magnificencia por las polvosas calles de la ciudad.

Sus ojos devoran la hermosura plácida de la doncella y la acribillan a dardos inflamados en amoroso fuego.

La doncella no acierta a responder. Envía miradas de socorro a sus amigas Mencía y Beatriz que no reparan en ellas. Leonor sonríe y Lucinda ensaya una mueca desdeñosa a su galán que lo es ahora un condesito rubio, emperifollado y lindo.

Pronto un raro bochorno anula la acción de Clara Isabel. Sus mejillas arden y un terrible dolor le atenaza las sienes. Las figuras de la mascarada danzan ante ella los pecaminosos pasos de una zarabanda infernal. Suben, bajan, se entreveran los colores, y los sonidos se truecan en un monótono zumbido que martillea en su cráneo.

Pide permiso para marcharse.

El Virrey se levanta y posa cortésmente sus labios sobre la mano blanca y temblorosa de la doncella.

Clara Isabel ha sentido un dulce bienestar

Mencía y Beatriz bajan púdicamente los ojos, Leonor sonríe y Lucinda pronuncia entre dientes una palabra que hace reír afanosamente al condesito rubio, emperifollado y lindo que por esa tarde ha sido su galán.

XLVI

El hidalgo yanta solitariamente la humilde colación de la noche que la esclava negra, bajo la estricta vigilancia de la dueña, le ha preparado.

Silencioso paladea apenas los bocados y bebe, tan sólo, un trago de vino añejo.

Ha enflaquecido y su rostro es más severo y más grave. Un velo de melancolía parece ensombrecerlo.

Clara Isabel ha llegado toda enrojecida esa tarde y al ver a su padre dobla la rodilla, besa la mano del viejo y llora.

El hidalgo teme adivinar lo que esas lágrimas significan, clava sus ojos en los de ella y los ve serenos, límpidos.

No quiere saber más.

Ordena a la doncella que pase a su aposento y repose.

Se hace servir la humilde pitanza de la noche y, con un leve gesto de fastidio, ataja a la dueña la conversación que inicia sobre cuentos de palacio.

Y al sonar el toque de queda, el hidalgo se recoge también con una grande pesadumbre en su espíritu.

XLVII

En su blanco lecho de virgen, hasta ahora horro de tentaciones, Clara Isabel duerme un sueño agitado.

La procesión que ha visto pasar de mañana; el Marqués que la desnuda con miradas de deseo; los estudiantes de la mascarada que se mezclan a las respetables dignidades de la procesión.

El Marqués en hábito de emperador de indios y seguido de extraña cohorte que se acerca, ululando a la tribuna que ocupan las damas en una aislada plazoleta.

Lucinda dibuja un gesto obsceno al condesito que la acompaña y el condesito la muerde en la boca.

Mencía y Beatriz bailan la zarabanda con el Emperador Carlos V y el capitán D. Hernando.

Una faz amarillenta, como de marfil, con dos líneas de carbón a guisa de cejas y una raya de tizne por bigote se acerca a la doncella y pone en su mano un beso suave, aterciopelado y gentil.

El Marqués se lanza sobre la doncella. Clara Isabel ve unos ojos encendidos sobre sus ojos, unas manos crispadas sobre su carne, unos labios que sellan los suyos, un cuerpo que cubre a su cuerpo, desnudo y palpitante.

Despierta estremecida de pavor. Las ropas del lecho yacen en desorden, sudor frío corre por sus sienes y pega el cabello a los aladares, fauces secas, manos crispadas y una extraña laxitud que se ha apoderado de sus miembros...

XLVIII

Se levanta quedo, abre el cajón de un armario de nogal, toma un cilicio de aguzados alfileres y lo ciñe a sus carnes.

Se arrodilla en el reclinatorio forrado de cordobán e implora.

—¡Madre del Amor Hermoso, Madre del Divino Verbo!

¡Líbrame de tentaciones y apártame del mal!

He sido complaciente con la carne y estoy a punto de perderte, Madre mía.

He sentido placer en el escuchar y en el ver y he llegado a permitir que labios varoniles besen mi mano. No sería pecado si no hubiera sentido en ello placer.

No me he apartado del camino de los hombres y los he hecho pecar. Soy más culpable que ellos porque he consentido en fingir.

¡Madre del Amor Hermoso, Madre del Divino Verbo, dame fuerzas para triunfar! ¡Quiero separarme horrorizada del pecado abyecto, del pecado ruin!

¡Quiero ser blanca y pura como tú!

¡Horror al hombre, horror a las solicitaciones torpes de la carne!

Quiero morir virgen, virgen, como tú.

Consagrarte el más preciado tesoro de mi cuerpo y de mi espíritu.

¡Virgen de las vírgenes, Virgen veneranda, Virgen prudentísima...!

La voz de la doncella se hace débil y desfallecientе. Por sus flancos corren los hilillos de sangre que ha hecho brotar el cilicio, bajan por los muslos y salpican el cordobán del reclinatorio.

Una luz suave, purísima, celestial, vibra en la alcoba. Clara Isabel permanece en éxtasis.

XLIX

Muy de mañana corre a casa de la tía doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza, acompáñala la due-

ña por las calles pobladas de gente en el trajín de la ciudad que despierta.

Cáscaras de fruta, papeles multicolores, todo linaje de basura cubre la carrera. Restos de la festividad de la víspera. Los transeúntes parecen deambular perezosos por las calles, los portalones de las casas se abren en un enorme bostezo, las tiendas permanecen cerradas.

El día amanece encapotado y gris, gruesos goterones caen a poco sobre las torres inconclusas de la Catedral, sobre la plaza, sobre la ciudad. Corren los paseantes a azubiarse bajo los soportales de Mercaderes y del Cabildo. Una honda tristeza tiñe de gris las fachadas de las casas y pule el terciopelo de los entrepaños de tezontle. Comunidades enteras de frailecitos de agua van en procesión por las baldosas de las aceras y de las gárgolas caen interminables chorros sobre las acequias.

Los alabarderos que montan la guardia se guarecen en los garitones. Por las arpilleras sale un tufo de alcohol y suciedad.

Clara Isabel sacude el manto perlado de agua, se sienta frente al altar de la Virgen y conversa, a solas, con la tía.

Al terminar el relato doña Soledad dice a la sobrina que su ánima "corre propincuo peligro de perderse para siempre jamás".

Que vea mucho en la honestidad de su persona y que abandone presto todo trato con el mundo. Ella podrá fácilmente buscarle acomodo en alguno de los conventos de la ciudad: la Concepción, Santa Clara, Santa Catalina, Balvanera.

Ahí estará tranquila y a salvo de las solicitaciones del demonio, del mundo y de la carne.

Más vale poner remedio a tiempo que esperar a que se consume la perdición.

Enciende después una cera a Nuestra Señora y con los ojos fijos en un punto lejano continúa:

—"Te veo arrebatada por un torbellino hacia una sima insondable y negra. Veo disputar tu cuerpo por dos hombres y a tu alma combatir por conservar intacta su luz.

Veo brillar la estrella sobre todas las cosas del mundo.

Conservarás, a pesar de todo, tu virginidad merced a la ayuda de Nuestra Señora, para ello habrás menester luchar contigo misma".

De pronto la de Suárez de Figueroa palideció intensamente, aguzáronse los rasgos de su faz y prorrumpió en un grito:

—¡Veo sangre, veo sangre, un lago de sangre y dos espadas que se cruzan en la noche!

L

Sale el cortejo de la Santa Inquisición.

Va el Virrey a la cabeza y a su derecha mano el Inquisidor más antiguo, y a su izquierda el menos antiguo; luego los oidores por sus precedencias, y entre los oidores el señor Conde, con su cabeza blanca y su perilla de plata sobre la valona, después los alcaldes de Casa y Corte. El Fiscal de la Inquisición con el estandarte de la fe: "Exurge domine judica causam tuam" y dos caballeros de hábito que llevan las bor-

las y luego los demás oficiales, ministros y comisarios de dos en dos "porque en ala parecen mal" y el alguacil mayor de la Cancillería con sus tenientes delante y con él el capitán de la guardia, y comienza el cabildo eclesiástico y las órdenes y la Universidad y las escuelas...

Y al llegar toman asiento en el tablado, al centro, bajo un baldaquino de peluche negro con el escudo de Su Majestad, el tribunal, y a la derecha, en sillas de nogal y cuero sin adorno ninguno, el acompañamiento del Virrey y Su Excelencia reposa sobre cojines de terciopelo puestos en el asiento y en los pies.

A la izquierda las damas. La Virreina no asiste por esperar alumbramiento. Clara Isabel, Leonor y Beatriz abren los ojos sorprendidos y temerosos en la gloria de la tarde que alegra la austeridad del espectáculo.

Ya están sentados los reos en las gradas que corona la cruz verde de la Inquisición. Los unos llevan sambenitos aspados, los otros con llamas y diablos, la coroza es de lo mismo y llevan atada al cuello una soga con tantos nudos como azotes deban sufrir; todos portan una vela verde encendida, en la mano.

Hay mujeres viejas de cabeza desgreñada, nariz de pajarraco y catadura de celestinas; las hay jóvenes y lozanas, de palidez mate y ojos agrandados por el terror; las hay casi niñas, envejecidas prematuramente én los rincones de la secreta. Los hombres son, asimismo, de diferentes edades y condiciones: viejos judíos de ojos pequeños y rapaces, mocetones robustos e insolentes. Ahí un infeliz pasea su mirada imbécil por los ámbitos del tablado; allá otro reta a las muchedumbres agolpadas en las azoteas y balcones

de las casas vecinas. Este no confesó presto y ha perdido el movimiento de un brazo en el potro; aquél prorrumpe en aullidos y atroces blasfemias, y ha sido menester amordazarle; una bruja negra sonríe desvergonzadamente mostrando una ringlera de dientes blancos; una morena, con cálida sangre moruna en las venas yergue, bajo la tela tosca y amarillenta del sambenito, dos pechos duros, de pezón que pugna por mostrarse fuera.

El señor Fiscal, sentado frente al Inquisidor mayor, su sitial sobre una peana de seis dedos de altura, ordena a los ministros den principio a la lectura de las causas. Y desde dos tribunas y a turno, los ministros solfean monótonamente uno tras otro los procesos.

Los reos llamados se adelantan a otra tribuna levantada al efecto, y desde ella, a la vista del enorme concurso que presencia la fiesta, estólidamente escuchan sus sentencias.

Clara Isabel se estremece de asco y de horror al aprender los delitos que cometieron los acusados.

Frailes apóstatas y amancebados con mujer; negros casados dos o tres veces; hechiceras que preparan filtros para obtener el amor y bendicen el agua diciendo la oración de Señor San Julián: "que echó suertes en el mar y que si buenas las echó, mejores las sacó"; judíos observantes de la muerta ley de Moisén; hombres que pactaron con el demonio su condenación para lograr el amor de sus coimas; brujas que celebraban ritos horrendos en las noches del Sabat...

Es bien entrada la noche y los ministros leen aún los procesos y fulminan condenaciones sobre los reos a la luz rojiza de las antorchas que iluminan trágicamente la escena.

Sobre tanta podredumbre la noche prende purísimos brillantes en el terciopelo de su manto imperial.

LI

Tres días después salen los reos a cumplir sus penitencias. Los condenados a vergüenza pública, y a azotes, caballeros en asnos de torpe caminar, con medio cuerpo desnudo, reciben en la espalda los latigazos que el verdugo menudea a su lado.

Torsos velludos de hombre que contraen sus músculos a cada mordida de las correas; torsos amarillentos y flacos de mujer que muestran en la espalda rayas lívidas, que se truecan en escarlatas y azules, por delante los pechos fláccidos caen en ambos lados del pescuezo del animal; torsos robustos y bien hechos de mujer, con senos duros y orgullosos, que sangran por los flancos, finos hilos bermejos sobre las ancas del paciente asno que, cansinamente se abre paso entre la multitud.

Los rapaces del arroyo lanzan piedras y lodo al paso de los penitenciados. Los hombres aprietan los puños y las mujeres les escupen maldiciones:

—"¡Perros judíos! ¡Perros judíos!"

Vencen los alaridos de los supliciados, particularmente los penetrantes de las mujeres al alular de la muchedumbre que presencia el paseo, cada vez que el látigo señala un surco en las carnes tumefactas. Y el látigo muerde cincuenta, cien, doscientas veces implacablemente.

Tras los postigos de una ventana, Clara Isabel y

Beatriz ven pasar el cortejo. Lucinda muerde sus labios de deseo...

En la alcoba contigua, la señora Virreina responde a los gritos de las fustigadas con un lamento que se convierte por instantes en alarido desgarrador.

Las campanas de Catedral, la María de Guadalupe y la Ronca tocan a parto.

LII

Es un parto difícil y doloroso. Las mejores comadronas del Virreinato y los médicos más sabios de la Universidad, intervienen en él.

Nobles matronas acompañan a la paciente y para darle fuerzas nárranle historias de casos más difíciles y dolorosos aún.

Y encienden una vela a la santa abogada del Buen Parto.

El Virrey, más pálido que nunca, pasea agitado por los aposentos vecinos. Un oidor, el más viejo de la Audiencia, le acompaña en el paseo aconsejándole tranquilidad con la voz monótona y desapacible que le sirve en el tribunal.

Van y vienen lacayos con jofainas llenas de agua, frascos de ungüentos, aceites olorosos y lienzos limpios.

Las doncellas, sobrecogidas de terror al escuchar el alarido de la Virreina, se prometen no parir jamás.

Clara Isabel medita en lo doloroso del trance que es venir al mundo, y como la cadena de dolores se eslabona de la cuna al sepulcro sin tener instante de tregua. En esos instantes su simpatía es para el Vi-

rrey, asimismo, que pasea, sin escuchar el sermón del oidor más viejo de la Audiencia.

Y comienza a comprender que esa simpatía va más allá de lo que es permitido tener a un hombre casado y en momentos de ser padre, y se arrepiente de tenerla como de un mal pensamiento, y se propone arrancarla de su corazón como a hierba dañina.

Escúchase el vagido de un niño y, al propio tiempo, la María de Guadalupe y la Ronca repican más fuerte.

LIII

Nunca en bautizo de infante hubo en el Virreinato mayores fiestas. Participaron en ellas pobres y ricos. Los pobres tuvieron cucaña en las plazuelas y buen acopio de maravedises repartidos en la portería de Palacio. Los conventos aumentaron la ración de sopa boba que daban a los mendigos.

Los ricos fueron invitados al suntuoso bautizo en el Sagrario, después a correr la sortija y a romper cañas en el palenque del Volador, por la noche al sarao en los salones de Palacio.

Fueron padrinos del infante el Oidor más viejo de la Colonia y su mujer, la más vieja de las damas de la Corte, y puso el óleo y la sal y derramó el agua, el ilustrísimo señor Arzobispo de México, quien apellidó al niño Carlos Augusto, en memoria de Su Majestad.

LIV

Desde temprano las graderías y tribunas, lum-

breras y balcones levantados en la plaza del Volador, se ven concurridos por una muchedumbre abigarrada y lujosa. Las damas compiten entre sí en belleza y garbo, los caballeros en suntuosidad y comedimiento. Salen a relucir los trapitos de cristianar cuidadosamente conservados en cajas de alcanfor.

La tarde es de oro.

La señora Virreina, todavía pálida, aunque muy gentil, aparece en el palco acompañando a su marido.

Una cortina de damasco rojo con el escudo de Su Majestad, cubre el antepecho del palco, sobre ella las manos de la Virreina parecen más finas, elegantes y discretas.

Las damas de honor y los gentileshombres de cámara se acomodan en los palcos vecinos.

Un rey de armas da la señal lanzando al viento las áureas notas de su clarín.

Corren primero la sortija diez caballeros galanamente vestidos y tocados con garzotas de diversos colores en el sombrero. Sus trajes son de terciopelo y seda bordados de oro, sus espuelas, pretales y estriberas de plata.

Cada uno muestra singular donaire al pretender ensartar las sortijas que cuelgan de listones de seda en una maroma enflorada.

Pasan y repasan los gentileshombres por frente a las tribunas de las damas, alardeando destreza en el manejo de los caballos que hacen corvetas vistosas y bracean elegantemente en la arena.

Termina el ejercicio cuando sortija ninguna pende ya de la maroma.

La señora Virreina extiende su diestra pálida y en los cinco pétalos de esa flor, cada uno de los caballeros deposita el alma en un beso.

LV

Viene después el torneo de cañas. Cuatro cuadrillas de gentileshombres aparecen en la liza. Los caballeros de la una, visten de verde; los de la otra, de blanco; los de la tercera, de carmesí; los de la cuarta, de negro, y conforme son los colores de cada uno, así las plumas y jaeces y de joyas sendas esmeraldas, perlas, rubíes y azabaches.

Y por capitán de cada cuadrilla un caballero noble: el Marqués ordena la negra y está garboso en su traje de terciopelo adornado de abalorio. En las rodelas de cuero que embrazan, los caballeros han escrito su mote y el de la adarga del Marqués, reza así:

"Disputo a un superior
la posesión de mi amor".

Al verlo, cuchichean las damas, sonríe Lucinda y se abren de par en par los ventanales que por ojos tiene Beatriz. Clara Isabel está a punto de desmayar.

El Virrey siente dilatarse de rabia su pecho e inconscientemente lleva la diestra a la empuñadura del estoque.

Cambian las lanzas por flébiles cañas los cuadrilleros y se arremeten de dos en dos. Chocan los caba-

llos y sobre el cuero de las adargas las cañas se hacen astillas.

LVI

—"¿Por qué serán los hombres ansí? Señor. ¿Qué mal les ha causado esta pobre sierva tuya para que tan sin consideración la traten? ¡Señor, Señor, ten misericordia de mí! Que no ataquen mi honra ni despedacen mi vida. ¿Qué hice, Señor, para merecer la afrenta desta tarde?"

Confieso, Señor, que soy débil e indefensa mujer. Confieso que el demonio ha solicitado mi carne con tentaciones odiosas. Confieso que no he abandonado presto, como debiera, juicios temerarios ni malos pensamientos; pero creo no haber dado lugar a los hombres para proclamar a los cuatro vientos mi deshonra.

Señor, Señor, no quiero ser motivo de reyertas en la Corte. No quiero ser señuelo de concupiscencias, ni origen de discordias. Si es que tú adornaste a mi persona con los atributos de la belleza y de la gracia, haz que éstos desaparezcan si han de ser causa de perdición y motivo de pecado para los demás.

Dame fuerzas para resistir y para perdonar. Que no flaquee mi voluntad y caiga, que mi entendimiento encienda su luz para ti, y sólo para ti, Señor.

Estoy atribulada y triste. De aflicción se llena mi espíritu y mi alma está a pique de rendirse y desfallecer.

No lo permitas, señor. Hazme sorda al halago del poderoso y al insulto del torpe, y dame fuerzas para perdonar.

¡Padre Nuestro que estás en los cielos...!"

Esto murmuraba entre dientes la doncella, puesta de hinojos ante el altar de Jesús en la capilla de Palacio. La lamparilla del sagrario parpadeaba y las campanas de los templos tocaban a oración.

LVII

—Ta, ta, la palomica.

—No tengo tiempo de escuchar, madre.

—¿Ni aunque vaya de por medio la vida de un hombre?

—No tengo nada que ver con la vida de los hombres.

—Hay alguien amenazado de muerte.

—Habránle puesto en ese trance su imprudencia y su osadía.

—Aún es tiempo de evitar el daño, mi hija.

—No puedo hacer nada, madre.

—Será muerto esta noche por los criados de un noble señor...

—No quiero saber de nadie, dueña.

—Al llegar al portalón de su casa, en la calle de Balvanera...

—Déjeme la dueña, que tendré de acusarla con mi señora la Virreina.

—De pechos cristianos y bien nacidos es el pagar mal con bien, perdonar la injuria y salvar al enemigo del peligro en que está de perecer.

—Embaidora es la dueña.

—Estas orejas han oído los tratos de la conspiración y un criado amigo me ha acarreado el soplo.

—¿Y por qué la dueña no advierte al amo del grave riesgo que corre su vida?

—Porque mi señor ha llegado a Palacio y anda perdido en los salones en donde la madre no ha osado entrar.

—De todas suertes, sálvese él si peligra, que yo no puedo advertirle.

—En manos de la palomica pongo la vida de mi señor.

—Calle, calle, que yo no he de hacer nada por él.

—Conozco el corazón de la cordera y sé muy bien que no ha de poder con el peso que la muerte de mi señor ha de traerle. Sus manos se teñirían de sangre y un atroz remordimiento acibararía su vivir.

—Calle, calle la dueña.

—Piense la paloma en la responsabilidad que se le viene encima y cómo se ahuyentará el sueño de sus noches y no tendrá reposo en su vagar.

—¡Madre, madre...!

—Cuando todo puede ser remediado por una sola palabra suya. Por no perdonar no será perdonada y la cólera del cielo vendrá sobre sí.

—¡Oh! ¡Oh!

—Yo sólo busco la salud de mi hija y muera yo de mala muerte si otra cosa procurara. Quede con Dios mi hija, que habrá tiempo para meditar.

—Vaya tranquila la dueña, que pediré a Dios por la salud del Marqués.

—Dios se lo premie, hija.

Vase haldeando la dueña por los corredores en penumbra. Claquean sus calcañares sobre las baldosas pulidas, a compás de las cuentas de la camándula que chocan entre sí.

Clara Isabel, henchida de angustia, enclavija las manos y pide:

—¡Paz, paz a mi espíritu, Señor!

LVIII

Los salones de palacio resplandecen. Brillan en mil luces las arañas colgadas de la techumbre de cedro, y los candelabros que adornan los rincones. Espejos venecianos reproducen al infinito las escenas del sarao.

Las damas visten sus mejores galas. Las viejas parecen mozas y las mozas niñas; peinan sus cabellos en complicada arquitectura e inflan sus guardainfantes, apretando, asimismo, la cotilla. Algunas llevan redecillas de perlas como tocado y pequeños diamantes sobre los bucles que en cascadas paralelas caen a los costados. El raso, el terciopelo, el tafetán, el brocado envuelven en sus pliegues, adorables cuerpos de mujer o venerables ruineras de otros tiempos.

En las mejillas pone tintes arrebolados la sabiduría de un discreto carmín. Los ojos navegan en sombras por un bello alarde de tocador, los chapines y las zapatillas se deslizan armoniosamente sobre regios tapices de Florencia o de Génova a compás de una orquesta de violines que apaciblemente toca en un rincón viejos aires españoles.

Las mujeres murmuran en amplio parloteo. Los hombres forman corrillos. Acá los graves, los sesudos doctores de la Universidad, inquisidores, guardianes de convento, discuten y comentan las últimas noticias venidas de España en la flota arribada a Veracruz.

Allá los jóvenes marqueses, condes e hijosdalgo ricos, cuentan aventuras galantes y miran de soslayo a las damas. Han vertido esencias de olor en sus cabelleras rizadas, en sus guantes de ámbar, y en el fino e incipiente bigotillo que sustituye al mostacho.

El Marqués en otro grupo, es asediado por damas que aplauden la inmensa osadía de aquella tarde. Para todas tiene una mirada y una sonrisa, para algunas un madrigal...

La entrada de los Virreyes produce grande revuelo. Todos se precipitan a besarles las manos. Se agrupan en torno a ellos, los acosan a preguntas y les disparan, además, letanía de buenas intenciones.

Entonces la sotana y el manteo de un jesuíta, se hermanan con el guardainfante azul floreado de oro de una dama y el ferreruelo y la golilla de un oidor con el hábito blanco de un dominico y el brocado rojo de un corpiño con la hopa de un inquisidor.

Las parejas se disponen a bailar una gallarda. El Virrey hace reverencias a su comadre, la más vieja de las damas de la Corte. Las plumas de los chambergos besan el tapiz, los labios sonríen y las manos se tocan, suavemente, por las puntas de los dedos...

LIX

Clara Isabel presencia la fiesta desde un rincón, a la vera de su padre. El hidalgo está más viejo y más decaído que nunca. Sus piernas hinchadas lo arrastran con dificultad y ha menester de un grueso bordón para sostenerse.

Nunca Clara Isabel ha visto tanta copia de gente elegante reunida; que converse, murmure, se refresque o dance siempre "gallardas", alguna "alemana", nunca la "zarabanda" o el "pie jibao" que se bailan por ahí.

Pasan ante ella las parejas murmurando palabras de amor o de cortesía.

El Virrey se detiene un instante para cumplimentar al hidalgo y encarecer el donaire de la doncella ahora vestida sencillamente de rosa y con una perla de precioso oriente perdida en el oro de sus cabellos.

El señor Conde viene también y se enreda con el hidalgo en una discusión grave sobre el posible incremento del "matlazahuatl" hasta trocarse en epidemia dados los numerosos enfermos recogidos en el barrio de la Merced.

Los salones llenos, la mezcla de perfumes, el ir y venir de las muchedumbres consteladas de oro y pedrería, lleva al espíritu de la doncella un malestar que se agrava por instantes.

Pasea los ojos por los ámbitos del salón pretendiendo descubrir al Marqués, y el Marqués parece huir de la mirada ansiosa de la doncella.

Y la noche avanza implacablemente.

En la plaza, la muchedumbre se agolpa frente a los ventanales de cuarterones iluminados de palacio. De cuando en cuando los cohetes riegan de lumbre el firmamento. Los chicos aplauden y los grandes sonríen a la cascada de chorros amarillos, verdes y rojos que caen sobre la Catedral.

En el brillante vano se recorta, a veces, la silueta obesa de un fraile motilón o el encanijado pergenio de un arbitrista.

En el salón de comedias, los representantes del Coliseo divierten a la Corte con *Los lances de amor y fortuna*, de don Pedro Calderón de la Barca.

LX

Al terminar la comedia Clara Isabel dice a su padre:

—Padre, no puedo más, me ahogo. Permítame vuesa merced salir un momento al jardín. He menester aire fresco para respirar. La noche está clara y es un pecado no disfrutar de la serenidad de las estrellas. Antes de media hora estaré con vuesa merced. A esa hora la señora Virreina se habrá recogido también. Leonor, que se aparece por ahí, me servirá de compañía.

—Vaya mi hija en paz con la dama Leonor, que me encontrará aquí disfrutando del placer que me proporciona la plática del Conde mi señor.

Clara Isabel ha descubierto, por fin, al Marqués que abandona los salones. Corre tras él precipitadamente, esquivando el encuentro de damas y caballeros, bordeando corrillos y saliendo al frescor de la noche toda constelada de luceros tras la sombra del Marqués, que recorta la luna en las paredes blancas de los corredores.

LXI

—¡Señor, señor!

—¡Qué grata sorpresa, Clara Isabel!

—¡Señor, señor!

—No esperaba ser honrado con el seguimiento de una dama de vuestros merecimientos, hasta el apartado recinto del jardín.

—Un grave mal os amenaza.

—Como no sea el sentirme atravesado por los dardos que disparan vuestros ojos.

—¡Oh! ¡Oh! No es el instante para desaprovecharlo en inútiles cortesanías.

—¿Grande es el daño que amenazáis?

—De muerte.

—Para conjurarlo llevo mi estoque al cinto.

—No basta.

—¿Maldición del cielo, entonces?

—En la puerta de vuestra casa manos arteras os atacarán por la espalda.

—¡Bah! Llevarán su merecido los follones.

—Marqués, cumplo en preveniros.

—Y yo agradezco el aviso. Y podríais decirme, ¿cuál es la causa del mal?

—La imprudencia de esta tarde.

—Fué fruto de amor. De ella no me arrepiento.

El Marqués mira codiciosamente a la doncella, la doncella, encendida en rubor se mira sola. La sombra de los árboles es más negra que nunca. El viento trae un eco lejano de violines que tocan un aire español.

—Clara Isabel, pienso que es inútil imaginar peligros de muerte cuando mis ojos y mi boca y mi alma toda han muerto ya por vos.

—No es el momento, excelencia...

—¡Oh! Lo he deseado siempre, lo he deseado con todas las potencias de mi ánima. Recordad, señora, las palabras que os dije en la alquería. Encendisteis

vos en mi pecho la hoguera y ésta se ha convertido en incendio que amenaza aniquilarme en sus llamas. Por vos, Clara Isabel, estoy dispuesto a romper lanzas con grandes señores y poderosos caballeros. Por una mirada de vuestros ojos, por una sonrisa de vuestros labios, seré capaz de remover de sus cimientos, el mundo.

—Marqués, dejadme...

—La hora es propicia, el ambiente tibio, la noche serena.

—Dejadme, dejadme...

—Perfuman los rosales... suenan los violines a lo lejos...

—¡Marqués, por caridad!

El temor paraliza sus miembros. No puede articular palabra. El Marqués se lanza sobre ella. Ella grita y lucha. Las manos del caballero rasgan el corpiño de seda rosa y sus labios se posan como brasas en el cuello desnudo de la doncella.

Clara Isabel desfallece.

Como en sueños ve a un hombre saltar sobre el Marqués, oye el ruido de dos espadas que se cruzan, siente un cuerpo caer sobre el césped. Una cortina roja cubre la escena.

Después, dos brazos robustos la levantan y una faz amarillenta, con dos trazos de carbón por cejas y uno de tizne por bigote, acercan sus labios a los labios de Clara Isabel, que han perdido la color, y pone en ellos un beso fugaz.

La doncella se sumerge en la paz infinita de la noche.

EPILOGO

EN EL CONVENTO DE SANTA CLARA

—Prudentes vírgenes, preparad vuestras lámparas, he ahí al esposo que viene, aprestaos a recibirle.

El sacerdote bendice el velo de Clara Isabel colocado en una fuente de plata.

—Ven, hija mía, y óyeme; que yo te enseñaré el santo temor de Dios.

Y las manos blancas y transparentes del sacerdote dibujan una cruz sobre la cabeza de Clara Isabel prosternada.

—Yo, Clara Isabel Suárez de Figueroa y Souza, prometo a Dios y a la Bienaventurada siempre Virgen María a Santa Clara y a todos los santos y a vos Madre Abadesa, de vivir bajo la Regla todo el tiempo de mi vida, en absoluta obediencia, sin nada propio, en castidad y también bajo clausura.

Las voces suaves de las hermanas cantan la letanía.

—Llega, esposa de Cristo y recibe la corona que Dios te tiene preparada desde la eternidad.

—Porque conmigo va el ángel del Señor que custodia mi cuerpo.

—Llega, esposa de Cristo, y recibe la corona que Dios te tiene preparada desde la eternidad.

—Desprecié el reinado del mundo y las pompas del siglo por el amor de mi Señor Jesucristo, a quien vi, a quien amé, en quien creí y a quien hice objeto de mi predilección.

—Llega, esposa de Cristo, y recibe la corona que Dios te tiene preparada desde la eternidad.

—Sierva soy de Cristo y, por tanto, le serviré como esclava.

—Recibe el anillo de fidelidad, prenda distintiva del Espíritu Santo, para que seas llamada esposa de Dios, si limpia y fielmente le sirves.

—Mi señor Jesucristo, con este anillo, me ha dado seguridades de fidelidad en sus promesas y me corona como a esposa suya. ¡Yo te bendigo, Padre de mi señor Jesucristo, porque, en atención a tu Hijo, se ha extinguido el fuego de concupiscencia que me circundaba!

—Recibe el distintivo de Cristo. Toma en tus manos la palma de la virginidad para que te haga El su esposa y si en El permanecieres, serás coronada con la gloria de la inmortalidad.

—El Señor me ha vestido un ropaje tejido de oro y me ha engalanado con preciosas e incontables joyas.

Las hermanas cantan el Veni Creator.

—Madre Abadesa, entrégote esta nueva esposa de Cristo para que la conserves sin mancha alguna hasta el día del juicio, y así la lleves ante la presencia del Altísimo y la devuelvas a su dueño Jesucristo.

Los corazones se levantan a Dios en el Te Deum laudeamus que preludia el órgano.

Así cambió Clara Isabel Suárez de Figueroa y Souza su apellido por el simbólico nombre de Sor Adoración del Divino Verbo, en el día glorioso de la natividad de Nuestra Señora, ocho de septiembre del año de mil seiscientos y tantos.

Entretanto, un viejo abotagado por la gota llora como un niño a los pies de un Cristo que abre amorosamente los brazos.

Buenos Aires, octubre-diciembre, 1921.

CAMINO DE PERFECCION

TRIPTICO DE LA VIDA DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ

CUADRO PRIMERO

> Sin dar asenso a ridículas invenciones, ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro, difícil era que, con tales condiciones dejase de amar y ser amada.
>
> *Menéndez y Pelayo.*

En un camarín del palacio de los Virreyes de Nueva España, adornado con muebles ricamente tallados que ostentan el escudo de Don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, y candelabros de tumbago venidos de Macao, la doncella Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana, dama de honor de la Virreina, contempla, a través de los vitrales del balcón que da a la plaza principal, el paso de la mascarada

que el Claustro y alumnos de la Real y Pontificia Universidad de México ha organizado para celebrar dignamente la fiesta del Corpus del año del Señor de 1667, cuando la distrae de su contemplación la entrada del Padre Antonio Núñez de Miranda.

EL PADRE

¿Qué hace Juana aquí, separada de la Corte de la señora Marquesa de Mancera? La han ido a buscar inútilmente por los camarines de Doña Leonor, por los jardines de Palacio y aun por el salón de comedias.

JUANA

Y ¿pensaban encontrarme en esos sitios?

EL PADRE

En los jardines, ¿por qué no? Eres inclinada, Juana, a conversar con las flores y a confundirte con ellas, que igual perfume exhala una azucena que una doncella de diecisiete años, educada en el santo temor de Dios y en el amor al prójimo más acendrado. En el salón de comedias también: eres aficionada a tal divertimiento. Don Alonso Ramírez de Vargas hablaba conmigo, no ha mucho, de la singular predilección que tú tienes por las comedias y Don Alonso, ya lo sabes, es el mejor trazador de farsas que ha nacido en el Virreinato.

JUANA

Muy atrás deja su reverencia al venerable Fernán González de Eslava, a Don Arias de Villalobos y a nuestro Juan Ruiz de Alarcón, amado singularmente por las musas que juegan en las riberas del Manzanares.

EL PADRE

La señora Virreina se ha quejado conmigo de tu comportamiento. ¿A qué ese despego, a qué ese retraimiento, a qué ese huír constante de tus compañeras para encerrarte a solas en tus habitaciones o vagar por el jardín? Alguien te ha visto sentada en los bordes de la fuente de Palacio, a la hora en que dan las oraciones todos los templos de la ciudad, mirando al remate de la columna con ansias como de darle vida al caballo que la corona, para que partiera en carrera veloz y desatentada a lo alto.

JUANA

En Pegaso quisiera convertirlo y cabalgar en él por regiones ignoradas.

EL PADRE

Doña Leonor me dijo, asimismo, que esta mañana, en la solemne función de Catedral, no estuviste en cuerpo y alma.

JUANA

¿Quién lo notó?

EL PADRE

Alguna doncella de la Virreina.

JUANA

Que tampoco estuvo en cuerpo y alma, puesto que reparó en cosa que de tan poco provecho para la suya era.

EL PADRE

¿No presenciaste desde el balcón de Palacio la solemne procesión?

JUANA

Pero vila desde aquí y sola pude consagrarme más holgadamente al servicio de su Divina Majestad.

EL PADRE

¿Qué tienes, Juana? En la Corte se murmura.

JUANA

¿Qué no se ha de murmurar en la Corte, Padre, si en cada piedra de la ciudad hay un malsín que pregona a los cuatro vientos sus embustes?, ¿si cada

dama de honor de la Virreina, paje, dueña o rodrigón, tiene dentro una hucha en que va guardando todos los malos pensamientos y los juicios temerarios para volcarlos prestamente donde primero cae inficionando el ambiente de estrados, salones y claustros y disipando, en los jardines, el perfume de las flores? ¿Por qué huyo? Para que la pestilencia de la murmuración no me contamine, no me manche, para que el demonio de la mendacidad no hinque en mí sus garras; por eso, Padre Núñez, me aparto de la Corte, me encierro en mí misma y trato de vivir mi vida y no la vida que quieren los demás.

EL PADRE

Si es así, no tengo que decirte nada. Alabo tu discreción; pero, paréceme a mí que no es esa la causa de tu retraimiento. Dime, Juana, ¿ambicionas tú algo? ¿Qué puedes desear, criatura? Eres hermosa. Dios se ha complacido en poner en ti los atractivos que más puede codiciar mujer ninguna: te ha adornado con la virtud de la discreción que en sí vence y domina a todos los atributos físicos por excelsos y particulares que éstos sean. Te ha dado, además, un entendimiento privilegiado. El Bachiller Martín de Olivas se maravilla de la presteza con que deprendiste la lengua latina. En veinte lecciones has hecho tú, lo que en varios años graves varones han cumplido, después de una aplicación constante. Cuarenta teólogos, escriturarios, canonistas, físicos y poetas te examinan un día de las más arduas cuestiones y las desentrañas tú con un primor, con un desenfado, con una precisión que

envidiarían de buen grado los bachilleres de la Universidad.

JUANA

Bien sabe Dios, Padre, que en esta vez quedé con tan poca satisfacción de mí, como quedaría si en "casa de la maestra hubiera bordado con más curiosidad el filete de una vainica".

EL PADRE

Eres la doncella predilecta de doña Leonor María Carreto; tienes ante ti un porvenir brillante, una gloria futura, si enderezas tus pasos hacia las fuentes de salud y de vida.

JUANA

Y ¿de qué sirve eso, Padre Núñez, si no se tiene lo que se ambiciona, lo que se desea ahincadamente, lo que se ama con fervor?

EL PADRE

Luego ¿es cierto lo que se murmura en la Corte?

JUANA

Le juro a vuesa merced que no son locos devaneos, que mi corazón es todo fuego que consume, hoguera que abrasa, llama que aniquila, principiando por consumir, abrasar y aniquilar mi propio ser.

EL PADRE

Juana, Juana, no te dejes llevar por la fantasía, ni arrebatar por tu natural fogoso y apasionado.

JUANA

¡Qué son belleza, talento y discreción si todas tres juntas no son poderosas a dar vida al mármol ni movimiento a la piedra! No parece sino que mi ánima, lejos de comunicar fuego y vida a lo que le rodea, extiende frialdad de hielo que todo lo congela y paraliza.

EL PADRE

No has nacido tú, Juana, para disfrutar la felicidad engañosa y pasajera que satisface a las mujeres y a los hombres vulgares. Naciste en un aposento apellidado "la celda", ve en ello un signo providencial, una muestra de la voluntad divina, para que encamines tus pasos hacia una celda. Tienes tal inclinación a la poesía, que hablarías en verso a no impedírtelo las trabas de una conversación cotidiana, siempre prosaica, de continuo vulgar. La poesía eleva a Dios y la armonía de su ritmo se presta al cántico celestial, al himno entonado en loor de la Divinidad sacrosanta que es una y trino, sin principio ni fin.

JUANA

Pobre y sin vuelos me siento, Padre, para remontarme a las soberanas cumbres que vuesa merced señala

a mi amor. En Pegaso quisiera convertir al caballo de la fuente de Palacio, para que prestamente me arrancara de este mundo, llevándome por parajes desconocidos de luz, de amor, de verdad, lejos, muy lejos de la incomprensión de los hombres y de las mujeres, que mi amor, vinculado en un hombre...

EL PADRE

¿Quién?

JUANA

Para qué decirlo. Que mi amor, vinculado en un hombre, tomara prestado un poco de su serenidad a las estrellas, de su inmutabilidad a los astros, de su claridad al firmamento, que purificándose, enalteciéndose, se vinculara en algo más alto que una miserable criatura que sólo mira a la tierra y de la tierra vive.

EL PADRE

Juana, los hombres te ven demasiado alto y tienen miedo a la claridad de la luz. Les asombra el talento, la bondad, la belleza misma está fuera de su comprensión. Tú aspirarás amor, sí, pero no el que ayunta a las criaturas, que es bajo, mezquino y carnal, sino el amor con que se mira a los seres superiores, mezcla de reverencia, de admiración y de pasmo. Las mujeres como tú serán siempre incomprendidas, en el hombre habrá el temor de llegar a ellas por el temor de que sean superiores a él y priven en la consideración de sus semejantes. Tu amor tampoco será apreciado.

porque pones en él tu alma toda, porque está formado con todo lo más noble, lo más selecto y puro de tu ser, porque hay en él una brizna de ese quid divinum que la Providencia ha puesto en ti.

JUANA

Sí, Padre, sí.

EL PADRE

Entonces, ¿qué haces que no vuelves la vista al que es supremo Amor? ¿Qué haces que no enciendes la antorcha de tu fe, de tu esperanza y de tu caridad a los pies del que es fuente de estas tres virtudes?

JUANA

Siento el ímpetu del águila con ansias de volar. Mi espíritu apresado en la frágil y delicada condición de mi sexo, no podrá hallar nunca holgada libertad para ser lo que siempre ha soñado, para amar lo que ha amado siempre. Varias veces he devanado en mi cabeza las ideas que vuesa merced ha presentado a mi consideración...

EL PADRE

En la soledad del Claustro meditarás los misterios de nuestra sacrosanta religión y hallarás fuerza para caminar por el sendero de la virtud, sembrado, es verdad, de espinas y abrojos; pero que conduce a la mansión celestial de las bienaventuranzas eternas. Tu al-

tiene por momentos, los atributos de aquella Ave Fénix, en que creían los antiguos.

EL PADRE

Mira ahí a las multitudes, han presenciado, a pleno sol, sobre ese tablado, la representación de uno de los misterios más caros de nuestra religión y seguirán siendo, mañana, tan malas como ayer y como hoy. Oye, hasta nosotros llega el bullicio de la Corte, que es farsa, oropel y pecado.

JUANA

Si pudiera entrar en religión, si pudiera consumirme en amor, poner todo el que florece en mí, en algo celestial, olvidar lo terreno, cantar desde el fondo de mi celda al ausente con dulces reclamos de pasión y ternura, esperar su visita con expectación, consagrarme a la conquista del Bien Supremo con sacrificios, con sangre; llenar mi corazón con todos los sonidos y armonías del mundo, mis ojos con todas las visiones celestiales, mi espíritu con las delicias inefables de amar al Amor de los Amores.

EL PADRE

Bastará una sola palabra tuya, bastará que lo llames desde el fondo de tu ser, que El acudirá en seguida y morará dentro de ti y tendrá contigo los más suaves coloquios.

JUANA

Soy miserable.

EL PADRE

Tienes fe.

JUANA

Soy pobre.

EL PADRE

El es la riqueza suprema.

JUANA

¿Si me sintiera con fuerzas...?

EL PADRE

El es la fortaleza y la vida.

JUANA

¿Si tuviera valor para desasirme del mundo?

EL PADRE

En el salón de comedias presenciarás esta noche la representación del auto sacramental de Don Pedro

Calderón de la Barca: EL GRAN TEATRO DEL MUNDO, deprenderás en él, que el universo es feria de vanidades, que todo es tramoya, y nosotros infelices actores que venimos a él para representar nuestro papel esperando de Dios, el Supremo autor, el premio o castigo de nuestra representación. ¡Ludibrio para aquel que no entienda su personaje!

JUANA

¿Si pudiera yo recorrer las siete moradas de mi castillo interior como Santa Teresa y amar a Jesús como lo amó ella y vestir el hábito de la Virgen del Carmelo?

EL PADRE

Don Pedro Velázquez de la Cadena, vecino rico de la ciudad y singular protector tuyo, se allanaría de buen grado a constituir dote a tu favor. Los gastos de la fiesta del desposocio de la Doncella Juana con su Creador, correrían de mi cuenta.

JUANA

Gracias, Padre Núñez.

EL PADRE

Las santas madres carmelitas descalzas del convento de San José te recibirán gozosas. Una sola palabra tuya y la Corte se llenará de contento, los ánge-

les se colmarán de gozo y las potencias celestiales de alegría.

JUANA

Alegría, la que debe llenar mi corazón. Rompo para siempre con todos los amores del mundo, con todas las pompas y vanidades de la vida, quiero consagrarme al estudio, al aprendizaje de todo aquello que enderece mi alma a la contemplación de Dios y al santo amor al prójimo.

EL PADRE

Las campanas de Catedral tocan el "Angelus". Juana, roguemos a la Madre de Dios que mantenga firme tu santo propósito de amar eternamente a su Hijo.

¡Dios te salve, María...!

La mascarada ha pasado, piérdese en las calles el sonoro redoblar de atambores y atabales, el clangor de clarines y trompetas y las tristes modulaciones de las chirimías. La muchedumbre se arremolina en la plaza. Se encienden luminarias en los puestos de comestibles y refrescos. Se prenden, a lo lejos, los farolillos de variados colores en los balcones. Un regimiento de alabarderos del Virrey dispara una salva de artillería.

CUADRO SEGUNDO

"Despegue el corazón de todas las cosas, y busque y hallará a Dios".
Santa Teresa.

En una celda del convento de San Jerónimo, ante una escribanía de caoba primorosamente tallada, frente a un tintero de plata coronado de plumas de ave, con la diestra sosteniendo la cabeza hermosa y gallarda y la siniestra jugando con las cuentas del rosario. Sor Juana Inés de la Cruz, Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana en el siglo, leía ahincadamente la EPÍSTOLA A GAUDENCIO, en un tomo de las obras del padre San Jerónimo, patrono de aquella santa casa, cuando a las puertas de la celda alguien llamó discretamente con los nudillos.

LA MONJA *(con voz argentina)*

Pase, Hermano.

(En el vano de la puerta se dibuja la figura del

padre Antonio Núñez de Miranda, envuelta en los amplios pliegues del manteo).

EL PADRE

Ave María Purísima.

LA MONJA

Sin pecado concebida. Pase, padre Núñez, y tome asiento. Permita su reverencia que despoje a esta silla de las bujerías que la embarazan.

EL PADRE

La madre Juana rodeada siempre de libros y de cosas de estudio.

LA MONJA

Qué quiere vuesa merced, Padre, si los libros han sido siempre mis amigos más fieles.

EL PADRE

No diga eso la madre Juana, que tanto en esta santa casa, como en el mundo, tiene amigos que la aprecian y estiman en su verdadero valimento.

LA MONJA

Mucho agradezco, y profundamente obligada es-

toy por la bondad de esos amigos, que la amistad que dispensan a esta pobre monja, fruto es de esa bondad, que no de mis merecimientos.

EL PADRE

Hace bien la madre Juana en ser humilde.

LA MONJA

¡Qué más quisiera, padre, que serlo, y qué lejos estoy de merecer ese dictado!

EL PADRE

Nunca se está lejos de lo que se busca con ahinco. Trabajo cuesta ascender por el camino de la perfección; pero a su cabo puede llegarse con sólo la voluntad de intentarlo, la fe en Dios, que todo lo puede y el aborrecimiento de las cosas del mundo, de las pompas y vanidades de la vida, para consagrarse a Aquel que es vida de por sí, fuente y manantial de toda ella, norte del entendimiento. Deje la madre Juana las ligas que la atan con el mundo, lea en ese libro abierto, escrito con caracteres de sangre y de amor que se llama Jesucristo y será humilde y será santa, que es lo que le desea y no otra cosa este pobre sacerdote y capellán.

LA MONJA

Desde la carta de Sor Philotea de la Cruz, he buscado con más ahinco que nunca, con más ardor

que jamás, leer en esos caracteres que vuesa merced muestra a mi estudio, y cada día que mis ojos pecadores se dirigen al libro, ¡qué distante se encuentra la monja de su modelo!

EL PADRE

Es porque la madre Juana se ha aplicado al aprendizaje de las cosas profanas. Se pasa las noches de claro en claro conociendo de letras del hombre, cosas de la tierra.

LA MONJA

Mire su reverencia que no sólo las letras humanas aprendo: ahí está el doctor Angélico que no me dejará mentir; allá el obispo de Hipona, que confirmará mi dicho; aquí, sobre la escribanía, la obra de mi muy amado padre San Jerónimo.

EL PADRE

Yo no digo que la madre Juana se aplique solamente al estudio de los autores profanos. Las trompetas de la fama pregonan a los cuatro vientos la profunda erudición de la madre jerónima en las santas Escrituras y su conocimiento de las obras de los Santos Padres; pero no puede negarme tampoco que las cosas del mundo han atraído sus miradas con grande insistencia.

LA MONJA

No lo podría yo negar.

EL PADRE

La madre Juana lo ha confesado siempre. Cuando aquella priora, "muy cándida y muy buena", le prohibió la lectura de libros, por creer que el "estudio era cosa de Inquisición", cómo se aplicó a desobedecerla abriendo a sus ojos el libro inmenso de la Naturaleza.

LA MONJA

¿Fué aquello ocasión del pecado? ¿No en ese libro se puede aprender a amar y a servir a Dios más que en otro ninguno?

EL PADRE

Si siempre lo hiciera así la madre Juana, nada tendría que reprenderle. El libro abierto de la Naturaleza nos hace adorar de continuo a su creador. La belleza de las criaturas que han nacido de su mano, nos lleva a estimar lo inmenso e infinito de la bondad y sabiduría profunda del Señor.

LA MONJA

Su paternidad ha estado reñido siempre con los libros que colman los plúteos de mi librería.

EL PADRE

No es que esté reñido con los libros; lo que le he dicho siempre a la madre Juana, es que su lectura constante y reiterada la distrae de la observancia de la regla; le enajena de tal suerte los sentidos, que la predispone al error. El pecado de soberbia, madre Juana, es el que disgusta más a Dios y fué el que precipitó del cielo al ángel rebelde.

LA MONJA

Su reverencia considerará que no tomo la lectura por tal.

EL PADRE

Recuerde la madre Juana cuando llamó tonta, irrespetuosamente, a aquella santa monja, superiora del convento; recuerde también que si la bondad del ilustrísimo señor don fray Pedro Enríquez de Rivera, Arzobispo de México, no hubiera sido tan grande, buena reprimenda habría llevado la que tan sin consideración reprochó a la priora. Y dígame la madre Juana: ¿qué ha sacado después de tanto hojear tanto y tanto volumen? ¿Qué provecho ha obtenido de barajar muchedumbre de papeles? ¿Qué santo propósito al deleitarse con los cánticos del arpa? ¿Ha sido, por ventura, más buena al tener en los dedos uno de los instrumentos matemáticos o cosmográficos que embarazan la estancia? Quédense ellos para los hombres que los han menester en el ejercicio de sus profesiones o para el bien de la república; ellos que tienen de leer en las

cátedras de la Universidad; de servir al Rey en la Audiencia o en los Reales Ejércitos; de levantar a Dios templos dignos de su gloria; de preservar a la ciudad de las inundaciones; de construir acueductos para abastecerla de agua; de conocer y descifrar, en los astros, las enfermedades que nos afligen y señalar la ruta de los cometas para preservarnos de las calamidades que la Providencia nos envía para castigo de nuestros pecados. Pero estudiar por estudiar, cosa debe ser para Dios de grande enojo, por inútil, perjudicial y nociva. Dedíquese la madre Juana a hacer penitencia para todos esos pobrecitos herejes que no conocen a Dios o que le desprecian. ¿No se blasfema contra El en muchas partes? Pues a pedir misericordia por esas blasfemias. ¿No se le ofende en diversas regiones del Globo habitadas por gentiles? Pues a impetrar el remedio de esas ofensas por medio de la oración. ¿Qué ha sacado la madre Juana de sus libros?

La monja

Nada, nada... El espíritu apresado en ellos no satisface su curiosidad nunca. Créame, Padre Núñez, no es soberbia lo que inspiran. Cada día más ignorante que el anterior, menos sabia que la víspera. Un punto, una nada, un átomo perdido entre la muchedumbre de maravillas que la mano pródiga del Señor ha creado. Si antes he sido contumaz, si he desobedecido a mis superiores, si he desoído las voces de las personas doctas como su paternidad ahora...

EL PADRE

Concupiscencia de la razón disfrazada de amor al estudio por malas artes del demonio. ¿No busca la madre Juana una fruición interior, una voluptuosidad más elevada que la de los sentidos; pero voluptuosidad al fin, al recorrer las líneas de esos pergaminos? Cómo se enoja cuando alguna inocente madre loa a Dios en la celda vecina por las notas de algún instrumento músico; cómo sale fuera de sí cuando alguna doncella, criada del convento la hace juez dirimidor de sus contiendas domésticas con cierta dueña; cómo se irrita cuando las madres, sus hermanas, vienen a charlar con ella de cosas inocentes y buenas. Todo ello le impide un placer, un placer gozado con deleite y todo lo que divierte nuestros sentidos o nuestra razón de aquello que más los recrea, cáusanos enfado y pesadumbre.

LA MONJA

Padre Núñez...

EL PADRE

Créame la madre Juana: se quejan siempre de su carácter seco y arisco, y lo atribuyen a soberbia y a orgullo. No hay que dar motivo para que piense esto nadie. Puede ser pecado de escándalo, que así se principia, por cosas de nada.

LA MONJA

Esas palabras son las que han sonado siempre en

mis oídos. Entré en religión, ya lo sabe vuesa merced, por encontrar en este estado ocasión más propicia de pulir y limar mi entendimiento.

EL PADRE

Y me holgara de no saberlo. En religión se entra única y exclusivamente por amor a Dios, amor que no bastardea ningún sentimiento humano, que es puro y limpio como las patenas.

LA MONJA

Porque en el convento podría servir a Dios mejor que en otro estado cualquiera. Ya sabe su reverencia lo que es ser mujer en el mundo, "pared blanca en la que todos quieren echar su borrón". La condición de casada no cuadra con mis deseos. Pecadora y misera soy; pero Dios, que es infinitamente misericordioso y justo, ha de perdonar mi tibieza y negligencia, mi falta de fuego al servirle, que todas estas cosas tengo de remediar bien presto. Créame, Padre Núñez; nunca que cierro un libro, dejo de hacerlo con enojo y pesadumbre; en parte, por lo misera y tonta que me considero al lado de los que tantas lindezas componen para gloria de Dios y provecho de los hombres y, en parte, porque no son poderosos a llenar esa sed infinita de saber y de amar que atormenta mi entendimiento y mi corazón. Desgraciada fuí en la corte del señor Virrey Marqués de Mancera al tropezar con la incomprensión y maledicencia de los cortesanos; torpe y mezquina aquí, la peor de todas las madres y "la peor del mundo" con pretensiones de entendida.

EL PADRE

Porque la madre Juana no ha convertido sus miradas a Aquel que remedia todas las necesidades del hombre; que en un momento de bondad infinita creó el cielo y la tierra en que vivimos y los astros que adornan el firmamento; que da de comer a las hormigas que hollamos con nuestra planta pecadora, luz a los insectos que pueblan los jardines en la noche, voz canora a las aves y perfume a las flores; porque la madre Juana no ha consagrado todo el amor que rebosa su corazón al que murió en la cruz por nosotros; porque no ha encendido su lámpara de suerte que brille sólo para El y derrame claridad para los pobres y menesterosos; porque ha sido egoísta, madre Juana; porque ha estudiado, y la ciencia es egoísmo. La ciencia hace feliz o desgraciado al hombre. Nuestros primeros padres quisieron saber, contra la voluntad de Dios, y desde ese punto y hora nos atormenta la maldición del Creador. Feliz el hombre que sabe para compartir esa sabiduría con sus semejantes, así el pobre como el rico, el bueno como el malo. Desgraciado del que estudia por afán de guardar y almacenar acervo de noticias peregrinas y extrañas, sin que dé fruto su aplicación: es árbol estéril, es madero seco, y recuerde la madre Juana la maldición de la Escritura...

LA MONJA

Yo he sido eso...

EL PADRE

No; el entendimiento y el corazón de Sor Juana

son como rosales floridos: han nacido de ellos exquisitas flores que aroman el huerto de la poesía, sólo que han sido demasiado carnales.

LA MONJA

Han nacido del alma, Padre Núñez.

EL PADRE

Del alma nacieron también los cánticos de David y de Salomón, del alma el himno de Débora y el de Moisés, del alma brotaron también los dulces acentos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, y todas esas voces se enderezan al trono del Señor, como el humo de los incensarios en los templos. Así se elevaba en los sacrificios de Abel, en tanto que en los de Caín barría la tierra, se pegaba a la tierra.

LA MONJA

Y ¿qué he de hacer yo, pecadora de mí, al lado de las inteligencias iluminadas por los fulgores de la Gracia que vuesa merced me cita?

EL PADRE

Seguir su camino, pulsar su lira.

LA MONJA

Ahí están los villancicos consagrados a la Madre de Dios, ahí EL DIVINO NARCISO.

EL PADRE

Junto a las poesías amatorias y a LOS EMPEÑOS DE UNA CASA, que pronto correrán impresos.

LA MONJA

Bien sabe su paternidad que no he hecho diligencia alguna para que se den a la estampa.

EL PADRE

La señora Condesa de Paredes y Marquesa de la Laguna ha mostrado empeño singular en reunir esas flores, lo sé. Bien hayan ellas, ya que ninguna cosa contraria a la moral o a las buenas costumbres contienen.

LA MONJA

Primero cortaríame la mano derecha que escribir despropósito alguno contra la fe. Padre Núñez: ahora más que nunca he menester de sus consejos. Las palabras de su reverencia me han penetrado en lo hondo, como jaras finísimas del más pulido acero.

EL PADRE

Ahora, más que nunca, está la madre Juana en camino de salvar su alma; no diga como San Agustín: "un instante más", sino ahora, ahora mismo. "Cuando un rayo de la luz de Cristo ha tocado un corazón —dice San Paulino—, renueva todo, los sentidos y el

alma"; el alma de la madre Juana ha sido tocada por ese rayo, como lo fuera un día Saulo en el camino de Damasco.

LA MONJA

Mire su paternidad que estos libros son mis amigos, mis hermanos, mis consejeros; separarme de ellos sería arrancar pedazos de mi alma.

EL PADRE

Sacrificio es ese de poco momento si se le considera frente a la eternidad que nos está reservada. "Aflicciones de todo linaje nos apesadumbran..."

LA MONJA

"...mas toca a nuestra virtud conllevarlas hasta el puerto, es decir, hasta la muerte", dice San Jerónimo; lo sé, Padre Núñez.

EL PADRE

Quédese la madre Juana con los libros de oración, deje los demás, que es vanidad de vanidades. Ya vuela su nombre en alas de la fama; ya se ha escrito con letras de oro en los fastos de la Colonia. Desde el señor Virrey hasta el último paje lo pronuncian con admiración. Venerables doctores se acuerdan todavía, con pasmo, de la doncella que, según la atinada frase del señor Marqués de Mancera, "se desembarazaba de las preguntas, réplicas y argumen-

tos, a la manera que un galeón real se defendería de las pocas chalupas que lo embistieran". Entre la madre Juana en sí misma, visite su corazón y lo hallará vacío; cólmelo de amor y caridad, torrentes de gracia descenderán sobre ella, y alcanzará la gloria por los siglos de los siglos.

La monja

Dirá vuesa merced a Don Carlos de Sigüenza y Góngora y al doctor Castorena y Ursúa y a todos los doctores y teólogos, sus conocidos, que la madre Juana Inés de la Cruz, del convento de San Jerónimo, vende su librería, por si se interesan ellos en la compra de los volúmenes; repartirá su reverencia el dinero que se obtenga, entre los pobres del convento, entre los de la parroquia y entre los de la ciudad, prefiriendo a las viudas con hijas por dotar para el convento, que yo sólo quedo con estos tres libros de devoción. Remataremos, asimismo, los instrumentos músicos y matemáticos que llenan la celda, y en su lugar habrá cilicio y disciplinas. Me oirá su reverencia mañana, en confesión general, que tengo de rematarla con una protesta de adhesión y fidelidad a la Santa Iglesia, escrita con mi propia sangre... y hasta mañana, Padre Núñez, que en la iglesia tocan a vísperas...

CUADRO TERCERO

"Enfermó de caritativa."
P. Calleja.

La misma celda sin estanteria, ni escribania primorosamente tallada, ni libros, ni mapas, ni compases, ni cuadrantes. Un camastro humildísimo en el que reposa Sor Juana, demacrada y enferma; los ojos fijos en un crucifijo de marfil que cuelga en el lienzo de pared frontera al lecho. A los pies de la imagen, una lámpara parpadea próxima a extinguirse la llama por falta de aceite. En los conventos de la ciudad las campanas tocan rogativas; alguien llama con los nudillos en la puerta de la celda.

LA MONJA *(con voz apagada).*

Pase, hermano.

(En la puerta se dibuja la sombra del padre Antonio Núñez de Miranda, con sus grandes quevedos y su manteo prendido a los hombros.)

EL PADRE

¿Cómo sigue la madre Juana?

LA MONJA

Ya lo ve su reverencia: con el pie en el estribo.

EL PADRE

¿Peor que ayer?

LA MONJA

Más tranquila tal vez. Siéntese, padre, que he menester ahora, más que nunca, de su absolución.

EL PADRE

¿Absolución? ¿Por qué? La madre Juana "no ha corrido, ha volado en el camino de la santificación". Esperamos en Dios que nos la conserve todavía por muchos años. La ciudad entera muéstrase afligida por la enfermedad que aqueja a la esposa predilecta del Señor. En todas las iglesias se elevan preces por su salud.

LA MONJA

Ya he oído las campanas. ¡Qué buenas son las gentes, padre mío!

EL PADRE

El señor Conde de Santiago se impone, a mañana y tarde, de la salud de la madre.

LA MONJA

El señor Conde de Santiago ha sido siempre muy buen amigo. Padre, yo siento que es la última vez que hablo con vuesa merced. Dígame, Padre, ¿ahora sí no soy la que era antes? He leído en ese libro con el cuidado y devoción que me aconsejaba el señor Fernández de Santa Cruz; he tratado de enderezar mis pasos hacia Dios, siguiendo el sendero regado con su sangre preciosa y con las lágrimas de las mujeres del Evangelio. He sangrado yo también por la penitencia, mi corazón por el dolor. ¿Se habrán convertido algunos gentiles o conocido su error los herejes? ¿O habré sido tibia y descuidada, padre mío?

EL PADRE

Madre Juana...

LA MONJA

Todo, todo lo que he sufrido en la vida, ¿será suficiente para perdonar mis pecados?

EL PADRE

Ya sé yo cómo has atendido a las madres, tus hermanas, hija; ya sé cómo has contraído esta enfer-

medad, que es azote de Dios y castigo por las impiedades que infestan la ciudad. ¡Quiera el cielo que tantas almas buenas como han abandonado el mundo, las almas castas, blancas de las esposas del Señor, tronchadas como las azucenas en los jardines floridos de la Gracia, aplaquen la ira del Señor!

LA MONJA

La lámpara que arde a los pies de Cristo parpadea, la lámpara se apaga, la lámpara se extingue, la absolución, Padre Núñez...

EL PADRE

Salga de la cárcel tu alma, rompa los lazos que la atan con la carne miserable y ruin; vuele, vuele a las regiones de luz que le están deparadas. *Ego te absolvo in nómine Patri, et Filii et Spiritu Sancto. Amén.*

Amanecía el 17 de abril del año de 1695, día de la Dominica del Buen Pastor.

MOISEN

PROLOGO

I

Don Julio Jiménez Rueda, autor dramático ventajosamente estimado en nuestra exigua república literaria, acaba de enriquecer su ya brillante producción, con un nuevo drama novelístico o novela dramática rotulada MOISEN, *que es el primer ensayo de este linaje que aparece en México. Novela rápida, pintoresca, conmovedora, escrita con ingenio y donaire; tan digna de acatamiento por su intención humanísima como acreedora al aplauso por su cuidadosa y ceñida expresión. Obra de arte, en suma, que tanto triunfa en lo moral como en lo estético, y que, al calor de los sentimientos cristianos exhibe con desenfado y gallardía, aspectos esotéricos de nuestro Coloniaje, perdidos en rancios procesos, que duermen el apacible sueño de las crónicas en los anaqueles de los archivos nacionales. ¡Crónicas más verídicas en la intui-*

ción y la fantasía de los artistas que en la descarnada realidad difunta, ha siglos; deshecha con el implacable y vertiginoso correr de los años!

II

Porque es muy español, muy castizo, esto de dialogar novelando. Así, en el monumento inmortal de la lengua y poesía castellana que es la "Celestina", trabáronse por vez primera, en hermético consorcio, la fulgurante y brevísima expresión dramática y la psicología exacta y compleja de los caracteres humanos. ¡Calixto y Melibea, amantes de carne y hueso, no fantasmas literarios; vívidos engendros de pasión y dolor; bellas, soberanas estatuas labradas en carne y no hechas de humo! ¡Y sobre los infortunados hijos de Eva, modelados con barro que sangra, la furia, la auménide del lenocinio, hermana de Mefistófeles, pero no pedante como el diablo que pudo leer a Kant y a Hegel, sino sabia, con la honda sabiduría del Mal que brota sin tasa de los poros mismos de la Vida!

III

Así en estas breves y múltiples criaturas de Jiménez Rueda; así en este drama patético y frenético que nos punza con los hierros inexorables de la Inquisición. Se diría que la Edad Media mexicana grita su interna pena, su aflicción callada y sombría, junto a los muros de rojo "tezontle" de la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán. El hermosísimo templo barro-

co, tan bello como no hay otro en la propia ciudad de Madrid, o su antecesor, que fué lentamente hundiéndose en el cieno del suelo de México, y ahora le sirve de cimientos, formarían el fondo decorativo de las escenas violentas, evocadas por el poeta, con la complicidad arcana, con la simpatía sutil que despierta en las almas piadosas el Dolor y la Muerte.

IV

"El Rabbi, más luenga la barba, más arrugado el rostro, más temblorosas las manos, recita de memoria versículos del Talmud".

"Y en la noche, cuando todo duerme en la prisión, suele elevarse clara, perceptible y armoniosa la voz de Gil de Ribeiro, que recuerda las estrofas de García de Resende:

Qual será o coração
Tam cru e sem piedade,
Que lhe não cause paixão
Uma tam gram crueldade
E morte tam sem razão.

"Termina con un temblor de lágrimas que perfora la muralla y se pierde en un lucero..."

¡Como todo dolor humano, contenido y vehemente! ¡Como toda convicción que resiste al tormento! Porque la esencia de la fe es acendrarse con la angustia, fortalecerse con la persecución. Gil de Ribeiro, en su mazmorra, es gemelo de los cristianos perseguidos por los Emperadores. Posee la actitud marmórea

de quien paso ya el propio espíritu "más allá del Bien y del Mal", en la etérea región luminosa de los luceros inspirados. ¿En cuál de las estrellas bienaventuradas y distantes, se habrá disuelto en luz el genio del mártir?...

V

Pero ninguna de las escenas del drama reviste la trágica solemnidad del final. Los sufrimientos de Violante, el horror del Quemadero Mencia cuidando su rosal, la Plaza, la Procesión, el nacimiento del Mesías, la Semana Santa, el Sabbat, la Pascua, son diseños firmes y rápidos que parecen miniaturas macabras arrancadas de un códice de Alberto Durero o Lucas Cravach. No obstante, el acierto mayor de esta novela dramática es, quizá, su final íntimo, callado, desierto... "Por una carretera polvosa —dice Jiménez Rueda— carretera que serpentea entre magueyeras", van los judíos al destierro. Servirán, las mujeres, en los conventos de España. Acompáñalos Gil de Ribeiro, que relata viejas historias de Portugal. Cierra, entonces, la noche. "Cae una lágrima por las mejillas de Violante. Los alguaciles guardan silencio..." Diríase que se oyen los rumores del campo cuando las voces humanas enmudecen. Al terminar la relación, el lector gusta en sus propios labios un dejo de ceniza y de sangre. Se recuerda la frase de Carlyle: "Hay que elevar altares al silencio".

IV

¡Cuántos absurdos crímenes no se cometieron por obra de los creyentes! Cosa en verdad divina ha de ser la fe, para merecer el holocausto de seres tan ilustres. Desde Nuestro Señor Jesucristo hasta estos infelices israelitas víctimas del Catolicismo español, ¡cuántas almas heroicas hubieron de comprarnos con la alteza de su martirio la libertad de conciencia...! Mas, no pongamos el anacronismo de la herejía al frente de estas líneas inspiradas. La majestad del dolor se basta siempre a sí misma. Abandonemos, con unción, a los lectores de este bello poema en la atmósfera recatada y temerosa del Virreinato de la Nueva España.

ANTONIO CASO.

LA CASA DEL JUDIO

Era amplia la casona. Toda blanca al exterior. En la fachada alicatados, reminiscencia mudéjar. Una esquina desportillada, remembranza de la Jerusalem destruída. Citarilla de ladrillo en la azotea. A entrambos lados del zaguán dos poyos de tabique cubiertos de argamasa. Portalón obscuro con nicho de santo en la pared. Papel de China lo decora. Recio portón de roble claveteado.

Patio capaz. Yerba en las junturas de las baldosas. Gallinas picotean la yerba, autorizadas por la agresiva presencia de un gallo rabón y desplumado...

Una higuera junto al brocal del pozo. Aguas estancadas que sirven de rutilante espejo a la comba azul del cielo y reflejan de vez en cuando la estolidez impávida de la luna.

En torno, estancias bajas, húmedas, un tanto lóbregas. Sillones de cuero sarnoso. Muebles en polilla. Sobre un raído escabel, capa roja y encima, un estoque toledano.

Luengas bodegas hacia el fondo, abarrotadas de

aceite empacado en cueros. Ratas grandes como conejos.

Más allá un corral. A la sombra de la tapia un burro echado mansamente. Portón de escape cubierto por el muérdago.

Varios escabeles. Rimeros de cajones hasta la bóveda de negras nervaduras. Mesa de mantelería muy limpia. Candelabro de siete brazos ante una breve arca de madera tallada que contiene los rollos de la Ley; tras el candelabro cortina de felpa roja con dos triángulos de oro bordados en estrella. Pergamino escrito con caracteres hebraicos clavado en la pared. Candilejo de aceite que parpadea en un rincón y puebla la estancia de sombras.

Así era la casa de maese Rodrigo Vaez de Rivera, Judah Vaez de Rivera entre los suyos, descendiente de familia portuguesa y procesado hace tres siglos por la Santa Inquisición.

MAESE RODRIGO

Maese Rodrigo es alto, renquea un poco al caminar; la barba y el cabello son pelirrojos y las mejillas están cubiertas de pecas. Viste sin aliño tabardo, coleto y gregüescos de paño pardo. Manos y pies tiénelos grandes. Su gesto es duro.

De mozo partió con sus padres de Castilla la Vieja y llegóse a Portugal, tierra de sus mayores.

Fué factor de negros en Pernambuco y casó en Lima con doña Violante Suárez, cristiana nueva, natural de Extremadura.

Nacióle una hija a tiempo que fenecía la madre.

Traficó en aceite en tierras de Nueva España.

En mula de cansino andar recorría las calles de la ciudad, deteniéndose para realizar su mercancía en las tiendas de los mercaderes sus amigos.

Antes de sonar las oraciones llegábase a su albergue. Sentado en el poyo del zaguán, la mano perdida en la pelambre cobriza de la barba, veía en veces, cómo la noche iba cayendo sobre la ciudad y cómo la luna teñía de plata los alicatados de la fachada y cómo se encendían los cuarterones de las ventanas en el parpadear inseguro de los velones de aceite y cómo croaban las ranas en las acequias.

Requería entonces su capa y silenciosamente atravesaba la calle. Sonaban tres palmadas y la puerta de una casuca se abría cuidadosamente. Maese Rodrigo se perdía en la penumbra del portón.

En esta casa habitaba Mencía Núñez de Vargas, amiga del alma de maese Rodrigo.

MENCIA NUÑEZ DE VARGAS

Buen cuerpo y gentil talante era el de Mencía Núñez de Vargas: morena, alta, garrida moza, ojos agarenos, boca sensual, pelo endrino y abundante. Vestía colores llamativos: basquiña carmesí, cotilla anaranjada, grandes mangas acuchilladas. Floreado todo o galoneado de oro. Collares de similor, sortijas, prendedores, zarcillos vistosos.

Era arrebatada, insaciable, codiciosa en el amor y en el dinero. Violenta y desbocada en el ademán, no muy limpia en el decir.

Nadie supo de su origen. Amaneció un día en la capital de la Nueva España en compañía de mercaderes. Pronto se disputaron sus favores, estudiantes, soldados y mercachifles.

Una noche hubo estocadas cabe su balcón y al día siguiente el arroyo florecía en rosas sangrientas.

Otra noche, diéronle una serenata a la pecadora y la última nota de la canción terminó en un lamento: un puñal habíale partido el corazón al trovero.

Ahora, su amor es para maese Rodrigo y su odio para Violante Vaez de Rivera y Suárez, doncella de quince años, que pervierte su juventud en la misteriosa lobreguez de la casona.

LA HIJA DEL JUDIO

Así la apellidaron en su época y siglos después.

En la Amiga, antes de aplicarle el remoquete, sus compañeras huían instintivamente y se mofaban de ella.

Las maestras no la querían y las discípulas cuchicheaban entre sí.

Carmen, rapaza mayor, la golpeó duramente el rostro en una riña y llamóla, además, perra judía.

—Quiera Dios que te veamos danzar en la hoguera.

La madre prefecta castigó a Violante dándole de penitencia un buen rato de rodillas sobre las baldosas del patio.

Violante lloró quedamente la injusticia y conformóse a ella.

Las monjas de la Amiga hiciéronle creer en Dios y en la Virgen. Supo de un ser bueno, misericordio-

so y justo que había muerto en la cruz por salvar a los hombres. En trueque, en su casa enseñáronle a vejar al Crucificado y en su alma las dos creencias luchaban.

La retiraron pronto de la Amiga. El padre extirpaba la creencia que nacía en el corazón de la niña, como si de yerba dañina se tratara. Reprendíala cuando hablaba de otro Dios que no fuera el Dios de Israel y le recordaba las palabras de la Escritura:

"Yo soy el Señor Dios tuyo y no tendrás otros dioses delante de mí".

Al hablar de la Virgen la doncella, el judío se encendió en tremenda ira y con unos varejones que había en la mano, azotó cruelmente la espalda de la rapaza, levantándole luengos cardenales.

Violante esa noche vió, a través de un velo de lágrimas, acercarse a Nuestra Señora a su lecho, con los brazos amorosamente abiertos y besarla en la frente.

La estancia brillaba en resplandor celestial.

No lejos de ahí, roncaba desapaciblemente la abuela.

LA ABUELA

Más dogmatizadora que el padre era la abuela, viejuca cenceña y amojamada, de ralos cabellos blancos, ojillos rapaces y legañosos, largas manos engarrotadas por el reuma.

Caminaba a saltos breves, como de pajarillo que brincara en el césped.

Se apoyaba en un bastón nudoso y retorcido.

Ceceaba al hablar, por falta de dientes.

Pero todos los que le habían caído los guardaba en un cofrecillo de sándalo, junto con un colmillo de caimán y un corazoncito labrado en hueso, que le servían de amuletos.

Sabía la vieja cosas peregrinas.

Palabras de conjuro, ritos esenciales.

Y así enseñaba a la doncella:

—Mira, niña, que es menester no dejar vela encendida en el suelo, que morirá alguien de mala muerte.

—Tené cuidado, rapaza, en cubrir derechamente la cama. Que vos sabés que sin ello las almas de los difuntos se echan sobre ella y atormentarán tu dormir.

—Secá bien tus cabellos después de lavallos y recogellos en el moño que no habrá galán que vos enamore, ni caballero que vos despose.

—Comprá sólo aves negras o todas pardas, sin pluma blanca en su cuerpo, esto es siempre de buen agüero.

—Castigaráte el Señor si yantas carne de conejo, liebre, puerco y pescado sin escama. Es la santa ley del Señor.

—Si para nuestro mal algún día los enemigos nos prenden podrás vos hacer invisible sembrando con habas los ojos de una calavera.

—Para amansar a los hombres no hay, mi hija, como tostar viva una golondrina y en polvos brindársela. Los sesos de zopilote son, asimismo, buenos para ello.

—¿Tenés jaqueca? Poné esta bolsica, con pan ácimo de la Pascua del Cordero sobre la cabeza y el dolor quitaráse en seguida.

—No vistás vestido al revés que te traerá grave

desgracia.

—Cuidá en cortar las uñas de los dedos, no en el orden en que éstos se encuentran, sino del primero al tercero, y deste al quinto y en luego segundo y cuarto y haráslas vos menudos pedazos. No juntés nunca las manos ni las pongás sobre la cabeza que todo lo contrario redunda en desgracia.

—Y son inmundos los animales que no tienen la pata hendida y que no rumian. Grave pecado habrá si comés dellos. Y los otros desangraránse primero y comeránse los cuartos delanteros, y de los traseros sólo la landrecilla.

Y la niña, sentada en el alféizar de la ventana que protegían viejos hierros vizcaínos, cosía afanosamente moños y guardainfantes, mientras la tarde iba muriendo.

EL DONCEL

A esas horas solía rondar la calle un doncel. Vestía paño negro. Se embozaba hasta los ojos con una capa de lo mismo. Tocábase con el chambergo de amplias haldas. La espada levantaba orgullosamente la capa. Ya de noche acomodaba una rodelilla de acero en su brazo siniestro.

Esquivaba el encuentro de la gente del barrio.

Se deslizaba como sombra por las calles en penumbra.

Venía de la carrera que va del Colegio de niñas, al monasterio de Regina, se pegaba a los encumbrados y amarillentos muros del convento de San Jerónimo.

Recorría unas calles más y llegaba al barrio en que habitaba la doncella.

Deambuló primero una vez. Frecuentó más tarde la calle.

Un dia, mientras la vieja cabeceaba en un rincón deslizó un billete en manos de la doncella.

Días después, el galán entraba por el postigo del corralón y a la luz de la luna empezó el idilio.

La vieja dormía y maese Rodrigo holgaba con Mencía Núñez de Vargas.

LA JUDERIA

Reunianse en la casa de maese Rodrigo los observantes de la Ley de Moisén.

Unos por el postigo, otros por la puerta principal pasaban sigilosamente a las habitaciones.

Jugaban a los naipes y hablaban en germanía.

Diego de Antúnez, de oficio mercader, figura blanca, cabeza calva, rala perilla entrecana y hablar cerrado, acudia puntualmente a la cita.

Con gentil continente golpeaba el aldabón Hernando Navarro y Acosta, cuarentón, muy blanco, grandes ojos, cejijunto, frente ancha, manos breves.

—La paz sea con vuesas mercedes —decía, y tomando asiento en torno a la mesa cortaba los naipes.

Jurando por Abraham, Isaac y Jacob y lanzando denuestos contra los frailes, iniciaba la partida Francisco Montoya y Correa, hombre áspero y bilioso, encorvado de espaldas, moreno de rostro, padre de tres hijas, mal maridadas las dos, soltera y en

trance de bien casar la tercera con un traficante de chucherías orientales, gran judío como todos ellos.

Llamábanse por sus nombres los cofrades. Maese Rodrigo se trocaba en Maese Judah, la abuela en babá Rebeca, Mencía en Sarah, el Rabino en Rabbi Salomón, Violante en Noemí...

Gil de Ribeiro, recién arribado a la Nueva España, remembraba la tierra de Portugal en dulces canciones entonadas a compás de la guitarra con una suavísima voz:

O cantar é para os tristes
Quem o pode duvidar?
Quantas veces já cantei
Con vontade de chorar!

Quem canta, seu mal espanta;
Quem chora seu mal aumenta:
Eu canto para espalhar
A paixão que me atormenta.

A ausencia tem uma filha
Que se chama saudade:
Eu sustento mae e filha
Bem contra minha vontade.

En torno a él, los ojos humedecidos en lloro, las mujeres bordaban vainicas.

El candilejo goteaba aceite sobre la mesa de pino en que jugaban los hombres.

LOS AYUNOS

La víspera de los grandes ayunos: el de la Reina Esther o el del Perdón, salía por las calles de la ciudad un negrito vestido de rojo que redoblaba un tamboril.

Los creyentes se asomaban a las ventanas y portones de sus viviendas y unos a otros se hacían señas convenidas.

Grandes triscas se armaban entonces en las casonas de los judíos. Peleaban padres con hijos, fingían enfados los esposos, reñían los hermanos entre sí. Y todo ello ocurría en horas de almuerzo o de cena, y so pretexto de la reyerta, la comida quedaba en el llar, junto al rescoldo.

El noble caballero D. Hernando Navarro y Acosta salía a la puerta de su tienda con un mondadientes entre los labios.

Los ayunos ordinarios cumplíanlos los miércoles simulando honrar a la Virgen del Carmen. Ocho días antes del ayuno de la Reina Esther o del Perdón ayunaban. Y en la noche comían tan sólo un huevo cocido, con sal y limón.

Guardaban escrupulosamente la Pascua del Cordero. Para entonces Rodrigo Tinoco, sacristán de los judíos, repartía el pan ácimo que aderezara cuidadosamente la soltera de las Montoyas.

—¡Que Dios te haga como Sarah, Rebeca, Raquel y Lía! —murmuraba la abuela posando sobre la cabeza de Violante ambas manos.

ANTEPUR

Los viernes por la noche *(antepur)* reuníanse los judíos en conciliábulo.

Previamente habían hecho las abluciones de rigor.

E iban llegando quedamente, uno a uno, muy limpios de cuerpo y de ropa.

Sobre los escabeles y encima de algunos cajones extendían las mujeres paños de terciopelo finamente galoneados.

La abuela barría personalmente la sinagoga.

Al llegar la noche las mujeres vestían una garnacha de bombasí colorado y se tocaban con un cucurucho de lo mismo y los hombres *taleth* blanco y capirote de holanda de idéntico color.

Frente a un Moisén bordado en guardameci rezaban sus oraciones.

"¡Bendito seas tú, oh Señor nuestro Dios! ¡Rey del Universo! ¡Creador del fruto de la vid que nos santifica con sus mandamientos y se deleita en nosotros! ¡Tú nos has elegido y santificado sobre todos los pueblos, y con tu amor nos has hecho heredar tu santo sabbat!"

"¡Amén!" (1).

Cenaban todos de consuno el pescado frito adornado con perejil; devoraban los panecillos de corteza trenzada espolvoreados de adormidera. Apuraban las copas de vino y mordían un pedazo de pan impregnado de sal.

---

(1) Kidush, citado por Israel Zangwill en los *Hijos del Ghetto*.

El rabbí entonaba la plegaria después de haberse purificado las manos.

Se hacían mutuas reverencias.

—Buenos sábados, Judah, deseaba Mencía besando la frente de maese Rodrigo.

—Buenos sábados te dé Dios, —respondía maese Rodrigo.

Se preparaban así dignamente a celebrar el Sabbat.

EL SCHABAT

"Sólo por la salud de un recién nacido se puede profanar el sábado con trabajos. Un sábado profanado por salvarle la vida le dará una vida para observar muchos sábados".

Esta es la doctrina mosaica y los judíos de la Nueva España la guardaban con rigor.

Quietos permanecían el sábado en sus habitaciones. Ni prestaban dinero ni lo cobraban, sino que permanecía intacto en los arcaces. Las mercancías en las tiendas.

Ni quitarse el sombrero para saludar se atrevían los hombres, y las mujeres, sentadas cabe las puertas, las manos cruzadas sobre el regazo, la mirada perdida en la inmensidad, pensaban en el Mesías que les anunciaran sus rabinos y cada una de ellas esperaba el milagro en su vientre.

Sólo despertaban del éxtasis para aderezar limpiamente la mesa, y la cubrían de un mantel de holanda exornado de encajes flamencos; sobre él un paño bordado de oro.

Encendían el candelabro de siete brazos y con el mayor recogimiento del mundo se disponían a escuchar la palabras del Rabbí, que entonaba antes la plegaria:

—"Ve, amado, al encuentro de la novia: acojamos la paz del Sábado".

EL RABBI

El Rabbí era viejo y sabio.

Su luenga barba caía en torrente sobre la túnica blanca que revestía para las ceremonias.

Sus ojos eran azules, su nariz afilada, sus manos finas, largas y transparentes, su hablar pausado y convencedor.

Y así hablaba el Rabbí a la luz de las siete velas que parpadeaban en el candelabro:

—"Dice Dios a Israel: a ti se te ha encomendado mi luz, a mí la tuya. Yo guardaré tu alma, ¿dejarás extinguir mi Ley?

—Acepta la Ley, guárdala fielmente y todos os reconocerán entonces por hijos míos.

—El alma se llama luz en la Sagrada Escritura. ¡Apáguese la luz humana ante la luz divina!"

Y cuando alguien temía la persecución, el Rabbí le decía:

—"Vale más contarse entre el número de los oprimidos que entre el de los opresores. En la numerosa familia de las aves, ninguna es más oprimida ni perseguida tan terriblemente como la paloma y la tórtola, y éstas son, precisamente, las que el Señor reputa más gratas para él en los sacrificios".

Exaltándose en la predicación, murmuraba con fuego:

—"¡Quién me diera que todo el pueblo profetizase y que el Señor concediese a todos su espíritu!

—Seréis para mí una nación santa. Estas son las palabras que digo a los hijos de Israel.

—Y mirad cuán grande es su bondad que echando una mirada sobre los hijos de los hombres para ver si había uno que tuviese juicio y buscase a Dios vió que todos se han extraviado, todos tienen la boca llena de maldición y amargura, no conocen el sendero de la paz, ni hay temor de Dios ante sus ojos, y sin embargo, el Señor será misericordioso con los que observan su Ley".

Y todos exclamaban a coro con Moisén.

—"El Eterno no ha amado más que a tus padres, y entre todos los pueblos no ha elegido más que a vosotros que sois su posteridad... El anuncia su palabra a Jacob; sus preceptos y ocultos juicios a Israel. No ha hecho otro tanto con las demás naciones, ni les ha manifestado a ellas sus juicios y preceptos. Su gloria resplandece por cielos y tierra y él es el que ha exaltado el poder de su pueblo. Himnos le cantan todos sus santos, los hijos de Israel, el pueblo peculiar suyo".

Y entonces todos, con noble exaltación mística entonaban los cánticos del Rey Profeta.

—"El Señor te pondrá siempre a la cabeza de los pueblos y no detrás dellos y estarás siempre encima y no debajo, con tal, empero, que obedezcas los mandamientos del Señor y los guardes, y los cumplas.

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder. El Señor está a tu diestra; en el día de su ira destrozó a los reyes. Ejercerá su juicio en medio de las naciones, consumará su ruina y estrellará contra el suelo las orgullosas testas de muchísimos".

Al acabar el cántico, los ojos de los judíos se encontraban humedecidos en lloro y apretaban violentamente los puños.

LA HAVDALA

Al terminar el sábado, los judíos elevaban a Dios una plegaria.

En la mesa se ve un plato con una copa de vino, un cofrecillo lleno de especias, canela o clavo de olor, y una vela trenzada.

Un cirio encendido simbolizaba la *luz*.

EL SUEÑO DE LA ABUELA

Una noche la abuela despertó dando grandes voces.

La doncella saltó del lecho toda sobrecogida de pavor.

Abría grandes ojos y sus dientes castañeteaban. La luna hacía más blanco el lino de la camisa que la cubría hasta los pies; en sus brazos ponía carne de gallina el miedo.

Gritaba la vieja abriendo desmesuradamente los ojos:

—¡Un ángel del Señor ha venido a mí! ¡Un ángel

del Señor! Y me ha dicho que entre nosotros nacerá el Mesías. ¡Bienaventurada la doncella que lo tenga en su vientre!

¡El ángel del Señor resplandecía! ¡Sus cabellos eran de oro! ¡Llevaba una espada flamígera en la diestra! ¡Vide en sueños al ángel del Señor!

¡Acércate, m'hija! ¡Mira qué gran ventura! ¡Llamá, llamá a todos los hermanos! ¡Deciles lo que he visto; contales lo que el ángel del Señor ha dicho!...

Sus ojos brillaban como ascuas. Su voz sonaba a gloria.

Y, después, la vieja entró en un sopor.

Entretanto, en el vano de la puerta aparecía maese Rodrigo tocada la testa con un gran bonete carmesí.

GRANDE ALGAZARA MOVIERON LOS JUDIOS

Grande algazara movieron los judíos al día siguiente.

Corría de casa en casa el negrito del tamboril convocándolos a reunión.

Comentábase en corrillos el sueño de la abuela.

Y todas las mujeres pretendían ser las elegidas.

Las agujas de las bordadoras de moños y guardainfantes se movieron menos que la lengua de las costureras y las vainicas no progresaron en las manos de las tejedoras.

—Gran santa es la abuela.

—El Señor la ha escogido para transmitirnos la nueva.

—Los libros han prometido la venida del Mesías hace muchos años.

—Nacerá en Nueva España. Un gran Rabino lo dijo así en las escrituras.

—Confundiremos con ello a nuestros perseguidores.

—Habrá leña en las hogueras para consumirlos. Padecerán tormentos. Fenecerá su luz.

—Cantemos al Señor nuestras alabanzas —clamaba D. Hernando Navarro y Acosta.

—Por Moisén que será nuestra la partida —decía Montoya, apretando reciamente los puños.

—¡Chitón! —advirtió Diego de Antúnez al notar la presencia de un alguacil.

Callaron las mozas apresurando su labor. Los hombres contaron aventuras sin importancia. Las viejas fingieron persignarse.

Corrieron propios a Puebla de los Angeles y a Nueva Galicia a participar el suceso.

Y en las juderías de todo el Virreinato hubo grandes muestras de alborozo.

Maese Rodrigo llamó más temprano a la puerta de Mencía Núñez de Vargas.

LA REUNION

A las siete comenzaron a llegar los cofrades. Todos muy limpios de cuerpo y de ropa saludáronse conforme al ritual y tomaron asiento en escabeles y cajones, y hubo tantos que las mujeres necesitaron acuclillarse en el suelo y algunos hombres permanecieron de pie contra la pared.

Así habló entonces la vieja judía:

—Vide al ángel del Señor que anunciaba la venida del Mesías entre nosotros. Y ha de nacer de una doncella de nuestro linaje que ha de ser circuncidada.

—¿Cómo puede ser ello, madre? —arguyó un judío joven, malicioso y despierto.

—Arrancándole un trocito de carne del hombro derecho. Si no mana sangre la herida, la doncella elegida será esa. Y tené por cierto lo que digo que para mejor proballo el ángel, puso sus dedos en mi carne y aquí tenéis cinco llagas como de marca de fuego.

La abuela levantó la manga y sobre la piel apergaminada que recubría los huesos mostró cinco llagas como hechas por hierro candente.

LA PRUEBA

—A la prueba, a la prueba, gritaron los judíos. Vengan las doncellas. Miremos quién es la elegida. A la prueba.

Y la abuela llamó a cinco doncellas, entre ellas Violante, y las hizo desnudar hasta la cintura.

Las cuatro, encendidas de rubor, se cubrieron las caras con las manos y lloraban como chiquillas.

Violante perdió la color, parecía más bien una estatua de mármol transparente. Temblaba todo su cuerpo. Sus labios exangües se agitaban convulsivamente.

Maese Rodrigo inició la prueba.

Llamó a la primera, morena, baja, regordeta y con un cuchillo arranzóle un trozo de carne, cerca del hombro.

Dió un grito la niña y un chorro de sangre brotó de la herida.

—Esta no es, esta no es —gritó la judería—. Pase Beatriz.

Y Beatriz, toda temblorosa, como cordera cercana al sacrificio, llegóse a maese Rodrigo.

—Tampoco, tampoco.

La sangre corría por los flancos de la doncella y empapaba la camisola.

La tercera se defendía.

—No, no, por caridad. Tengo miedo. Que me hacen daño.

Y se debatió en el suelo combatiendo contra dos forzudos garzones que corrieron a sujetarla.

Protestaban los varones y burlaban de ella las judías.

Y en el combate quedó completamente desnuda.

—A esa la tiene completamente poseída el demonio.

—Yo sé cómo sacárselo del cuerpo —dijo maese Rodrigo, y pidió el látigo que le servía para azuzar a la mula que le llevaba el aceite.

Tendida en el suelo, sujetas las manos y piernas por los garridos garzones, fué azotada cruelmente.

Cesaron los gritos de la doncella y maese Rodrigo arrancó el trozo de carne de un costado. Sangre negra brotó de la herida y fué a unirse a la sangre que había hecho brotar el látigo por los flancos.

Lleváronsela a un rincón y dos buenas judías procuraron reanimarla.

Como un cordero llega la cuarta, toda llorosa, las manos enteleridas, la respiración afanosa.

Leve grito al sentir la hoja del acero que penetra en la carne, un desmayo...

—Aún no, aún no aparece la elegida.

Y blanca, toda temblorosa, los ojos cerrados, los dientes mordiendo el labio inferior, los pezones muy erguidos, crispadas las manos, sudando frío todos los poros de la piel, se llega Violante.

Ni un grito, un ligero espasmo... la doncella se desploma rígida sobre las baldosas.

—¡Esta es, esta es! —ruge la judería, y todos se agolpan para atestiguar el milagro.

Ni una sola gota de sangre maculó la blancura de la piel.

Sobre el mármol, la carne roja florecía.

LA FIESTA

Reanimáronla con esencias, frotándole manos y sienes con aguardiente, diéronla a gustar buen vino añejo, la pusieron una túnica blanca bordada con hilos de plata, sentáronla a la cabecera de la mesa.

Merendaron rico pescado, pasteles de carne picada y bebieron aloja.

Pasaban los hombres a su lado y la besaban respetuosamente la mano.

Cantaron, en hacimiento de gracias, himnos al Señor.

—"¡Con eterno amor has amado tú la casa de Israel, que es tu pueblo! ¡Tú nos has enseñado una Ley, unos mandamientos, estatutos y juicios! Por tanto, ¡Oh, Señor!, al acostarnos y al levantarnos meditamos en tu Ley porque es nuestra vida. Nunca apartes tu

amor de nosotros. Bendito seas Tú, ¡oh, Señor!, que amas a tu pueblo de Israel!" (1).

Las luces del candelabro permanecieron encendidas hasta las diez.

SEMANA SANTA

Por aquellos días llegó la Semana Santa.

Celebraron los católicos sus prácticas.

El domingo de Ramos bendijeron las palmas en la Santa Iglesia Catedral.

De Santa María la Redonda partió el lunes la solemne procesión de Nuestra Señora; de San Juan de la Penitencia la de la Virgen del Socorro, el martes.

En todos los templos de la ciudad lavaron los sacerdotes los pies a doce ancianos pobres y, por fin, el viernes, la procesión del Santo Entierro partía de la iglesia de los dominicos.

Tres individuos tocaban grandes trompetas destempladas que producían hórrido son, y luego venía un carro enlutado con una gran cruz en medio, y a los pies de ella, la muerte y grandes estandartes de tafetán negro y una corte de hombres que portaban cirios encendidos para alumbrar a los que llevan los atributos de la pasión en fuentes de plata cubiertos con sendos velos de crespón: los treinta dineros, el velo del escarnio, los juncos que pusieron a Cristo en las manos; la lanza; la esponja; la túnica inconsútil; la columna; la corona; la escala; los tres clavos; la caña; la soga; el martillo; el Inri; la cruz...

---

(1) Kidush, del libro citado.

Tres reyes de armas vienen detrás vestidos de terciopelo con las insignias de la pasión bordadas en plata.

El coro de los dominicos entona el miserere.

Detrás del cuerpo de Jesús en "regias andas cubiertas de un paño de terciopelo vistoso sobre el cual se asienta la sábana" (1).

El guión de tafetán con las armas de Cristo.

Una primorosa imagen de la Virgen de la Soledad, el pecho atravesado por los siete puñales de plata, el manto bordado de oro, la aureola constelada de diamantes.

Y, al final, muchedumbre de disciplinantes, medio cuerpo desnudo, azotándose los flancos con disciplinas de cinco correas terminadas en alfileres finísimos, dan traspiés por las rúas polvorientas. Los torsos velludos estriados de sangre, la pelambre empapada en sudor; secas las fauces, los ojos extraviados en la contemplación de mirajes celestiales.

La caravana se detenía en Catedral, en San Francisco, en la Santa Veracruz.

Frailes y sacerdotes, inflamados en amor místico, predicaban a la muchedumbre arrepentimiento y penitencia. Al terminar cada oración, la caravana emprendía la marcha y los disciplinantes se maceraban las carnes con extraordinario furor.

En el convento de la Concepción, sobre una tumba vestida de blanco se depositaba el cuerpo de Cristo.

Con lágrimas en los ojos la multitud pasaba frente al catafalco y besaba la fimbria de la sábana que cubría la imagen.

---

(1) Luis González Obregón.—*México Viejo.*

Los judíos iban también mezclados en la multitud y pasaban frente a la imagen y murmuraban blasfemias entre dientes.

Las viejas hacían higas con las manos bajo las tocas venerables.

Burlábanse de las ceremonias de Semana Santa y se preparaban, en cambio, para celebrar dignamente la Pascua.

EL SEDER

En vísperas de la Pascua, hacia el décimosexto día a partir de la luna nueva de marzo, celebran los judíos la ceremonia del *Séder*. Mejor que nunca se adorna la mesa: manteles limpísimos, porcelanas y platerías, fuentes con almendras y dulces, panecillos sin levadura.

En lugar destacado, sobre una bandeja, los símbolos de la fiesta: el huevo asado, la torta de canela y nuez, el perejil, la lechuga y el rábano. Rica servilleta cubre los panecillos.

Un cordero asado ocupa el centro de la mesa en una fuente de plata ricamente adornada.

Vasos con agua salada.

Cuatro copas de vino para los comensales. Toma el Rabbí una y sumerge en ella los dedos. Sacude unas gotas sobre el suelo, mientras recuerda las diez plagas de Egipto. La quinta está reservada al Profeta.

Maese Rodrigo, Diego de Atúnez y Hernando Navarro y Acosta le imitan con las copas restantes.

Vuelve a llenar el Rabino la suya e invoca al espíritu del Profeta Elías.

Se abren las puertas y un vago temblor recorre los cuerpos de los concurrentes. El Profeta ha llegado...

Rodean la mesa los cofrades y se narran peripecias del Exodo.

Bendicen a Dios que libró del cautiverio al pueblo de Israel.

Consumen en silencio la carne del cordero.

Parte el Rabbí un panecillo y distribuye entre todos las migajas.

Están santificados para la celebración de la Pascua.

LA PASCUA

Fiesta máxima entre los judíos.

Día de penitencia y ayuno.

Desgarrábanse las carnes con cilicios y disciplinas.

Por toda colación tomaban en la noche, ensalada de perejil y lechugas amargas.

Dividíanse entre todos, las torticas de pan cenceño que repartía por Semana Santa Rodrigo Tinoco, amasado por la soltera de las Montoyas.

Descalzas, vistiendo una túnica blanca, permanecían en pie toda la noche en el aposento de la abuela, Mencía Núñez de Vargas y la doncella Violante. La vieja rezábale oraciones a una estrella que se columbraba por la ventana.

Mencía reanimaba con un pellizco a Violante cuando, vencida del sueño, cabeceaba en el rincón.

En la Pascua de este año, Violante sintió en su vientre la presencia del ser.

ABUELA Y NIETA

Un día, mientras la abuela cosía los consabidos moños y guardainfantes y Violante bordaba una vainica, díjole la vieja a la moza:

—El Señor te ha escogido a ti para manifestarse. Feliz la casa por ello. Rogá al Señor que sea bueno contigo, Noemí.

Que las bendiciones de Abraham, Isaac y Jacob te alcancen.

Que sea para bien de esta tribu perseguida; pero feliz, ya que della nacerá la luz, Noemí.

Ansí dijéronlo los Profetas y las profecías se cumplen como lo enseña nuestro Rabino.

El día de la salvación está cercano. ¡Alabemos al Señor por ello, Noemí!

Y ahora, mi hija, pasemos a otra cosa: es menester que cases con algún mozo de nuestra doctrina, que los hay grandes creyentes, y lo harás al modo judaico.

Mis días van siendo contados.

Antes de morir quisiera asistir a la boda de mi hija.

Anoche mesmo tuve un sueño espantable. Sentíme paralizada de todos mis miembros y cuatro ángeles me tomaban de las manos y me llevaban a lo alto donde había una gran luz encendida.

Yo mesma escogíte marido. Mancebo es, robusto y fuerte, fiel a nuestra doctrina. Conóceslo tú, hija mía, Ramiro Suárez se llama, mercader es, quiérenlo todos...

Un gran golpe de tos atajó a la vieja en su discurso y así como tosía vínole una gran bocanada de sangre que la ahogaba.

Abrió la abuela grandes ojos, agitóse su cuerpo en terrible convulsión y murió.

Llenóse la casa de gente. Rodrigo Vaez de Rivera permanecía silencioso en un rincón.

Mencía Núñez de Vargas ordenó el entierro.

Violante lloraba mansa y silenciosamente a la cabecera de la difunta.

EL VELORIO

Amortajaron a la vieja en una túnica de ruan hecha al modo de las albas que usan los sacerdotes en la iglesia.

Pusiéronle en la boca un escudo de oro, derramaron toda el agua que había en la casa para que su alma, convertida en pájaro, viniera a beber o a lavar en ella sus pecados, preparáronle paño de manos para que se secara y encendieron una luz en el suelo.

Toda la parentela comió el *aveluz*, huevo duro, frío y sin sal que los amigos trajeron de fuera.

Muy quedo bisbiseaban entre sí:

—¡Gran santa era la madre!

—Fiel observante de la Ley.

—Perdida para la tribu...

—Satisfacción ha su espíritu.

—¡Alabemos al Señor que la ha llamado a su seno!

—Ansí dicen los católicos.

—Al Dios de Israel me refiero, hermana.

—Su muerte la tenía presentida.

—Guardo como talismán un trocito de su manto.

—Echando suertes en los naipes conocí el cercano fin de la madre —dijo ceceando un viejo.

—Sabio sois en el conocimiento de las figuras de la baraja.

—Enseñóme el oficio mi padre, gran concurrente al compás de Sevilla. Mi abuelo fué, además, traficante de lo prohibido en la frontera de Portugal.

Entretanto el Rabbí recitaba en voz alta la oración: "Bendito sea eternamente el nombre de Dios grande, bendito, alabado, glorificado, ensalzado y loado sea su nombre".

Sólo Violante seguía llorando apaciblemente a la cabecera de la difunta.

EL ENTIERRO

En la iglesia de San Pablo fué el entierro.

Iban las judías con luengas tocas de luto y los hombres vestían paño pardo. Se alumbraban con velas de cera y hachones.

Delante iban tres sacerdotes, el del centro revestido de casulla, los de ambos lados de dalmáticas.

Los monaguillos llevaban la cruz y los ciriales.

Los padres rezaban responsos, la comitiva, entre dientes, murmuraba oraciones judaicas, fingiendo la más grande devoción católica.

Al llegar a la sepultura, el sacerdote roció con agua bendita la fosa.

Mencía Núñez de Vargas, recatadamente, echó en ella la bolsita de raso que encerraba los dientes que en vida le habían caído a la vieja.

Llegados a casa Mencía y maese Rodrigo se pasearon muchas veces por el aposento de la difunta para conjurar la mala ventura.

Después, maese Rodrigo señaló trescientos pesos para gastarlos en ayunos por el alma de la difunta.

CONCERTARON LA BODA

Mencía Núñez de Vargas llamó más tarde a maese Rodrigo y díjole que era menester acomodar cuanto antes a la hija para que ambos pudieran vivir holgadamente.

—No es pecado que vivan amancebados judíos y judías según la Ley. Pero Violante deberá desposarse conforme a los ritos para que el fruto de su vientre sea bendito y en él bendiga Dios a nuestra tribu. Búscale marido y oblígala a casar.

Maese Rodrigo pensó también en Ramiro Suárez, el más fiel de los creyentes y el más rico de los garzones que formaban la judería, y llamando a su hija le dijo así:

—Es menester que desposes con Ramiro Suárez, para que el fruto de tu vientre sea bendito y en él bendiga Dios a nuestra tribu.

Alzó la doncella los ojos poblados de espanto, e iba a pronunciar palabra, cuando la palabra se le heló en los labios al ver la mirada dura del padre, los reflejos cobrizos de la barba y la palidez pecosa de su rostro.

Sin contestar palabra fué a llorar a su alcoba.

Se acordó entonces de la Virgen que aprendiera a

amar en la Amiga, pensó quizás en su madre, y juntando las manos, elevando los ojos al cielo, murmuró una oración.

—¡Madre, Madre mía, acompáñame en el trance!... ¡Cuídame! ¡Ampárame...! ¡Por el hijo que llevo en mi ser...!

Y escuchando la voz que hablaba en su interior desfalleció como un lirio...

RAMIRO SUAREZ

Mal agestado era Ramiro Suárez: alto, enjuto, rugosa piel, torcida la vista, lacio el pelo, pelinegro, mechón caído sobre los ojos, cicatriz en la mejilla, andaba a trancos, era grande usurero. A él recurrían los cristianos en momentos de apuro. Había amasado gruesa fortuna edificando casas en la ciudad con dinero que prestaba al ciento por uno.

Los sábados, en trueque, ni un pelo de la ropa tocaba. Permanecía tendido en la cama, el mechón sobre los ojos, las manos quietas, que ni un dedo se atrevía a mover para no quebrantar el descanso del sábado.

Era el primero en llegar a la sinagoga entrada la noche, guardaba escrupulosamente los ayunos, oía reverentemente la palabra del Rabbí.

Cuando maese Rodrigo le habló de la boda, se le iluminaron los ojos a Ramiro, temblóle el mechón en la frente y respondió con un gruñido.

En seguida se hicieron los preparativos del desposorio.

LA BODA

Llegado el día se adornaron patio y habitaciones de la casa de maese Rodrigo con banderolas de papel de China; se cubrieron las paredes de la sinagoga con tapices de damasco viejo y los pisos con alfombras genovesas desteñidas por el tiempo.

Vistieron todos sus mejores galas, guardainfantes, cotillas y pañolones de variados colores y dibujos, las mujeres; tabardos, justillos y sombreros de pluma, los hombres.

Violante estrenó un hermoso traje de terciopelo carmesí, exornado de galón de oro y encajes flamencos en el cuello y las bocamangas. Ambar derramó en su cabellera de rizos.

Pálida estaba como una madona. Los ojos agrandados navegaban en mares de sombra, las manos de hielo, el pecho hinchado en suspiros.

El de Suárez había mandado cortar con el sastre del barrio un traje de terciopelo negro con vueltas de encaje blanco. Peinóse cuidadosamente el mechón y afeitóse, a la moda, la barba.

Repartió reales entre los rapaces de la vecindad, y muy tieso, el cuello estirado por la valona aplanchada, llegó a tomar de la mano a su prometida.

El Rabbí los esperaba en la sinagoga, vestido con su luenga túnica blanca, les dice:

—"Quien no ama a la mujer no tiene bien, no tiene alegría, no tiene bendición, no tiene paz".

—"Marido y mujer deben estar unidos con Dios".

—"A la mujer, más que al hombre, le está reservada larga parte de la divina promesa. La mujer di-

rige a los hombres en el estudio, exhortando al marido a la sagrada academia, espera el retorno, atiende a los cuidados domésticos; todo esto es de grandes merecimientos para la mujer" (1).

"El valor de una mujer de mérito es, para el que la encuentra, superior al de los rubíes. El corazón de su marido confía en ella... Se levanta cuando todavía es de noche, da de comer a los suyos... Maneja la rueca y el huso... Tiende la mano a los pobres... La fuerza y el honor son sus vestiduras y mira sonriente el día de mañana. Abre la boca con sabiduría y la ley de la bondad está en su lengua. Mira bien por todas las cosas de su hogar y no come el pan de la ociosidad. El favor es engañoso y la belleza es vana; la mujer que teme al Señor debe ser ensalzada".

Así hablaba el Rabbí interpretando los conceptos de la Tora; llevó a los novios bajo el *chuppah* (dosel nupcial), y en ella entra primero el novio y luego la novia, y sobre un vaso de arcilla extendió las manos y bendijo siete veces el vino que dió de beber a los desposados y los padrinos y derramó el resto por el suelo para que fuese fecunda la mujer y tomó el marido el vaso en las manos y lo estrelló violentamente contra el suelo.

—"Quien se duela de la destrucción de Jerusalem disfrutará de sus alegrías futuras" —dijo el Rabbí y extendió un poco de ceniza sobre la frente de la esposa.

Y puso un anillo en el dedo de la novia y dijo: "Sé santificada para mí por este anillo, según la Ley

(1) Kidush, del libro citado.

de Moisén y de Israel", y alzando los ojos dijo el Rabbí:

—"Bendito seas tú, Eterno, nuestro Dios, Rey del mundo, creador del hombre, que causa alegría al novio y a la novia y a Sión, por sus hijos..."

Violante, en éxtasis, permanecía fuera del mundo.

Gil de Ribeiro, tarareaba una canción.

As estrelas miudinhas
fazen o ceo bem composto:
assim sao as bexiguinhas
menina, nesse, teu rosto.

NO BIEN ACABABA EL CANTAR...

No bien acababa el cantar, cuando grande ruido se armó en el patio. Chocaron aceros... hubo maldiciones... Dos hombres traían a rastras a un tercero, vestido de paño pardo desgarrado, la pelambre sudorosa, los ojos sangrientos.

—Hémosle sorprendido cuando iba a saltar la tapia.

—Quitámosle espada y rodela que llevaba.

—Vídele en un rincón mientras era la boda.

—Nunca ha estado en nuestras ceremonias.

—¡No está, no está circuncidado! —gritaron los hombres a coro.

—¡Es cristiano, es cristiano! —dijeron las mujeres.

—Por la plaza de Regina le veo yo todas las tardes, —murmuró una vieja.

—Embozado por el convento de San Jerónimo pasa...

—¿Quién eres? ¿A qué vienes? —preguntóle maese Rodrigo.

Y el doncel, las ropas en desorden, pálida la faz, temblorosos los labios permanecía mudo.

—¿Qué haces aquí?, ¿a qué vienes?

—Vengo por lo mío.

—¿Qué es lo tuyo?

—Esa mujer —gritó señalando a Violante que estremecida de terror se cubría los ojos con las manos.

—Esa mujer es mía —silbó el de Suárez, perdida la color.

—Antes que ser tuya ha sido mía. Lleva un hijo en las entrañas.

—¡El Mesías, el Mesías! —rugieron los cofrades levantando los puños.

—Mi hijo, mi hijo... Es mi hijo.

—Mientes, ¡canalla!

Maese Rodrigo tomó un banco y azotó con él la cabeza del mancebo. Cerraron los hombres sobre el cuerpo ensangrentado del doncel. El Rabbí, temblroso, imploraba misericordia. Una mano enarboló un puñal que goteaba sangre.

Violante, blanca como la nieve, había desmayado.

En el zaguán los familiares del Santo Oficio golpeaban pausadamente el aldabón...

LOS MENDIGOS

Conversan en el porche de la iglesia de Santo Domingo un grupo de viejucos limosneros. Los hay tu-

llidos, los hay estevados, uno cubre el ojo diestro con un tafetán verde, el otro muestra una pierna terriblemente hinchada; aquel es corcovado; esta fué de buen parecer; aquella se apoya en un bordón.

Sus vestidos son pringosos, raídos los mantos de las mujeres, destrozados los chambergos de los hombres.

En torno al grupo de los mendigos se colocan los arrieros de las recuas que paran frente a la Aduana y también rapaces de mugroso aspecto, algunos completamente desnudos.

Toman el sol los desocupados en las arcadas de los portales; dormitan los aguadores en el brocal de la fuente, siempre enjuta.

Tiñe la tarde de oro el frontón de la casa del Santo Oficio y da tonalidad de terciopelo al tezontle de la fachada del Mayorazgo de los Medinas.

Llaman a rezo las campanas de la iglesia de los dominicos.

EL COJO.—Buena copia de judíos entraron ayer por el portón del Santo Oficio.

EL TUERTO.—Apresáronlos mientras celebraban sus horrendas ceremonias.

LA VIEJUCA DEL BORDON.—Profanaban las hostias consagradas que robaron de nuestros templos...

EL ESTEVADO.—Mezcláronles ponzoñas para envenenar a los sacerdotes.

LA MOZA DE NO MAL PARECER.—Encontraron los señores familiares, en un rincón de la casona, esqueletos de niños que habían crucificado.

LA VIEJUCA DEL BORDON.—Y bebieron su sangre, como hacen los nahuales.

EL COJO.—Yo, que vivo cerca, grandes gritos he oído en la noche, arrastrar espantable de cadenas, terribles alaridos y sale entonces una grande humareda, que huele a azufre, de la azotea de la casa del judío.

EL CIEGO DE LOS ROMANCES.—Oíles una tarde por la ventana, al pasar, tres maldiciones contra nosotros.

EL IDIOTA.—¿Tres...?

EL CIEGO DE LOS ROMANCES.—Las maldiciones de su religión.

EL DE LA PIERNA HINCHADA.—En la procesión del Santo Entierro mofáronse de las imágenes de Jesús y de María.

LA VIEJUCA DEL BORDON.—Enterraron un Cristo en el umbral de la casona, para que fuera pisado por todo el que entrara.

UNA MOZA QUE SE ACERCO AL CORRO.—Todos los hijos de los judíos nacen con una mano pegada a la cabeza y manchada de sangre.

EL CIEGO DE LOS ROMANCES.—Así señala Dios el deicidio que cometieron sus padres.

EL COJO.—Usureros son todos ellos.

EL TULLIDO.—Mientras ellos huelgan y medran, nosotros, los cristianos, pedimos limosna.

EL CORCOVADO.—Claro, como que el judío "dale un palmo y tomaráse ha, cuatro".

EL TULLIDO.—"El judío por medrar y el sábado a la puerta".

EL ESTEVADO.—Y vos estáis achacoso como judío en viernes.

LA MOZA QUE SE ACERCO AL CORRO.—Y me dicen que todas sus mujeres son del partido.

EL CIEGO DE LOS ROMANCES.—Claro, como que "la labor de la judía es afanar de noche y holgar de día".

Vuelven a reir los mendigos a tiempo que suenan las oraciones en los templos de la ciudad.

—¡Una limosna por el amor de Dios! —imploran las bocas al paso de un transeúnte.

Pelean la calderilla que cae en manos de la vieja.

Dicen unas cuantas palabrotas que acalla la presencia de un dominico.

Bésanle la mano, pónense de hinojos y rezan el Ave María.

Por la puerta de la "esquina chata" salen dos familiares de negro vestidos, sus sombras se prolongan indefinidamente por la rúa, sobre las baldosas que mal pavimentan la plaza.

A LA SOMBRA

Los calabozos miden dieciséis pasos de largo por diez de ancho. Son húmedos y sombríos. Puertas recias y de goznes chirriantes. Pequeñas claraboyas atravesadas por doble reja llena de telarañas. Una tarima de azulejos y sobre ella un jergón de paja, piso de ladrillo, paredes tapizadas de letreros, de dibujos, de imágenes piadosas, de maldiciones en alemán o en portugués. Suspiros y congojas de los que allí han morado.

Para llegar a los calabozos los reos deben pasar por un breve patio con su fuente en el centro y unos cuantos naranjos en redor.

Detrás de los calabozos hay un jardinito para que los presos tomen el sol, sin comunicarse nada entre sí.

Violante, muy pálida, con unos grandes ojos de mirada temblorosa, vestida de estameña gris, pasa los días sentada en el jergón.

Cada paso que suena en el corredor, el sonido del cerrojo al descorrerlo el carcelero hace estremecer su cuerpo, los aladares se le bañan en sudor frío.

En las noches las ratas corren por la tarima. Violante, hecha un ovillo, llora de angustia.

Su vientre se hincha más cada día.

MENCIA CUIDA UN ROSAL...

Mencía cuida un mustio rosal que crece en su jardinito.

Ha perdido también la color, sus ojos buscan ávidamente la luz, sus manos acarician temblorosamente los pétalos descoloridos de las rosas, palpita su pecho, se enjuta su boca cuando alguien se acerca a la puerta.

A veces quiere rezar o cantar; pero a sus labios sólo llegan las libres canciones que aprendiera en su mocedad, y maquinalmente las tararea. Frecuentemente el carcelero ha venido a interrumpir la canción con su manojo de llaves que tintinean en el llavero.

Mencía ha pasado muchas noches tratando de descubrir una estrella a través de las rejas que cierran la claraboya.

Maese Rodrigo, pelo y barba crecida, amarilla la color, se pasea frenético por el calabozo.

Arma gresca con el guardián cada vez que le lleva el pan y el jarro de agua que le sirven de alimento.

Blasfema noche y día y frecuentemente lo amordazan.

Le han atado un grillete a los pies.

Una tarde se ha herido un dedo y arrancando un pedazo de lino de la camisa, ha escrito unas cuantas frases.

Cazó pacientemente a una rata y le ató el trocito de lienzo a la cola.

El mensaje llegó dos días después a Mencía Núñez de Vargas.

La amiga de maese Rodrigo lloró esa tarde de alegría.

EL RABBI, MAS LUENGA LA BARBA...

El Rabbi, más luenga la barba, más arrugado el rostro, más temblorosas las manos, recita de memoria los salmos.

Y en la noche, cuando todo duerme en la prisión, suele elevarse clara, perceptible y armoniosa la voz de Gil de Ribeiro que recuerda las estrofas de García Resende:

Qual será o coraçäo
Tam crue e sem piedade,
Que lhe näo cause paixäo
Una tam gram crueldade,
E morte tam sem razäo?

Termina en un temblor de lágrimas que perfora la muralla y se pierde en un lucero.

EL SEÑOR FISCAL DEL SANTO OFICIO

El señor Fiscal del Santo Oficio es alto, enjuto, gruesas y pobladas cejas le coronan los ojos, perilla y mostacho le decoran los labios, afeitadas las mejillas están matizadas de azul, las manos son luengas y finas, todas veteadas, al dorso, de verde.

La mirada, dura y fría, el entrecejo fruncido, la frente surcada por una línea profunda, la cabellera entrecana; noble y austero el continente, el señor asiste muy de mañana al Tribunal.

En la sala de los retratos, bajo un baldaquino de damasco carmesí, sobre una tarima cubierta con vieja alfombra amarilla, frente a una mesa de cedro cubierta de badana, sentado en silla de nogal forrada de terciopelo, y adornada de clavos y perillas de cobre, el señor Fiscal del Santo Oficio dirige la formación de las causas.

Sobre la mesa hay un crucifijo, una salvadera y una campanita de plata.

Los dieciséis retratos de los señores inquisidores que pueblan las paredes, le miran complacidos.

Las péñolas de los secretarios rasguean monótonamente los pliegos de papel que ya forman gruesos expedientes.

Nada turba la paz del recinto.

El sol se cuela por los vidrios polvosos de los ventanales y besa los humildes ladrillos que componen el pavimento.

De vez en cuando, el señor Fiscal toma rapé de una breve caja de carey y se limpia con un enorme pañizuelo de yerbas.

EL JUICIO

Ya están los señores inquisidores sentados en sus sillas de caoba que tienen los asientos y respaldos forrados de terciopelo y adornados con guarnición y flecos de oro ponen los pies sobre cojines de badana.

El baldaquino que los cubre, de damasco encarnado, lleva bordadas en oro las armas reales y las del Tribunal.

Un gran Cristo de marfil sobre cruz de ébano abre amorosamente los brazos bajo el dosel.

El presidente del Tribunal es viejo, la melena, el bigote y la perilla de plata, los ojos muy azules, la piel transparente, tose frecuentemente y se lleva a los labios un fino pañuelo de batista adornado con encajes.

A su derecha se mueve un señor inquisidor de rostro apergaminado, ojillos pequeños que se pierden tras dos enormes quevedos de carey, nervioso en el ademán, leve cecear cuando parla.

A la izquierda el Fiscal absorbe rapé.

Los tres se acomodan en el estrado tras las barandillas de cedro torneadas, frente a una mesa apolillada cubierta con tapete de damasco de China, nuevo, con su guarnición y borlas de seda y oro.

Sobre la mesa han puesto los criados una cruz, un tintero, una salvadera, una campanilla y un recipiente colmado de obleas, todo de plata con las armas labradas, del Tribunal y la leyenda:

"Exurge Domine judica causam tuam".

Los secretarios se sientan en sillas de tijeras forradas de badana.

Un gran lienzo frontero al baldaquino, muestra el martirio de San Pedro Arbúes en un marco historiado.

En un rincón, el reloj de repetición da pausadamente las horas en su caja de ébano chapeada de metal dorado.

La campana de bronce anuncia, en la puerta, la llegada de los reos.

PASA PRIMERO MENCIA NUÑEZ DE VARGAS

Pasa primero Mencia Núñez de Vargas, muy pálida, los grandes ojos sorprendidos de la gran luz que hay en la estancia.

Vienen con ella dos alguaciles.

La hacen sentar en un banquillo de madera corriente.

Jura ante un Cristo de latón decir todo lo que sabe y con verdad.

Tiémblanle las piernas, castañetean sus dientes, la voz es temblorosa, la palidez del rostro, mayor.

No sabe por qué la han traido, no sabe quiénes la acusan, no tiene cómplices en la práctica de otra ley que no sea la promulgada por la Santa Iglesia Católica.

Concurre a misa los domingos y fiestas de guardar, asiste a los sermones, lleva siempre un gran cirio en la procesión.

Sus relaciones con maese Rodrigo estaban para santificarse en el altar cuando fueron aprehendidos.

Se festejaba en la casona de maese Rodrigo la llegada de un pariente, del Portugal. Para eso se engalanaron patios y aposentos, vistieron todos sus mejores galas, se condimentaron dulces, ensaladas y pescados.

El muerto fué un extraño que trabó pelea con alguno de los concurrentes.

—Esta es la verdad, puedo jurarlo por la santa memoria de mi madre, por Cristo que agoniza en el crucifijo que tienen ante sí sus reverencias.

—Mire la reo el peligro en que la pone su contumacia. Diga la verdad y se ahorra trabajos —repone el Fiscal con áspera voz.

—Júrole a vuesa reverencia que lo dicho es la verdad —contestó azorada Mencía Núñez de Vargas.

—Obligará al Tribunal a emplear medios extraordinarios para hacerla decir lo que sabe.

—Tengan compasión los señores de esta pobre y débil mujer que nada ha hecho para merecer el rigor con que la tratan. Juro...

—No jure en vano la acusada.

Consultan los señores inquisidores entre sí. El Fiscal dicta una petición al Secretario, el Presidente la acuerda de conformidad. Se levantan pausadamente y desaparecen los tres por la puerta baja que comunica el gran salón de audiencias con la cámara del tormento.

LA CAMARA DEL TORMENTO

El aposento es reducido y sombrío. La bóveda, de negras nervaduras, está poblada de telarañas. Muros grises, pavimento de ladrillos.

Toman asiento los señores inquisidores ante una mesa que sostiene un crucifijo y dos candelabros. Parpadean los cirios clavados en ellos.

Se acomoda el Secretario cerca del potro, y descansa los papeles en una mesa corriente de pino.

El potro es más alto de un lado que de otro, acanalado en el centro. Cuatro garrotes enroscan cordeles a sus lados.

Odres llenas de agua reposan en un rincón al lado de toscos embudos.

La luz de los cirios recorta en rojo las fases de los jueces más enérgicas y más trágicas que nunca.

Al pie del caballete el verdugo, con un gran capuchón cubierta la cara, vestido todo de negro, los brazos desnudos, brillantes los ojos a través de los agujeros del antifaz, espera silencioso entrar en funciones.

Suenan pasos en el corredor.

Chirrían los cerrojos de la puerta y lívida aparece Mencía Núñez de Vargas en el vano, sostenida por dos alguaciles cubiertos, asimismo, de capuchón.

Amonestada nuevamente a decir la verdad si no quiere verse en tanto trabajo, tornó nuevamente a jurar por sus padres, por Dios y por los santos que ya la tiene dicha y que no sabe más.

Después fué ordenado al ministro desnudarla.

Grandes exclamaciones lanzó Mencía Núñez de Vargas y trató de esquivar el contacto del verdugo.

—¡Infeliz de mí, pobre mujer, grande vergüenza me hacen pasar vuesas reverencias! ¡Tengan compasión de su sierva, que no podrá resistir el rigor con que la tratan!

Arrancan el vestido a la reo, le quitan la camisola, la ponen unos zaragüelles... Ella se debate tratando de escapar. Los verdugos la retienen fuertemente por los brazos.

Y nuevamente fué amonestada a decir verdad y nuevamente repitió lo que ya había dicho.

Tendida en el potro le fueron ligados brazos, muslos y piernas.

El ministro dió la primera vuelta a los garrotes de los brazos.

Dió un gran grito la de Vargas.

—¡Ay!, ¡ay!, que me rompen los brazos, desdichada de mí...

—Diga la verdad y se ahorrará los trabajos por que está pasando.

Fué dada una vuelta a los cordeles que ligaban los muslos.

—¡Ay!, ¡ay!, por caridad... ¡Cómo martirizan a esta mujer!

Apretaron los cordeles las espinillas. El grito de Mencía Núñez de Vargas hizo temblar al verdugo.

Le saltaron los ojos a la mujer, el pelo se le pegaga a los aladares, tenía las fauces secas.

Enrojecían brazos y piernas en torno a los cordeles.

Daba grandes alaridos cuando una nueva vuelta de cordel arreciaba el dolor.

—¡Dios mío, Dios mío!... ¡ay!, ¡ay!... ¡caridad!, ¡caridad!

Crujieron huesos de brazos y piernas cuando los ministros dieron vuelta total a los garrotes.

Grito desgarrado se escapó del pecho de la víctima. Sus pupilas giraron locamente, apretó las manos y las uñas sangraron las palmas.

Mencía Núñez de Vargas no pudo más. Declaró que iba a confesarlo todo.

—Es verdad, es verdad cuanto saben vuesas reverencias... He practicado la Ley de Moisén... He sido concubina de maese Rodrigo Núñez de Vargas... Sé todos los secretos de la religión judía... Induje a ese hombre a ir a casa de maese Rodrigo para que allí lo asesinaran mis cómplices... Amortajé a la vieja en su sudario de ruán y le eché los dientes en la sepultura... Sé de palabras que traen desdicha a los cristianos... Fabrico amuletos para salvar a los de mi Ley...

—¿No sabe más la acusada?

—No.

—Dé el ministro nuevamente vueltas a los garrotes.

—No, ¡por caridad!... Sé todo lo que quieran sus reverencias... Violante iba a casarse... El Rabbí bendijo el vino, echó ceniza sobre su frente... Maese Rodrigo iba vestido de nuevo... Estrené esa tarde un guardainfante de damasco florido... ¡Por caridad, rompan estas ligaduras que quiebran mis miembros!

Fué levantada del potro. Ardía su frente, sudor viscoso empapaba su cuerpo, manchas violáceas rodeaban sus ojos, tiritaba de frío y de terror. Círculos amoratados con puntos sanguinolentos cebreaban brazos y piernas, donde el cordel había mordido la carne, la madera del potro la tenía dibujada en la espalda.

Trasegó afanosamente el vaso de agua que le ofreciera el verdugo.

Llamado el cirujano certificó que no había lesión alguna que pusiera en peligro los miembros de la acusada.

Mencía se cubrió como pudo el vestido de estameña que le había sido quitado, y sostenida por dos carceleros fué llevada a su calabozo.

El Secretario, en forma curial, dió fe de la diligencia.

MAESE RODRIGO VENCE EL TORMENTO

Maese Rodrigo fué llevado también ante los jueces, desnudado presto y tendido en el potro.

Le fueron dadas hasta cinco vueltas de cordel sin que escapara queja alguna de sus labios.

Los dientes apretados, la mirada fulminante, las manos crispadas, sufría estoicamente el tormento.

Sólo la palidez del rostro, el frío sudor que empapaba su cuerpo, las terribles contracciones de sus miembros, el jadear del pecho, dejaban adivinar su dolor.

A las preguntas de los inquisidores respondía sólo con un gruñido.

Se ordenó ponerle la toca y verter en el embudo un cuartillo del agua que colmaba las odres.

Para ello fué menester, con una palanca, abrirle la boca que la tenía obstinadamente cerrada.

Lastimáronle los labios y rompiéronle dos dientes y empezó a caer, por las comisuras de los labios, un

fino hilillo de sangre que se perdía en la pelambre cobriza de la barba.

Y otro cuartillo más fué vertido en el embudo.

Sofocábase con la toca de lino que le llegaba a la garganta produciéndole un ansia indescriptible: se hinchaba el vientre a medida que el agua penetraba en la boca; su cuerpo todo se contraía en violentos espasmos; la cara de maese Rodrigo presentaba tonalidades púrpura.

No embargante quedó inconfeso.

Visto lo cual por los señores inquisidores, mandaron cesar el tormento, no teniéndolo por suficientemente atormentado y con protesta de "volverlo a hacer cuando convenga".

—Pueden hacerlo en buena hora —dijo altaneramente maese Rodrigo, sonriendo.

La sonrisa era una trágica mueca en los labios hendidos del acusado.

EL NACIMIENTO DEL MESIAS

Abre el carcelero el calabozo de Violante.

Notifica un familiar a la niña que debe comparecer en juicio esa misma mañana.

Desfallece la moza y han menester sostenerla. Tiembla toda ella como violentamente acometida de fiebre. Sus ojos se agrandan, frío sudor empapa su cuerpo.

Casi en vilo la llevan a la audiencia. La sientan en el banquillo.

La interrogan los jueces.

Violante suelta a llorar.

Los jueces se miran perplejos.

El Inquisidor más viejo se lleva furtivamente el pañuelo de batista a los ojos, el Fiscal absorbe precipitadamente rapé.

Convienen en que es indispensable, cuanto antes, finiquitar el proceso.

Vuelven a desaparecer por la puertecilla baja que comunica con la cámara del tormento.

Llevada a ella Violante se ha puesto más pálida. Enrojece sólo cuando los verdugos le arrancan la túnica de estameña que viste, para dejarla desnuda.

La tienden en el potro.

Antes de ligarla sucede una cosa inaudita.

Violante ha perdido por completo la color y empieza a dar muy grandes gritos.

Los jueces hacen llamar inmediatamente al cirujano.

Los alaridos de Violante son cada vez más cercanos.

El vientre de la acusada se contrae en frecuentes espasmos, toda ella se retuerce de dolor.

Llega el cirujano a tiempo de recibir en sus brazos a una criatura que comienza a llorar locamente.

EL MESIAS

Sobre un lienzo limpio, a la luz vacilante de los cirios que ponen pinceladas rojizas en el cuadro, tienden al infante, que no ha cesado de llorar.

El cirujano lo ha lavado convenientemente.

Desmayada llevan a Violante a su celda.

El pequeño es rubio, sonrosado, los ojos muy azules. Tiene gran parecido con la madre.

Los señores inquisidores consultan entre sí qué deben hacer con la criatura.

El señor Fiscal propone se encomiende el cuidado del niño a una mujer de gran experiencia, madre de prole numerosa y cristiana vieja que lo cuidará con esmero. Lo educará, además, en los principios de la santa fe católica.

—Gran peligro hay en la educación de un niño judío, que será siempre enemigo de cristianos, ya lo dice el sabio exégeta de estas cosas: "para judaizar no importa que sólo sea el padre o la madre judíos y destos aun no enteros, basta sólo la mitad y ni aun tanto. basta un cuarto y un octavo".

—Dice bien vuesa merced —repuso el señor Inquisidor de quevedos de carey— "que la Santa Inquisición ha descubierto en nuestros tiempos, que hasta distante en veinte grados se ha conocido judaizar".

—Conformándome al parecer con vuesas mercedes y a reserva de consultar con el Ordinario, hágase lo propuesto por el señor Fiscal —dijo el presidente, en el mismo tono con que dictaba los autos al Secretario.

Un familiar envuelve al pequeño en una manta de colores y tomándolo en brazos sale a poco por una de las puertas cocheras que daban a espaldas del Tribunal y se pierde por la calleja tortuosa que limita al norte el vasto convento de Santo Domingo.

LA NUEVA ENTRE LOS JUDIOS

Pronto supieron los judíos el grande acontecimiento.

Se lo comunicaron de un calabozo a otro por medio de golpecitos en la pared, viejas señales convenidas de antemano.

Menguaron los dolores que postraban a Mencía Núñez de Vargas y tuvo alientos para sentarse en el jergón y entonar, a media voz, una de las canciones que sabía.

El Rabbí daba gracias a Jehová, mientras dos gruesas lágrimas le surcaban el rostro poblado de arrugas y se perdían en las barbas blancas, cada vez más crecidas.

En hacimiento de gracias nadie probó ese día la borona que el carcelero introducía para alimento de los reos.

Violante, enloquecida por la fiebre, lloraba y reía al mismo tiempo, pidiendo a gritos al niño que había parido.

CONVITES

Ya han acordado los señores inquisidores el día en que deberá celebrarse el próximo gran auto de fe y cuándo, asimismo, se ha de pregonar.

Así se hace saber a los Oidores y Alcaldes de la Real Audiencia que sirven de consultores al Tribunal.

Sale el Fiscal del Santo Oficio a invitar al Excelentísimo Señor Virrey de la Nueva España, suplicándole muy cumplidamente honre con su presencia la ceremonia.

A convidar al Cabildo Eclesiástico va el Alguacil Mayor y al Secular el Secretario. Ambos Cabildos

acompañarán el estandarte de la Fe. El Secular irá sin insignias ni maceros.

Para ello visten los embajadores sus mejores galas y los convidados los reciben con las muestras de la más grande y puntillosa cortesía.

EL PREGON

Va por las calles de la ciudad un lucido cortejo.

Lo encabeza uno de los Secretarios del Tribunal, caballero en una hermosa jaca tordilla, seguido de familiares y ministros por su orden y muchos caballeros de la ciudad invitados a ello.

Al son de trompetas y atabales, el Secretario convoca al pueblo al gran auto público de la Fe que se celebrará bien presto frente a la iglesia de Porta Coeli.

Da el primer pregón a la puerta del Tribunal, después frente a Palacio, Casas de Cabildo y plazas públicas de la ciudad.

Sigue a la comitiva una abigarrada muchedumbre de mujeres y hombres astrosos y chiquillos semidesnudos.

Los transeúntes se detienen en las esquinas para comentar favorablemente el celo de la Santa Inquisición.

LOS TABLADOS

Comienzan los carpinteros a levantar los tablados, golpean monótonamente los martillos, chirrian las sierras. Van y vienen oficiales con clavos y cordeles.

Levantan un tablado para los penitentes, con dos medias naranjas para los relapsos.

Otro amplio y capaz para el Tribunal y alto en seis o siete gradas una plataforma para el Virrey, Real Audiencia y familiares de la Inquisición.

A entrambos lados se dispone la tarima para los Cabildos y el Claustro de la Real y Pontificia Universidad de México.

Corre un pasadizo defendido por barandas de nogal, del tablado destinado a las autoridades, al de los reos y en el centro de él colocan una peana de dos gradas para que los acusados escuchen su sentencia y sean vistos por el concurso.

Cúbrese la tribuna oficial de ricas alfombras y a su espalda se cuelgan vistosos doseles. Los sitiales que hay en ella son todos de nogal, sin cojín ni adorno ninguno. Sólo al Virrey, en muestra de acatamiento, se le destinan dos cojines de terciopelo negro, uno para el asiento y otro para que descanse los pies.

Muchedumbre de curiosos rodea la fábrica de madera e importuna con su charla a los carpinteros.

Suele aparecer el Receptor del Santo Oficio para inspeccionar la obra.

Los curiosos guardan, entonces, silencio.

LA VISPERA DEL AUTO

Son las nueve de la noche.

Los señores Inquisidores están en audiencia.

Hay gran copia de religiosos sentados en la sala del tribunal.

Presente el Fiscal, el Alguacil Mayor y el Secretario, se procede a tomar juramento a los confesores de los acusados, que son los religiosos allí presentes.

Por los corredores en tinieblas pasa extraña procesión.

Cada confesor va acompañado de un familiar que lleva una linterna encendida, en la mano. Sombras chinescas danzas en los muros. Repite sordamente el eco las pisadas.

Llega la caravana al patio de los naranjos.

Chirrian los cerrojos de cada celda.

Penetran en ellas frailes y alguaciles.

Atan las manos de los reos y ponen en ellas una cruz verde.

Sale el acompañamiento dejando solos al acusado y al confesor.

Bisbiseo de oraciones, sollozos, gritos inarticulados...

A la puerta del calabozo vela la negra silueta de un familiar.

AMANECER

"Dos horas antes del amanecer, mete el alcaide lumbre a cada cárcel y hace que los presos se levanten y vistan" (1).

Desayunan pan untado de miel y beben un vaso de vino.

Llamados al patio secreto de las cárceles Alguacil

---

(1) Luis González Obregón. Op. cit.

y Secretario van llamando a los presos para ponerles las insignias que les están destinadas.

La *zamarra* de tela amarilla con diablos pintados a los que han de ser entregados al brazo seglar. Un muñeco ardiendo entre llamas, representa, en la tela, al condenado.

El sambenito, de llamas invertidas, a los que han mostrado arrepentimiento.

Cada uno viste su insignia. Maese Rodrigo se burla de su zamarra. Mencía Núñez de Vargas mira con azoro los preparativos del auto. Será entregada al brazo seglar; tendrásele misericordia. Antes de arder, será estrangulada.

Violante ha vivido en unos cuantos días muy largos años. Su cuerpo se ha enjutado hasta quedar sólo en esqueleto. Sus ojos conservan la llama interior que ilumina todo lo que miran. Blanquea el cabello que cubre las sienes.

Viste maquinalmente el sambenito que le ofrece el alcaide, se toca con la coroza amarilla adornada de llamas, sostiene temblorosamente la vela verde encendida que ponen en sus manos. Mira con terror el grupo de condenados que ya inicia la marcha: brujas de piel apergaminada, ojillos rapaces, narices de buitre; negros y mulatas de piel lustrosa y lanudos cabellos; frailes apóstatas, bígamos, hechiceros.

El suave rosicler que colora los naranjos da siniestros matices a las figuras de los condenados.

Unos por frío, otros por miedo, se echan a temblar. Rechinan los dientes, chocan las rodillas.

Las campanas de las iglesias llaman a los fieles a misa.

LA PROCESION

Se inicia la procesión.

Muchedumbre compacta espera la salida de los reos agrupándose en alas a entrambos lados del portón del Santo Oficio.

Cada reo lleva junto a sí un familiar y van en orden a la gravedad de los delitos porque son acusados.

Lívido es el rostro de cada uno de ellos, lívida la llama que cintila en el pabilo del cirio verde.

Tras la procesión de reos vienen las estatuas y los restos de los difuntos.

Han exhumado los de la abuela y a los lomos de un mulo amarran el ataúd.

A caballo viene el Alguacil Mayor con familiares de vara.

Llegan al tablado y cada reo toma asiento en el banco que le destinan.

Esperan los procesados ansiosamente la llegada del Tribunal.

LA PLAZA

La plaza está poblada de gente.

Los balcones que dan a ella han sido engalanados con cortinajes de damasco recamados de oro.

Concurren al juicio los transeúntes, como si fueran a fiesta.

Hombres y mujeres de toda categoría se han dado cita en la plaza.

Se conversa, se ríe, se murmura.

Los vendedores de fruta pregonan su mercancía y bien presto cáscaras y desperdicios cubren la rúa.

Vendedores de aloja llevan sus cántaros colgados al cuello y la brindan en vasos de hojalata al que la pide.

Tufillo maloliente se esparce por los ámbitos de la plaza.

El alguacil interviene para poner en paz a dos que han ido a las manos.

Grave silencio se hace cuando llega el cortejo que encabeza el Virrey.

EL CORTEJO

Viene primero el Virrey, y a su derecha mano el inquisidor más antiguo, y el menos antiguo a la siniestra.

"Los señores Oidores de dos en dos, por su orden; los alcaldes de Casa y Corte y el Fiscal, luego el de la Santa Inquisición con el estandarte de la fe, con dos caballeros de hábito a los lados que llevan las borlas; luego, el juez de bienes confiscados, consultores y calificadores; comisarios y ministros de la Inquisición de dos en dos; el alguacil mayor de la cancillería con sus tenientes delante y con ellos el capitán de guardia; el Cabildo eclesiástico a la derecha, en ringlera, y a la izquierda el secular, y la Universidad y las Escuelas y al último, caballeros y particulares,

ciudadanos y gente honrada que acude al acompañamiento" (1).

Toman asiento en los tablados, según sus categorías. El Fiscal con el estandarte de la fe en lugar señalado, teniendo a su vera a los caballeros que llevaron las borlas. Quedan los alguaciles a las órdenes del Fiscal.

Ocupan los que han de leer las sentencias sus bancos. El Secretario se sienta ante un bufete cubierto con una magnífica sobremesa, y tiene delante el rimero de sentencias que van a leer los relatores.

En bancos sin adorno se acomodan los abogados del Santo Oficio; Receptor; Contadores y oficiales; Secretarios de Gobernación; Audiencia; Ministros, criados del Rey y Secretarios del Virrey; religiosos y personas principales.

Sube a la tribuna un predicador. Se hace un grave silencio en la plaza. Doblan la rodilla los fieles y, con voz monótona, da principio el sermón.

LAS CAUSAS

Terminado el sermón, inician los relatores las lecturas de las causas. Monótonamente van desgranando un rosario de datos, nombres, fechas...

Pasa el reo a la peana que han levantado en medio del pasadizo que comunica ambos tablados.

Maese Rodrigo lleva mordaza.

Mencía Núñez de Vargas, pasea la mirada retado-

(1) Genaro García. *Documentos para la Historia de México.* Tomos V y XXVIII.

ra por la muchedumbre. Bajo la tela tosca del sambenito se yerguen orgullosamente sus pechos.

Agobiada por una extraordinaria pesadumbre, Violante no aparta los ojos del suelo.

Fulguran las barbas del Rabbí heridas por un rayo de sol.

Navarro y Acosta miran con desdén a la gente que se agolpa en las ventanas y azoteas de las casas vecinas.

Entretanto el señor Virrey bosteza furtivamente disimulando el bostezo con el pañuelo de batista que aprieta en sus manos. Un Secretario del Rey cabecea en su banco. Rompe a llorar una criatura en la plaza...

EL QUEMADERO

Va la comitiva de los relajados rumbo al quemadero.

Caballeros en mulos de piel lustrosa y cansino andar oyen la voz del pregón que a compás de atabales y clarines va diciendo:

"Esta es la justicia que manda hacer el Santo Tribunal de la Inquisición con estos hombres y mujeres por judíos, hechiceros, blasfemos. Quien tal hace, que tal pague".

Cae la tarde tiñendo de violeta las polvosas calles de la ciudad.

Marcha lentamente la procesión.

Se levantan postes rodeados de leña en el espacio comprendido entre el porche del convento de San Diego y la Alameda.

Atan a cada judaizante a los postes, las manos atrás.

Dan garrote a Mencía Núñez de Vargas. La lengua de fuera, los ojos saltados, la cabeza sobre el hombro, las manos crispadas...

Ya entrada la noche los verdugos ponen fuego a la leña.

Crepitan los maderos poblando de chispas la escena.

—"Echen más leña, que mi dinero me cuesta" —grita a semejanza de su amigo Treviño y Sobremonte, maese Rodrigo.

Espesa humareda rodea los cuerpos de los judíos. Gritos apagados, ruidos confusos, olor a grasa quemada...

Un golpe violento de aire aparta el humo que rodea las piras.

El cuerpo de Mencía Núñez de Vargas semeja escultura de ébano. Cuelga el sambenito de la cabeza de maese Rodrigo en cómico gesto.

LAS PENITENCIAS

Tres días después salen los reos a cumplir sus penitencias. Los condenados a vergüenza pública y azotes, caballeros en asnos de torpe caminar, con medio cuerpo desnudo, reciben en la espalda los latigazos que el verdugo menudea a su lado.

Torsos velludos de hombres que contraen sus músculos a cada mordida de las correas; torsos amarillentos y flacos de mujer que muestran en la espalda

rayas lívidas que se truecan en escarlatas y azules, por delante los pechos fláccidos caen en ambos lados del pescuezo del animal; torsos robustos y bien hechos de mujer, con senos duros y orgullosos, que sangran, por las flancos, finos hilillos bermejos sobre las ancas del paciente asno que, penosamente, se abre paso entre la multitud.

Los rapaces del arroyo lanzan piedras al paso de los penitenciados. Los hombres aprietan los puños y las mujeres escupen maldiciones:

—¡Perros judíos! ¡Perros judíos!

Vencen los alaridos de los supliciados, particularmente los penetrantes de las mujeres al ulular de las muchedumbres que presencian la marcha, cada vez que el látigo señala un surco en las carnes tumefactas. Y el látigo muerde cincuenta, cien, doscientas veces implacablemente.

FINIS

Crepúsculo de agosto.

Carretera polvosa que serpentea entre magueyeras. Jacales de trecho en trecho.

Sobre el vial extraña caravana. Hombres y mujeres caballeros en mulos de cansino andar. Espaldas y pechos llevan cubiertos de tela amarilla aspada de rojo. Sobre la cabeza corozas con diablos y llamas pintados.

Varios alguaciles detrás, algo achispados, arrean con sus varas al cortejo doliente.

Marchan los hombres a remar a galeras.

Van las mujeres a los conventos de España para servir a las monjas.

Descalzos los pies, perdida la mirada en el horizonte que incendia el tramonto, gris el cabello, surcada de arrugas la faz, va Violante en su mulo oyendo a Gil de Ribeiro contarle viejas historias del Portugal. Va cayendo la noche.

Rubrica una estrella línea de oro en el firmamento.

Cae una lágrima por las mejillas de Violante Vaez de Rivera.

Los alguaciles guardan silencio.

FIN

México, febrero de 1924.

EPILOGO

El libro MOISEN *es, en mi concepto, uno de los pocos acontecimientos del año.*

Ver cerrarse y abrirse las Cámaras, reñir entre sí los politicastros, pronunciarse y despronunciarse los matones no evoca una sola idea, no produce una sola sensación que no sea pasajera e inestable. Todas estas cosas están demasiado cercanas, son demasiado toscas, su mole nos irrita y nos desconcierta. Es como si viéramos con telescopio la casa, situada frente a la nuestra: descubriríamos menos que con la vista normal. De aquí a doscientos o trescientos años estas inundaciones, estas escaseces, estas pestes, estos tratados, estas guerras y estas paces quizás inspiren alguna obra artística. Por ahora merecen sólo ser compiladas por los cronistas y observadas por los noticieros.

Y es que MOISEN *es una obra artística y a la par una obra histórica. El estilo es mordente, la frase incisiva, la descripción breve; pero cómo dan idea del tiempo y de lo que se pensaba en él.*

El principal servicio, observa Taine, que las obras literarias prestan a la historia, es ponerla enfrente de "sentimientos extinguidos". No hay documento, sobre todo en los pueblos incultos y distantes, que logre hacer visibles esos sentimientos. Los archivos, las leyes y las constituciones muestran las piezas de la máquina social y no los resortes de la acción moral. Sólo se mira el espacio en que obran los hombres, no el alma que los mueve...

Una sociedad dentro de la sociedad colonial; vida, pasión, fanatismo, tranquilidad ante el tormento, amor, celos, sangre y muerte —resortes que siempre han conmovido a los humanos—, forman el fondo de este libro.

Fácil le es al autor no detenerse en la descripción meticulosa, ni recaer en la tautología sentimental, casi prescindir de los diálogos porque como Caso ha dicho bien, este es un drama novelístico o una novela dramática.

Y de drama tiene la acción rápida, el desarrollo vigoroso, el lenguaje preciso, la entonación briosa; de novela, el arte de sacar del documento frío y sin alma la parte oculta que chorrea humanidad.

Habrá quien sepa más que Jiménez Rueda de expedientes inquisitoriales, de historias de judaizantes, de venerables libros ratonados, de corozas y de sambenitos. Don Toribio Medina, el Padre Pichardo, David Ferguson, el doctor Charles Lea estarán o estuvieron, sin género de duda, más al cabo en estas cosas que el joven autor de "Moisén"; ninguno de ellos penetró con tanto amor y con tanta inteligencia en el alma de los perseguidos y azorados hebreos.

Como el conceptuoso Melo, Jiménez Rueda podría haber dicho: "Procuro no faltar a los sujetos cuando hablo por ellos, ni a la semejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos pocos han sido más cuidadosos... He deseado mostrar los ánimos, no los vestidos de seda, lana o pieles". Y eso que es nimio por extremo en los accesorios, en el escenario y en la vida exterior; pero esa vida exterior va encaminada a mostrarnos más claramente la que está dentro.

Tienen los personajes de Jiménez Rueda algo de goyesco, de resquebrajado, de cómico y de trágico. Las figuras de la abuela y de Rodrigo Vaez de Rivera parecen esos horribles carcamales de las aguasfuertes del enorme artista.

"Maese Rodrigo es alto, renquea un poco al caminar; la barba y el cabello son pelirrojos y las mejillas están cubiertas de pecas. Viste sin aliño tabardo, coleto y gregüescos de paño pardo. Manos y pies tiénelos grandes. Su gesto es duro"... "Era la abuela viejuca, cenceña y amojamada, de ralos cabellos blancos, ojillos rapaces y legañosos, largas manos engarrotadas por el reuma. Caminaba a saltos breves como de pajarillo que brincara en el césped. Se apoya en un bastón nudoso y retorcido. Ceceaba al hablar por falta de dientes".

¿En qué juderia española, en qué Gheto de Amsterdam o de Cracovia sorprendió este mozo esas figuras que recuerdan la ordenanza de Felipe III, que ejecutó "el gran don Bernardino de Velasco", las persecuciones y los pogroms? Así debe de haber sido Shyllock, así Ricote, así aquella misera vieja que Rem-

brandt retrató con dos rasgos de su divino pincel y que parece espiar desde su rincón del Mauritzius.

Y se pregunta asombrado el observador: ¿por qué se perdieron para la humanidad esos filósofos, astrónomos, médicos, químicos, poetas, geógrafos y viajeros y se conserva apenas esa raza que tiene en el alma la duplicidad de los perseguidos, en el corazón la tristeza de los desterrados, en la mirada el espanto de los que sólo han visto horrores y tristezas? .....

En este nuestro medio raquítico en que todas las actividades se pierden o se transforman en cosa vitanda, hay que saludar con afecto y alentar con tesón a este trabajador del estilo bello, que siente también la vida pasada.

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

Si se interesare alguien por la parte histórica del relato, puede consultar los siguientes libros:

Julio Domingo Bazán.—*Los Hebreos*. Madrid, 1916.

Israel Zangwill.—*Los hijos de Ghetto*. Madrid. 1921.

Genaro García.—*Documentos para la Historia de México. Autos de Fe de la Inquisición de México con extractos de sus causas. 1646-1648*. México, 1910.

Genaro García.—*Documentos para la Historia de México. La Inquisición de México*. México, 1906.

Publicaciones del Archivo General de la Nación.—*La vida colonial. Memoria de las alhajas y muebles que pertenecen al Tribunal del Santo Oficio, etc.* México, 1923.

Luis González Obregón.—*México Viejo*.

Edmond Fleg.—*Anthologie Juive du moyen age a nos jours*. Paris, MCMXXIII.

Erna Schlesinger.—*Tradiciones y costumbres judías*. Buenos Aires, 1942.

Iser Guinzburg.—*El Talmud*, en Biblioteca de temas judíos. Buenos Aires, 1943.

J. Jiménez Rueda.—*Herejías y supersticiones en la Nueva España*. México, 1946.

Una visita al Archivo General de la Nación, en la sección correspondiente, es interesante.

CUENTOS

EL SUEÑO DE MARTIN ESPELUNCA

Martín Espelunca divertía sus murrias de cesante y solterón empedernido, sentado en una banca del Zócalo, frontera a la Catedral. Pasaba ahí las horas muertas oyendo cómo las campanas del reloj desgranaban sus notas lentas y acompasadas. Si en verano, disfrutaba del frescor a la sombra de los árboles; si en invierno, pedía al sol un rayo que confortara sus miembros enteleridos. No faltaba ni en las tardes lluviosas y grises del estío: si el chaparrón se descolgaba, corría a asubiarse bajo los portales de Mercaderes o de la Diputación y así que la lluvia escampaba, volvía él al sesteo interrumpido sobre la consabida banca. Como atalaya de la vida contemporánea, veía pasar ante sí toda clase de tipos y miserias, sin dársele un ardite su observación. Su existencia otoñal amaba singularmente las clásicas puestas de sol de nuestro cielo y se conmovía en lo hondo ante los mágicos contrastes que la luz vespertina producía sobre las piedras grises de las torres, estofándolas de oro, con tonalidades gallardas de pincel de Zuloaga.

Esas piedras de la Catedral, tenían para él singular encanto. En horas de desdicha y descorazonamiento, maestras habían sido de serena filosofía para su alma: inmóviles y seculares prestaban una miaja de su inmutabilidad al espíritu adolorido de Martín Espelunca. A la vera de sus sillares, habíase educado como monaguillo; en los esconces de las torres jugó antaño a las escondidillas con los rapaces de su edad, y en los días de fiesta mayor había hecho girar los esquilones sobre los mechinales. Martín añoraba, a las veces, aquellos días de felicidad; placíale recordarlos una y otra vez, porque su recuerdo venía aparejado de una tranquilidad sedante, de un dulce prestigio, de una miel incomparable deleitosa. Ahí se levantaban las piedras amontonadas por la fe de los siglos, la fábrica orgullosa, erigida por la piedad y la energía de los hombres de antaño. Las tempestades del cielo resbalaban por sus caras, pulidas con esmero, así las de la vida se deslizaban sobre el alma de Martín, y si las unas eran patinadas por el tiempo, las fibras del corazón de Espelunca adquirían reciedumbre en las desazones. Maestros en la vida suya fueron los Padres de la Iglesia que coronaban las torres; amaba con singular empeño las estatuas de las Virtudes en que remataba el reloj. La fe ingenua que alimentara de niño, le había sido arrancada de mozo; y, sin embargo, aquella figura simbólica de la fe, era a veces, para Martín Espelunca, motivo de hondos pensares y profundos sentires. Aquellas tres figuras hieráticas lo fascinaban, los reflejos de oro de la cruz se le entraban por los ojos para herirle en las entretelas del corazón; náufrago de la vida, viniéronle antojos de asirse, en los momentos de zozobra, del ancla de la Esperanza,

y cuando la pena apretaba recio, haciendo sangrar la carne, quería cobijarse como niño menesteroso en los pliegues de la Caridad. ¡Qué raudales de consuelo descendían del grupo mezclados con la armonía misteriosa de las campanas! Aquel voltejear de los días de fiesta, aquella catarata de notas argentinas que se desbordaba desde lo alto, eran para Martín Espelunca voces de un mundo inefable, descendidas del infinito para calmar las angustias y mitigar los dolores. Las voces de las campanas llamaban a las puertas del espíritu con más eficacia que las notas de la charanga que en el kiosco entonaba aires del terruño. Eran para él voces de los siglos que pregonaban la tradición, gritos del mañana que anunciaba nueva vida con sus sonidos alegres y tempraneros.

En los atardeceres, el *angelus* colmaba de frescura indecible la frente de Martín, y sus ojos contemplaban la estrella de la tarde...

Punzaba la soledad en su corazón, su existencia solitaria era arrastrada triste y melancólicamente; a veces resignado con lo señero que había quedado en el mundo desde pequeño, se pronunciaba en otras contra el Destino, en rebeldías calladas e íntimas que acibaraban su vivir. Pobre y abandonado llegaba el crepúsculo sin poseer techo en que abrigarse en la noche de la vida. Su juventud había sido turbulenta, derrochó en ella los tesoros de su corazón y de su inteligencia, derramó pétalos de rosa en todos los altares, y ahora sólo las espinas le quedaban para punzarle en su carne cenceña y amojamada. Existencia inútil pensaba, inútil para él y para los demás, había vivido sin pena ni gloria, olvidando las enseñanzas de la madre,

las ternuras del padre. Estrella que había brillado por un momento en el cielo del placer y de la holganza, culminando en el cenit de la frivolidad, descendía ahora en un ocaso frío, ayuno de consuelos, pleno de negruras. Martín Espelunca al pensar en ello sentía una ráfaga helada que azotaba lo más íntimo de su ser. Poblábanse los aladares de canas, emblanquecíanse los pabilos del bigote y las recias hebras de la barba, y aquella nieve estremeciale el corazón. Varias veces sintió hambre, mal cubrían sus necesidades las dádivas de los amigos; y los triques y chucherías de quincalla que mal vendía en el Volador apenas si estiraban a completar el mal refrigerio que le servían en el cafetín de Manrique y a pagar el triste alquiler del zaquizamí en que dormía. Lágrimas como puños caían de sus ojos miopes y debilitados, se prendían en la barba y sobre su blanco vellón parecían rocío de nieve derretida por el naciente.

El más allá le azoraba. A medida que las ruineras y alifafes fueron apoderándose de su cuerpo, un temor, un miedo, una debilidad señoreó su alma. Veía con desaliento cómo las venas se abultaban sobre la piel formando nervaduras verdosas; la punzadura del reuma se clavó en su corazón. La vida se escapa, pensó Martín Espelunca, y comenzó a temblar batiéndose en retirada antes de tiempo. La interrogación se abría, el gran misterio trataba de ser inquirido por aquella inteligencia debilitada y exhausta. Caía sobre el pecho muchas veces la noble cabeza, abrumada con estos pensares, ahí, en aquella banca del Zócalo donde Martín distraía sus murrias de solterón y cesante empedernido. Arrepentíase de haber vivido como hasta

baluartes de una generación demolidos por la impaciencia de la que nace. Precedieron a los árboles del Zócalo en su abatimiento. Sólo Martín Espelunca permanecía firme en su puesto; cada camarada que partía, era una espina más que se clavaba en su corazón, entretejiendo una corona de martirio para su vida solitaria. Abrían ellos el camino que sería recorrido por él y a Martín le faltaban fuerzas ya para arrastrar su miseria. Al marcharse el último, al extinguirse, como una vela en el tenebrario, Martín cayó anonadado sobre la banca de hierro, las campanas de las torres sonaban argentinas; a Martín parecióle que doblaban a muerto, el sol caía a plomo, la obscuridad reinaba en el espíritu de Martín, al levantarse sus ojos se clavaron en el grupo de las Virtudes, mirada larga y penetrante impetrando misericordia. El frugal almuerzo en el cafetín de Manrique parecióle más salado, más duro el camastro en que descansó su cuerpo, y allá en el fondo del alma brotó un Padrenuestro por el alma del camarada.

No, él no tenía arrestos para disputar a la muerte, palmo a palmo, la posesión de su cuerpo. La veía venir fría, descarnada, envuelta en un manto de sombras y de tristezas. Adivinaba un martirio largo y cruento con epílogo necesario en la fosa común del Panteón de Dolores. Un drama callado y sordo principió a desarrollarse en su corazón, una lucha se apoderó de él, en tanto que una obsesionante idea tomaba carta de alojamiento en su cerebro. Le faltaba resignación para sufrir el tormento. ¡Cómo echó de menos los sentimientos de caridad, abnegación y fortaleza perdidos desde pequeño! Veía la pendiente deslizarse a un abismo de obscuridad insondable, el aniquilamiento,

la pérdida del ser. Sentía su carne atenazada por todos los dolores, retorcidos los nervios, hendidos los músculos, astillados los huesos y la frente cubierta de un sudor frío, aniquilador, mortal. Sentía paralizarse la sangre en las venas y aquel espectáculo de agonía, presentido, aniquilaba las pocas fuerzas que Martín Espelunca poseía en su existencia crepuscular. Resignarse a rastrear sobre la tierra como un gusano miserable; coronar la vida así, se le hacía a él muy cuesta arriba. Si su existencia había sido anodina por falta de impulso, de acción, de energía, la muerte debía ser la expresión de un tragedia singular. Si había de ser el derrotado, que esa derrota tuviera al menos el prestigio de la victoria. Un bello gesto que borrara las huellas de su vivir. Morir, bien está, pero no esperar a que la muerte se cebara sobre la carne a la disolución lenta y paulatina de la materia, no prorrumpir en estertores de una prolongada agonía, no causar lástima y conmiseración, no tramontar en la obscuridad más completa. Dar el salto definitivo, trasponer el umbral, con paso firme y sereno, en un espléndido crepúsculo con tonalidades de fuego y damasquinado de oro, cruzar como una estrella el firmamento, contemplar de cerca a los luceros, verlos parpadear en el descenso, antojándose columbrar en sus pupilas una lágrima que tiembla, caer arropado en fulgores carmesíes, precipitarse como sol en el ocaso, como majestad regia que se esconde, acompañada de los trinos de los pájaros, de las voces de la ciudad que bulle, de la elegía que los hombres y las cosas entonan en los mágicos atardeceres de nuestro suelo. Morir, sí; pero no como un ratón en su agujero, no; como el cóndor herido en las cresterías de los Andes, o como el azor o neblí

que se abate de las almenas del castillo roquero...

La resolución estaba tomada. La escena final de la tragedia de su vida tendría por escenario un lugar regio. Su drama interior se desenlazaría admirable, bello. Bien calculó aquella noche el estupor que produciría su gesto en las muchedumbres. La fatalidad le conducía de la mano como a los héroes de la tragedia griega. Espanto, horror, lástima tal vez causaría su fin, pregonado sería el nombre suyo por todas las bocas, se narraría a los niños la escena mezclada con las hazañas de los cuentos de leyenda... El genio del mal había tomado como trampolín un cornisón de la Catedral para dar un salto inmortal al infinito.

Martín Espelunca, de madrugada, abandonó el lecho, púsose a trasegar baratijas, dió con papeles amarillentos y pringosos, llegó a un cofre pequeñín y cuco y al abrirlo, sus manos temblaron y temblaron también dos lágrimas en sus ojos. Ahí estaban los últimos eslabones que lo ataban al mundo: recuerdos de la juventud, cartas de mujeres, adorables trazos de la única que había querido, el primer y postrero amor de su vida. Y Martín Espelunca los lanzó al fuego. Así rompía la cadena, arrojaba el lastre, aniquilaba su existencia pretérita, renunciaba al pasado preparando el apoteosis. Aventó las cenizas y un suspiro muy hondo alivió su pecho, vieron sus ojos cómo volaron las que antaño fueran ilusiones blancas trocándose ahora en presagios fúnebres.

Martín Espelunca se dirigió al atardecer a la Catedral, temblando de pies a cabeza como un azogado; ardía su frente, agitábanse sus labios, inflamábase su pecho. Comenzó el ascenso a la torre, subía a trancos acezante y sudoroso. Sacó energías de lo íntimo de

su ser y cuesta arriba marchaba, refrescado a veces por el sutil soplo que se colaba por las claraboyas. No veía, no oía, tropezaba, afianzándose sus manos a las junturas de las piedras. Sangrando los dedos, llagadas las rodillas, herida la faz, rasgado el vestido llegó Martín al primer tramo, tomó respiro, para continuar ascendiendo. Más arriba, sí, mientras más alto mejor. Por primera vez en su vida, sentíase sobre las muchedumbres que ruaban a sus pies, hermano de las estrellas, que tachonaban el firmamento. Las miserias abajo, sobre el haz de la tierra, la liberación definitiva, el apoteosis, arriba, cerca del sol, de la luz. Ahí entendería las voces de las campanas, el misterioso idioma de sus lenguas de bronce. Y Martín llegó a lo alto, el valle se incendiaba en un crepúsculo admirable, llamaradas de luz se prendían a lo lejos, dorábanse las cresterías de los cerros y un polen de oro espolvoreaba las cosas y un beso de paz se abatía sobre la frente de los hombres.

Martín no pudo más, cayó anonadado, rendido, palpitábanle las sienes, zumbábanle los oídos. Martín se arrastró como un gusano, había llegado al final y le abandoban las fuerzas. Pero no, sus ojos asombrados principiaban a contemplar el espectáculo maravilloso. Torrentes de luz lo envolvían en haces polícromos, el rojo de los rubíes, el azul de los zafiros, el verde de las esmeraldas, el hialino de los ópalos, se mezclaba para formar las coloraciones de un enorme caleidoscopio. Haces de iris tejían la urdimbre de un rico tapiz oriental, fulgores fosforescentes prendían en las gárgolas, en las cornisas, en las campanas. La piedra se perforaba en encajerías historiadas. No eran ya los gruesos y pesados entrepaños de la iglesia co-

lonial: un artífice los pulía, perforaba con finísimas labores de teracea. Se contorneaban los perfiles, se afinaban las líneas, engrandecían las columnas, se retorcían los capiteles, ascendía la fábrica en una incoercible aspiración a lo alto. Sus arcos, sus molduras eran góticas, agujas infinitas nacieron de las bóvedas, para dirigirse arriba, más arriba cada vez, como plegarias de la multitud.

Los rayos de luz, los colores esparcidos en el firmamento, tomaban cuerpo, se agrupaban en figuras de dibujos admirables. Y Martín Espelunca vió los trazos de cuadros conocidos. El tesoro de arte de la Catedral que se dibujaba en el firmamento. Los cuadros de los artistas pintados ahora en un velo tenue e impalpable; monjes y ascetas, teólogos e inquisidores, mártires y vírgenes, el sayal de los frailes y el terciopelo de los reyes, el oro de las coronas y la sangre de los cilicios; las caras demacradas de los cenobitas y las celestiales y gozosas de los ángeles; la carne atormentada y el frescor admirable de las rosas; los rompimientos de gloria luminosos y espléndidos. Manes de Echave, de Rodríguez Juárez, de Cabrera, de Correa, de Villalpando, de Gerónimo de Balbás, creaciones que abandonaban el estrecho recinto de sus cuadros, para formar una admirable visión de grandeza, dejaban el estofado negruzco de sus pinturas para tomar la luminosidad del éter, la ingenuidad de Fray Angélico, el atrevimiento de Rubens, el claro obscuro de Rembrandt, los cielos de Velázquez. Y las voces de las campanas se cristalizaron en sus labios y de ellos brotó una oración de fe, de resignación, de gloria.

Y a rastras Martín Espelunca se dirigió al borde de la balaustrada y miró hacia abajo y vió una larga

procesión. La historia se confundía con la leyenda, personajes de la época colonial; como héroes de cuento de milagrería, desfilaban adustos y graves, envueltos en sus atavíos, y los gregüescos del encomendero, y las cimeras del capitán, y las togas del letrado, y las capas del arzobispo, y las hopas del inquisidor, y el sambenito del relajado, y la ropilla del prócer, todo pasaba lentamente, gravemente. Alumbraban el paseo muchedumbre de hachones y de cirios, temblaban a lo lejos las luces de las hornacinas; las hogueras de la Inquisición, prendían en los cadalsos, y la muchedumbre del pasado hincaba la rodilla y elevaba también su plegaria de resignación, de fe, de gloria...

De fe: Martín Espelunca vió cómo era todo coronado por el símbolo de la fe, no en la forma de estatua esculpida por Tolsa, sino en una admirable creación blanca, sutil, resplandeciente, auroleada por una luz vivísima, sonriente y tranquila, y Martín la comprendió inspiradora de todas las grandezas, la musa de todos los artistas, la señora de los capitanes, la pobladora de maravillas en los altares, la inspiradora de nuestro pasado glorioso, la que anima al desfallecido, da alientos al cobarde, enaltece al abatido; la ciencia de los teólogos, la visión de los místicos, la virtud de los ascetas, la fortaleza de los mártires, el valor de los capitanes, la liberalidad de los próceres, la riqueza de los mendigos, el consuelo de los enfermos, la grandeza de los miserables.

Y Martín Espelunca quedó confundido, él que la había perdido desde niño y comprendió la obscuridad de su vida, la inutilidad de su existencia, la pobreza de su espíritu y como miserable guiñapo humano habíase arrastrado por el mundo y lloraba ahora,

en el colmo de su anonadamiento, lloraba como niño y de sus labios tremantes escapóse una oración: el símbolo de Trento como fiel exponente de la fe, vino a sus labios sellándolos con el ardor candente de la brasa del profeta.

Y al terminar la plegaria, las fibras del corazón de Martín vibraban en ritmo singular, diríanse las notas de un salterio que se confundían en el concierto que escuchaba. Y en lo íntimo de su ser prendió una llama que lo consumía, un incendio que lo devoraba, un fuego que lo envolvía en un dulce arrobamiento. Martín Espelunca sintió la epopeya de la raza, la epopeya vigorosa y pujante de cuatro siglos; incorporóse en espíritu al rebaño gregario que se arremolinaba en el porche, fué presa de las nostalgias del indio, de las bizarrías del castellano, de los amores del misionero; sintió punzar en su espíritu todos los dolores de los antepasados, nacer todas las energías, vibrar todos los entusiasmos; en un éxtasis místico brotaron de sus labios las estrofas de un poema y vió cómo se derruían los teocallis y contempló el resurgimiento de la ciudad nueva, y miró cristalizarse las lágrimas de las generaciones en las piedras y teñir de sangre los muros, y repercutir las risas en las paredes. En el interin, la carne de Martín Espelunca parecía disolverse, el espíritu en suprema elación abandonaba su envoltura como mariposa el capullo, surgía el ave Fénix de las cenizas para incorporarse liberado en el océano de colores y de sonidos que lo envolvía, para transformarse en color o en nota, para prorrumpir también en el himno que las generaciones entonaban en honor de la fe de los siglos, y se desprendió, al fin, como águila que abandona el nido y principió el as-

censo para ir a posarse orgullosa, potente como un símbolo, rodeada de todas las irisaciones, a los pies del símbolo prepotente, impulsador de todas las acciones generosas, aquilatador de valores, fortificador de espíritus...

El cuerpo de Martín Espelunca yacía tendido bajo la campana mayor, una sonrisa iluminaba su faz. Un murciélago desprendióse del badajo, azotó con sus alas negras la pelambre hirsuta y blanca de Martín y alejóse graznando sobre la techumbre de la ciudad en reposo...

Septiembre de 1915.

DEL RANCIO SOLAR

Doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza vivía santa y cristianamente en aquella su mansión señorial, construída al gusto barroco, en una de las céntricas calles de esta muy noble y muy leal ciudad de México. Nada turbaba la tranquilidad de aquellos aposentos decorados con tibores de China y sedas de Manila venidos de aquellos lejanos países de oriente, en la nao que, de tarde en tarde, anclaba en Acapulco; nada interrumpía la paz del patio, amplio y espacioso, ni el sosiego de los corredores, guarnecidos por un lambrequín de azulejos de la Puebla de los Angeles, sino el cantar de la fontana que, en uno de los ángulos del patio, entonaba a diario la canción amorosa de la hermana agua a la vida jocunda que florecía en los naranjos, reventaba en los claveles y vestía de azul primaveral el cielo de Nueva España. Los zenzontles y canarios, encerrados en jaulas doradas, porfiaban también por terciar con sus cantos en el himno de la fuente. Las flores, sembradas en tiestos y macetas de Talavera, esperaban el momento preciso de ser

arrancadas de sus tallos para ir a morir dulcemente, castamente, a los pies de la imagen de la Inmaculada, ni más ni menos que si fueran almas de doncellas arrancadas a la vida mundana, consumidas en los ardores del amor divino, para languidecer en los claustros que poblaban las calles de la ciudad.

Vida austera llevaba doña Soledad ajena al bullicio de la Corte Virreinal, a las disputas de la Universidad Real y Pontificia y a las reyertas de las órdenes monásticas y aun a las sublevaciones de indios y conspiraciones de criollos y mestizos. Se aplicaba solamente al cultivo de su reino interior, sabiamente asesorada por un santo varón entrado en años, ducho en achaques de conciencia, sabio en el conocimiento de las pasiones que lo perturban; pero inocente y bueno como el pan, indulgente y cariñoso como aquel pobrecito que patrocinaba su orden, el Seráfico Padre San Francisco de Asís, que así había vestido el cuerpo del santo varón confesor de doña Soledad con el tosco sayal, como había ataviado su alma con las galas de la bondad y los arreos más vistosos, por más humildes, del santo amor a Dios y al prójimo. En las solemnidades de la iglesia confesaba y comulgaba doña Soledad con singular devoción, vestía los hábitos más decentes de su guardarropa: basquiña negra, exornada con pasamanería de abalorio, velo negro que encubría el tocado sencillo, sin peinetones de carey ni adorno alguno, que adornos de más subido precio eran aquellos hilos de plata que decoraban los aladares.

La vida de doña Soledad había sido una perpetua ascensión por una cuesta sembrada de obstáculos. Su corazón joven sangró, su carne virgen había sido terreno propicio al florecimiento del dolor y regada

con las lágrimas de sus propios ojos. Algún bargueño, que guardaba con mucho esmero, bargueño primoroso de caoba con incrustaciones de nácar, encerraba, quizás, el secreto de sus años mozos; el corazón, arca incomparable en que se encierran, bajo las siete llaves de la voluntad los secretos más recónditos de la vida, guardaba el decoro de sus años maduros. Su vejez estaba consagrada al que no traiciona nunca, al que salía encerrado entre viriles del más puro cristal, rodeado de esmeraldas, topacios, rubíes, zafiros, floración de los más hermosos colores del iris, bajo palio de seda y oro en las procesiones del Corpus, conducido por el Arzobispo, acompañado del Cabildo, del Claustro de la Universidad Pontificia, del Virrey, de la Curia, por esas calles de Dios, empenachadas y alegres como una bendición, en medio del canto litúrgico de los mónagos y de las voces graves y solemnes de las campanas de la Iglesia Catedral, que clamaban a los cuatro vientos la majestad de un Dios y la grandeza de un pueblo.

*
* *

No había sido tranquila y sosegada la vida de doña Soledad en sus años mozos. Amó en un tiempo al capitán D. Alonso de Marcayda, servidor en los tercios de Su Majestad Católica D. Felipe el Segundo, amólo por su bizarría, por aquel pasear la calle haciendo corvetas en un soberbio alazán, lo amó por su talle gentil, por aquellos ojos negros que así despedían chispazos de cólera, como miradas aterciopeladas de amor y rendimiento; por aquella charla lírica,

florida, llena de mieles, arrogancias y gallardías; por su ingenio chispeante y vivo. ¡Aquellas noches sevillanas, propicias al beso, acariciadoras, templadas, llenas de encanto sutil; aquellas charlas por la reja decorada de madreselvas y geranios! Porque Doña Soledad vivió en Sevilla, y de Sevilla partió para no volver a ella el capitán D. Alonso de Marcayda, llevándose en prenda y casando con ella, a la hermana menor de doña Soledad. Doña Soledad, engañada y herida, tomó el camino de Nueva España en compañía de su padre, que venía a servir el puesto de Oidor en la Audiencia de la Colonia.

*
* *

Por eso la tranquilidad de la señora vióse turbada un día en que a la aldaba de la mansión señorial llamó un mozo apuesto y arrogante, jubón un tanto raído, gregüescos empolvados, botas que cubrían las tres cuartas partes de las calzas, pluma airosa al chambergo, espada al cinto, mirada retadora y altiva, ademán resuelto, continente garboso, genio vivo, andar presuntuoso, que, acompañado de un paje, esclavo negro, al parecer, se presentaba solicitando hospitalidad.

Recibiólo con desconfianza doña Soledad, pidióle noticias de su cuñado y de su hermana al aprender que era su sobrino:

—Ha de saber vuesa merced, señora tía, que ambos son difuntos. Mi padre y señor, combatiendo contra los herejes, bajo las banderas del serenísimo señor Duque de Alba, q. de D. g., mi señora madre de pena al saber la muerte de su esposo, yo, huérfano y pobre,

desnudo de bienes, he recorrido el mundo probando fortuna, ya de soldado, ya de paje he recorrido lueñes tierras, con la escarcela a veces repleta, las más vacía. He parado en Flandes y en Italia. En el Perú hice fortuna que perdí con la facilidad mesma con que acumulé doblones. Llamo a las puertas de vuesa merced, señora tía, para que me la haga de acogerme como a su deudo que soy, que Dios será servido de pagarle con creces el bien que me hace en el otro mundo, que ya sé que los bienes terrenos no aprovechan a vuesa merced que todo lo parte y divide con los pobres. Que así será bueno que su techo me cobije y me siente a su mesa y dé de comer y de beber a este pobrecito negro que me ha acompañado en mis andanzas.

Doña Soledad acogió al sobrino con lágrimas en los ojos; pero en el fondo de su alma removióse el rescoldo. Aventada la ceniza, apareció la llamita del recuerdo. Se abrió la herida y la figura del capitán D. Alonso de Marcayda se interpuso entre ella y el sobrino. Doña Soledad no era capaz de odiar; sin embargo, la afrenta del capitán había sido dolorosa y cruel, y en su espíritu nació una pasión encontrada, mezcla de atracción y aversión. Recogióle en su casa, señalándole por habitación aquella especie de mirador que coronaba la fachada, hacia la esquina, guarneciendo la imagen de la Purísima, quebrantando a la serpiente, a cuya advocación había erigido su casona el Oidor Suárez de Figueroa. Aquella noche no durmió tranquila doña Soledad, parecióle que había hecho mal en recibir tan de presto al mozo andarín y aventurero, sin exigirle la presentación de sus papeles, ni la identificación de su persona. El mancebo tenía los ojos mismos, la mirada idéntica, el continente parecido a los del ca-

pitán de los tercios flamencos; igual reto, igual altanería, igual sonrisa socarrona y de fisga. En el ánimo de doña Soledad presentáronse con brío y pujanza las escenas de su juventud, y por vez primera, después de muchos años, sintió una amargura intensa, un dolor extraño, renegó de su vida de abstinencia, de privación y sacrificio; consideró su existencia rota para siempre, su desamparo, su desolación. Yertos pareciéronle los aposentos donde moraban los retratos de sus antepasados, ásperas y duras las holandas del lecho, mortal el ambiente que la rodeaba. Fué a confesar muy de mañana, y el santo padre franciscano dióle, por toda penitencia, un avemaría por el alma de su cuñado el capitán.

*
* *

Días de angustia fueron aquellos. El sobrino de doña Soledad iba y venía sin dar cuenta a nadie de sus pasos. Observaron los criados que no era muy religioso el mancebo por ciertas palabras dejadas escapar en su conversación con el esclavo negro. Rompía por completo con las costumbres santas y cristianas de aquella mansión. Viéronle con gente perdida en barrios apartados, con soldados borrachos; alguien dijo que con hembras del partido; se recogía tarde, era altanero en su trato, despegado, vivo de genio, gustaba de leer libros que a la pobre gente de aquella casa se le antojaba endemoniados.

El alma de doña Soledad, conturbada por la pesadumbre de aquellas noticias, y por los fantasmas del recuerdo, pedía a Dios con todas las potencias de su

alma apartara de sus ojos la evocación de su vida juvenil, de impureza y de pecado. Ciñóse las carnes con áspero cilicio; ayunó los más días de la semana. Acercábase al sobrino y una sensación extraña paralizaba su lengua; quedábase muda, yerta. Aquello era hechicería, enjorguinamiento, malas artes del demonio.

*
* *

Pronto creyeron oír los criados ruidos extraños, como de cadenas que se arrastran, como soplar del viento en galerías desiertas, como rechinar de dientes de condenados, como soplar de fraguas encendidas, como musitar de rezos y quejidos de ánima en pena. Las dueñas quintañonas, acurrucadas en los rincones, sollozaban; echábanse a temblar los pajes como azogados y aseguraban, por las mañanas, que del mirador de la casona brotaba un resplandor de lumbre, que vagaban sombras blancas por las azoteas y que de los ojos del sobrino de la señora saltaban chispas, y alguien creyó notar que de su persona se escapaba cierto tufillo a azufre imposible de confundir.

*
* *

Doña Soledad no pudo impedir que el Santo Oficio tomara cartas en el asunto. Hereje era su sobrino. Explicóse aquella repulsión, aquel atragantamiento, aquella mezcla de amor y de odio. ¡Oh, sería el mismo diablo en figura de hombre para perturbarla en su vida de santidad, de ascensión perenne a las fuentes de

luz y de vida! ¡Cómo había tomado las formas engañosas de aquel hombre, aquella mirada de pecado, aquellos labios que ella había besado alguna vez, en la noche tibia, junto a la reja decorada de madreselvas y perfumada de geranios! Pidió fuerzas al cielo, ayunó con más brío, desgarróse ahincadamente las carnes, dió más dinero a los pobres, dotó varias doncellas para el convento, construyó altares, organizó funciones en honor de los santos de su devoción, curó enfermos. Aquellos días pareciéronle malditos, se consideró culpable y abominó del punto y hora en que su sobrino llamó con fuertes aldabonazos en el portalón de la casona. Se sintió libre al fin, redimida de toda culpa, limpia de toda mancha, el día en que el cuerpo del sobrino pereció aniquilado por las llamas. Allá, en el costado de San Hipólito, en un famoso auto de fe del año de mil seiscientos y tantos. Cenizas de su alma eran también, cenizas de un pasado y de una vida. El alma se sintió libertada, sacudió el polvo del camino y en teoría de flores ascendió aquella vez más alto que nunca, pidiendo por sus hermanas, las almas pecadoras.

*
* *

El cuerpo de doña Soledad Suárez de Figueroa fué encontrado yerto sobre el pavimento de la alcoba. Una sonrisa iluminaba su faz. Las dueñas quintañonas, los pajes imberbes y los rodrigones, cortaron pequeños trozos de la tela que lo cubría, para guardarlos cuidadosamente. Es fama que murió en olor de santidad.

México, junio 14 de 1917.

TARACEA (1)

La ciudad estaba de fiesta. Voceaban su alegría las campanas de las cien torres que la coronaban; reverberaba el sol en los azulejos de los cimborrios haciendo resaltar las inscripciones piadosas que los decoraban, resbalaba por las gárgolas, se colaban por las encajerías de piedra, penetraba por los ventanales para tocar de un halo luminoso las cabezas venerables de los Santos Evangelistas pintados en las pechinas, o convertido en hilo sutil que atravesaba los rosetones, daba vida a los rompimientos de gloria que alegraban los estofados de los cuadros de mártires y ascetas. Hendían los cohetes el aire; los pregones del *tianguis* confundían sus voces con la algarabía que estallaba en la plaza. Linternillas octogonales, linternillas en forma de cruz o de estrella, pendían en los vanos de los balcones, sobre los antepechos engalanados con mantones de seda y guirnaldas de flores, para iluminar, en la

---

(1) Premiado con primera mención de honor en el concurso abierto por la Dirección de Bellas Artes para conmemorar el CXVII aniversario de la Independencia .

noche, las rúas de la mansa, de la quieta, de la apacible ciudad provinciana de calles empinadas y angulosas, llenas de esconces y recovecos, de fuentes, de arcos, de rejas propicias al amor en las horas que precedían al toque de queda y la ronda paseaba mesuradamente por las callejas.

No festejaba la ciudad, alborozada, la jura de algún rey de la casa de Borbón, ni el nacimiento o bautizo del príncipe heredero, ni siquiera la salida de Veracruz del galeón real cargado de oro, o la llegada a Acapulco de la nao de la China abastada de chucherías de laca, de seda y de marfil, que irían a decorar los vastos salones de los encumbrados personajes que moraban en la capital de Nueva España. No, que era solamente la profesión de monja, en el convento de Santa Clara, de la hija única del señor Corregidor don Lope de Stúñiga, Marqués de Monteblanco. Por eso andaba la guardia en las calles con sus alabardas limpias y resplandecientes, con sus sombreros de tres picos que dejaban escapar la coleta de las pelucas blancas, con sus pantalones albos y aplanchados y sus casacas azules de vivos rojos; por eso redoblaban los atambores con brío y el clangor de los clarines acompañaba al sonoro voltejear de las campanas.

Las ropas de cristianar salían de los arcones y bargueños de caoba y alcanfor olientes a verbena. Las mantillas airosas, prendían en las cabezas blancas tocándolas de negro y en las endrinas de blanco y fuego en el mágico reventar de los claveles. Las casacas de raso y terciopelo, bordadas por manos pequeñitas y hacendosas, cubrían ruineras de cuerpos viejos o hacían resaltar la gallardía de los mozos. La moda francesa,

introducida nuevamente, transformaba a la vieja y vetusta ciudad de patios amplios y espaciosos, de corredores anchos y soleados, de escudos a cuarteles, la ciudad de piedra recortada en los más peregrinos perfiles, en una pequeña Versalles en que los abates jóvenes habrían suspirado madrigales en los oídos de las damas, sus compañeras, si la solemnidad de la ceremonia no hubiera puesto punto en boca a los galanteos.

*
* *

Fué la profesión de la monja novicia, de ojazos negros, de palidez mate, que se ve solamente en la tierra de las cien torres y las campanas más armoniosas que ningunas del Virreinato un acontecimiento trascendental. Pasó por el mundo repartiendo beneficios y dispensando mercedes. Allá, en su casona, en la casona del Marqués de Monteblanco, pasaba la vida en el encierro en que la pasan las doncellas castas. Hacía los mejores dulces que se paladeaban en la ciudad, mejores y más sabrosos aún que los dulces de los conventos. Iba a misa muy de mañana en compañía de una dueña quintañona y de un pajecito criollo, de quince años, su único amigo; con él tenía todas las confidencias y todas las expansiones. Cuando sonaba el angelus en la iglesia Catedral y oteaba la doncella desde su balcón la plaza que se iba quedando desierta, la fuente rielada por la luna, las calles que se perdían en las sombras, llamaba a Juanillo y le pedía narraciones imposibles, de guerras, de trasgos y de duendes, de asaltos del corsario inglés a algún pueblo de la costa

o sublevaciones de indios en lo intrincado de la sierra, o siquiera, lo que las mujerucas murmuraban en los porches de los templos.

—Dime, Juanillo, ¿qué se dice por ahí? ¿Qué se murmura? ¿Qué se cuenta? ¿Ha bautizado la Marquesa de Miraflores a su pequeño? Tan mono, tan lindo, y ¿qué dió el señor Marqués en el agasajo?

—Bautizáronle ya, mi ama, y los pobres de la iglesia de San Francisco tuvieron buenas limosnas, en escudos de oro, así de grandes, con la imagen de S. M. el señor D. Carlos IV q. D. G. Dicen que la señora baronesa de del Castillo espera la llegada de un niño...

—Calla, calla, Juanillo, que esas cosas no se dicen... Mira cómo rondan la calle aquellos embozados. ¿Serán acaso los alcaldes de la ciudad?

—No, que uno es el capitán D. Alonso de Figueroa y el otro...

—Silencio, Juanillo... .

—La dueña duerme, mi ama: tejía calceta y la aguja no se mueve ya. El señor Corregidor está en palacio... El caballero me entregó esto para usted, mi ama.

Y Juanillo daba a la doncella un pliego cuidadosamente doblado y se escondía en un rincón, temeroso de su hazaña. Doña Isabel no veía dos lágrimas que corrían por las mejillas morenas del pequeño.

En las tardes lluviosas, veía la doncella cómo chapoteaba el agua en las baldosas de la calle, cómo se encendían las farolas de aceite, cómo azubiaban los transeúntes en los portales, y entonces era ella la que lloraba mansa y silenciosamente, contagiada por la tristeza del paisaje. En estas tardes bordaba manteles y ornamentos para el convento de Santa Clara.

•
• •

Y fué así, de puntada en puntada, como se ensartó en la seda que prendía. Sueños aparejaba también, sueños disparatados para ella, y en la devanadera de su cabeza todo un porvenir de felicidad tenía acomodo. Pero la seda de los manteles y de las casullas habíala enredado en sus mallas, ni más ni menos que si fuera un capullo de azucena de aquellos que dibujaba sobre el ardor del raso carmesí, o el verde prometedor de esperanza del terciopelo, o el blanco puro y virginal de los linos.

Aquellos sueños acariciados junto a los vitrales de su mansión y bajo el escudo señorial de la casa paterna no se realizaron jamás, acurrucáronse en aquella cabecita de veinte años y fué monja en medio de la alegría de la ciudad. Sus compañeras veían ingresar al convento a una doncella de abolengo y una pingüe dote, sus amigas lucirían los trajes que se picaban en los cofres; sus amigos jóvenes, un pretexto para enamorar a las doncellas; los viejos, un recuerdo de la juventud; los pobres una ración de sopa en el portal del Corregimiento, y buenas piezas de plata y oro que echar en las faltriqueras; los monagos, una oportunidad de hacer diabluras, y los canónigos de tomar un exquisito y espumoso chocolate. Sólo Juanillo estaba triste. Recorría los aposentos de la casona y gruesos lagrimones escurrían por sus mejillas. Un capricho del Corregidor, vistióle de indio, con sus plumas multicolores, con sus espejos, con su carcaj. Parecía un pájaro encerrado en jaula de oro que se agitaba, que se movía pugnando por romper los hierros.

*
* *

Y los quebrantó un día, marchóse sin saber cómo ni cuándo. Buscáronle los criados y no le hallaron.

El señor Corregidor tornó a las arduas ocupaciones de su encargo; los canónigos al coro; las monjas a hacer dulces; los soldados a sus cuarteles; los pobres a pedir limosna en los porches de las iglesias; las campanas a llamar a misa, a tocar las horas, a entonar el angelus y a aquietar la ciudad con el toque de queda.

Sólo Juanillo no recobró su tranquilidad y alegría habituales: paseaba todas las noches por la calle del Locutorio, veía los muros altos, inexpugnables poblados de rejas, bañados por la luna. Escondíase en los esconces de alguna calleja cuando la ronda pasaba pregonando las horas. Hubiera hecho versos a ser poeta. Noches de primavera y de invierno, de lluvia y de cierzo le sorprendían mirando en alto, en alto siempre, como si le pidiera consuelo a la luna.

Una noche cruel de invierno dieron los guardias con el cuerpo de Juanillo, aterido, hecho un ovillo. Lleváronle a casa del Corregidor, le arroparon entre las holandas del lecho de Isabel, le abrigaron bien. Abrió los ojos y se sintió cerca de ella, ¡oh!, aquellas ropas le abrigaron como si fueran las entretelas del corazón de su dueña. Y con el ensueño velándole los ojos, se durmió para siempre con una sonrisa en los labios.

*
* *

En el convento de Santa Clara, después de maitines, soñaba Isabel, ahora Sor Adoración del Divino Verbo, que el caballero de la plaza, venía una noche, saltaba las paredes del huerto, le declaraba su amor para emplazarle la contestación en el otro mundo.

Celaya, agosto 11 de 1917.

LA DANZA DE LA MUERTE

Era alto, enjuto, seco de rostro, de haber nacido en el siglo XVI habría sido un arbitrista hábil en tretas para sacar de apuros la Real Hacienda de la Católica Majestad de don Felipe II, un cortesano gentil y galante, frecuentador del Real Sitio de Aranjuez, o un hidalgo que pasara las noches de claro en claro leyendo aventuras de caballeros andantes, ni más ni menos que lo hiciera aquel bueno de don Alonso Quijano, con quien tenía, por lo cenceño y amojamado de su físico, un parecido indubitable. Nació con dos siglos de retraso y paró en empleado de una importante casa comercial de esta muy noble y muy leal ciudad. No se adaptaba, sin embargo, al vivir corriente de sus compañeros de oficina: peinaba melena, no tan grande que pudiera confundirse con la de algún poeta de buhardilla, ni tan corta que semejara la de un hortera a quien las tareas del mostrador le impidieran visitar con frecuencia al barbero, su vecino; usaba barba hidalga, terminada en punta, y mostachos arriscados y retadores; se tocaba con un hongo flexi-

ble y bohemio; y en invierno, la cumplida capa española cubría las tres cuartas partes de su esquelética figura. Amaba con empeño los muebles viejos y suntuosos. Su habitación, embutida en una fea casona del barrio de la Merced, patrocinada por la imagen venerable de San Pedro Nolasco, esculpida en piedra y colocada en la hornacina que llenaba uno de los entrepaños, llena estaba de arcones y bargueños tallados primorosamente por artífices de los siglos XVII y XVIII, cofrecillos de laca, figuritas de marfil, japonerías venidas de Oriente en el largo interregno virreinal. Las paredes se tapizaban de casullas, capas pluviales, dalmáticas de raso o terciopelo bordadas prolijamente por manos gentiles de monja. En el centro de una de las piezas, una mesa traída de algún convento de Puebla de los Angeles, mostraba sus columnas salomónicas finamente talladas y sus incrustaciones de concha. Un mueble, mitad escritorio, mitad armario, abría infinidad de cajones a la curiosidad del visitante y en la tapa de cada uno de ellos, figurando, de carey o hueso, un pasaje del "Quijote", y en lo alto, como coronamiento, el busto de un Cervantes desconocido hasta ahora de los sabios y eruditos hurgadores de su vida. Santos de talla primorosamente esmaltados, espadas salidas de las fraguas de las espaderías toledanas más acreditadas, azulejos de Talavera junto a broqueles persas damasquinados de oro; jabalinas, mosquetes, ediciones raras y preciosas: algún ejemplar de la Biblia Poliglota del Cardenal Jiménez de Cisneros y, ante todo y sobre todo, un retrato de nuestro hombre, don Iñigo y Fernández de la Cueva y Alcorta, hecho por Master Gedovius, vestido a la usanza antigua, con gola de muy aplanchados y

lucidos gorgoranes, y sobre el ferreruelo de terciopelo negro el lagarto rojo de Comendador de Santiago.

Coleccionar cosas viejas, vivir entre objetos que exhalaran el suave perfume de otros tiempos, testigos de sucesos pretéritos, cordiales, tranquilos o revueltos y batalladores, que le hablaran de un pasado épico, galante o místico, era la pasión de don Iñigo. ¡Qué más pretendía él en su existencia señera de solterón empedernido! ¡Qué voluptuosidad sentía al acariciar con sus dedos afilados la suavidad de la seda o del terciopelo o al recorrer las labores de taracea con su mano pálida veteada por breves líneas azuladas! Volteaba las páginas miniadas de sus ediciones con un cariño, con una fruición grata al espíritu. Tendíase por las noches en su lecho, de la época también, grande como un campo de batalla, suntuoso como el trono de un rey y cordial como el sabor de una manzana, más si es del cercado ajeno, y cerrando los ojos, se disponía a soñar en la próxima adquisición de un tintero de plata que sirvió, probablemente, al Virrey Fray Antonio María de Bucareli y Ursúa, para firmar tantos bandos y decretos que urbanizaron la ciudad y le dieron el aspecto de capital decente de un rico Virreinato, o del palio que cobijó a su Divina Majestad, llevada por los arzobispos metropolitanos en las procesiones de Corpus, o del Pendón Real que pasearon del Ayuntamiento a San Hipólito los Regidores o Alférez Reales a caballo primero, en coche después, los días trece de agosto de cada año del Señor.

No embargante, la cama aquella, tan cumplida para una sola persona, le desazonaba, a veces, sus mejores sueños. Era hombre al fin, y su existencia solitaria le producía tristeza, tedio, murria inexplicable.

No era todo vida y dulzura su vivir. Cabalmente esta murria, este tedio causábale un desasosiego hondo. El *Kempis*, leído de vez en vez con ahinco, acibaraba más su vida. La poesía de las cosas muertas impregnó de tal suerte su espíritu que todo él era un pálido fantasma, una resurrección de algún personaje pretérito. Como si fuera el alma solamente de aquel hidalgo, Comendador de Santiago que pintara por encargo suyo Master Gedovius, vagaba en las estancias atestadas de cosas viejas. Curioso fenómeno: nadie sabría decir si el retrato fué inspirado por don Iñigo o don Iñigo se escapó del retrato, vistió de hongo y americana para echar un vistazo a las cosas de este mundo y de este tiempo, placióle nuestra vida y entre nosotros moró para reírse un poco y contar al alma de D. Francisco de Quevedo sus impresiones en una entrevista de ultratumba.

Como buen caballero de antaño colocó en un lugar muy visible una calavera, un cráneo viejo y mohoso, y todas las noches, alumbrado por un foquillo que en el seno de un candilejo de cobre lanzaba reflejos rojizos, D. Iñigo meditaba.

Pareciale oír de aquella calavera que le sonreía un si es no es irónicamente, aquestas razones:

—"Yo fui un buen fraile franciscano, enseñé a los indios gramática, música y pintura en los amplios y espaciosos claustros del convento de nuestro padre San Francisco de México, ayudé en su empeño al buen hermano Fray Pedro de Gante. Representéles las escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo por medio de dibujos y de trazos que los pobrecitos gentiles interpretaban, que no entendían nuestra escritura; pero sí la de sus abuelos de jeroglíficos y figuras.

Bauticé a muchos en la sierra, tantos, que mi brazo cansado de levantar la concha se rendía al último, y no por la pesadumbre de un objeto tan liviano, que era por lo fatigoso de la jornada en que tantas almas se arrebataron al demonio".

—"Fuí soldado, peleé por la Católica Majestad del Rey en Flandes, aseguré sus dominios en el Milanesado, vine a Nueva España y lueñes tierras brindé a su dominio. Una jara dió conmigo en el otro mundo, enviómela al corazón un indio noble en la rota aquella que nombran de la Noche Triste, al saltar la tercera cortadura a las órdenes del capitán D. Pedro de Alvarado".

—"Fuí Teólogo y Doctor, leí la cátedra de la Prima de Cánones en la Real y Pontificia Universidad de México. Apliqué mi entendimiento a desentrañar las más arduas cuestiones que propone el Doctor Sutil, y enseñé a mis discípulos a discutir y argumentar con razones ingeniosas y bien dispuestas, en silogismos aderezados con todas las reglas. Formé una generación de sabios, firme sostén de la fe y de la Iglesia".

—"Fuí poeta, contribuyó mi musa a los certámenes que la Universidad y las comunidades abrían para solemnizar la jura de los reyes, el nacimiento de los príncipes o la canonización de los santos. Para los arcos de triunfo tracé versos retrógrados, elegantes y discretos, elogios que en latín y en castellano dijeran lo mismo. Hice un soneto a la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz".

Y yo, ¿qué he sido?, se preguntaba don Iñigo en grande tribulación. Repasaba su vida y la encontraba infecunda. Ni una línea, ni un afecto, ni un cariño. Su pasión: las cosas inanimadas, frías, muer-

tas. Nunca palpitó su corazón por un semejante. Jamás amó ni a la mujer ni a los niños, ni dividió su pan con los pobres, ni consoló al triste, ni vistió al desnudo, ni dijo nunca palabra que fuera semilla en la tierra mollar del cerebro de sus semejantes, ni trazó un rasguño que alegrara la vista, ni produjo un sonido que enamorara al oído. Hasta el viejo zapatero remendón, que claveteaba sobre las hormas en el zaguán de la casona, había dado a la patria una docena de arrapiezos que serían hombres útiles en el porvenir.

¡Vive Dios que al llegar a los sesenta le desazonaba este pensamiento! En el patio de la casona, la vida bullía, clamaba en las voces y travesuras de los pequeños, en las garridas mozas que fregoteaban en los lavaderos, en los animalejos que se reproducían con prolijidad pasmosa invadiendo patios y corredores, en los malvones y rosales que las señoritas del segundo cuidaban con esmero en sus macetas de terracota, en los cenachos de las criadas y en el agua de la fuente. Perla era la habitación de don Iñigo, en aquel mar de pasiones, de miserias, de vicios quizás. Seguro inaccesible a la voz aguardentosa del barbero, que al rasguear de la guitarra entonaba canciones del bajío, recinto fortificado a la maledicencia de las comadres, torre de marfil, sí, en que moraba el hidalgo, enterrado en vida y convertido en momia de otros tiempos.

Calor, el calor palpitante de la vida, no lo encontraba en aquellos rasos y terciopelos mustios y desvaídos, ni en los bronces, siquier heroicos pero mohosos y tomados de orín por la sangre de las batallas y la humedad de la intemperie, ni en los arcones y bargueños asaltados por la polilla. Frío le comunicaban al corazón de don Iñigo y tremante y sudoroso y acongoja-

dó se arropaba en las sábanas de su lecho suntuoso y meditaba en el dinero empleado en todos aquellos enseres, dinero ahorrado con tesón, distraído a las diversiones honestas, arrebatado a los socorros del pobre, y a la luz del candilejo aquel, que por más señas perteneció a la Santa Inquisición, veía sonreír socarronamente la calavera del fraile, doctor, capitán o poeta, que posaba en una mesa de caoba, a los pies de un cristo de marfil enclavado en cruz de ébano.

Quiso dejar rastro de sí en el mundo, ser útil a los demás; pero he aquí que buena parte de la jornada había caminado ya y se encontraba rendido; pensó en la muerte con ahinco y deseó que sus semejantes le ayudaran a pensar, y fué entonces el poeta imberbe que a los veinte años descubre en la Vida el amor y a la poesía; y fué el de cuarenta, que bebe en crátera de oro el zumo jugoso y febril de la Vida; y fué el pintor robusto que aprisiona, en el rayo de sol, en la carne de mujer o en el pétalo de flor a la Vida que pasa cantando; y fué el músico que en la canción jocunda y tempranera interpreta el alma de la Vida que canta en todos los sonidos misteriosos que pueblan el Universo; y fueron todos los cantores de la Vida los que llenaron un álbum dedicado a la muerte. Pensaron en un momento en algo trascendental. Don Iñigo les abrió por breves horas el velo que ocultaba el misterio. Improvisados Edipos se encararon una vez con la Esfinge.

El hidalgo se reservó para el final poner su pica en Flandes, echar su cuarto a espadas en el momento preciso, que llegó al fin, como todo llega en este mundo, sólo que llegó tan de presto que no le dejó tiempo para empuñar la péñola. Sintió venir a la Intrusa, no

cesaron de cantar los cisnes, ni de ladrar los perros, ni se ocultó la luna. Murió cristianamente. ¡Qué distintos fueron los pensamientos de don Iñigo en el trance, de los que sus amigos, flor de la intelectualidad mexicana, habían estampado con trazos gallardos en su álbum! No en balde dicen que es distinto ver los toros desde la barrera.

El álbum se conserva en un museo neoyorquino. Ahí fueron a parar buena copia de las chucherías del hidalgo. Un *cicerone* dice que perteneció a un fraile del siglo décimo, siglo de tribulación, en que la Europa danzó, como ahora, la *Danza de la Muerte*.

México, octubre 17 de 1917.

EL PINTOR DE SANTA TERESA

Yo, Fray Juan de la Miseria, indigno siervo de Dios y humildísimo lego del convento de carmelitas descalzos de esta noble ciudad de Sevilla, he recibido encargo del venerable Padre Provincial de la Orden, Fray Gerónimo Gracián, de trasladar al lienzo la imagen de la muy venerable madre Teresa de Jesús, religiosa profesa en el convento de las carmelitas descalzas. He dejado, presto, de mano la pintura de los lienzos que se destinaban a los claustros de la ciudad; me he encomendado fervientemente a Dios y a su Madre Santísima, para que me haga la gracia, muy especial, de cumplir a satisfacción de todos mi cometido; he oído misa con más devoción que de costumbre, he comulgado en ella para tener a Dios dentro de mí, que dé vida a los pinceles y luz a los colores de mi paleta. He deseado estar en íntima conversación con El, aunque tengo para mí que soy indigno de recibir a tan gran Señor. Dice el Padre San Agustín que el cielo está en nosotros, dentro de nosotros, con todas las potestades celestiales, con toda la corte de ángeles, ar-

cángeles y serafines. La madre Teresa de Jesús lo ha encontrado ya dentro de sí y lo ha comunicado a las madres sus hermanas. ¡Bienaventuradas ellas que moran en El y que en esta vida tienen ya la anticipación de la otra, de goces celestiales y eternos! La vida nonada pasará prestamente como un grato sueño o una pesadilla infernal. ¡Bienaventuradas ellas que despertarán cerca del Esposo, para no contemplar las miserias y rastrerías del mundo!

Pero yo, Juan de la Miseria, el más humilde de los siervos de Dios, jamás podrá acercarse a las fuentes donde se abrevan las almas de las hermanas de Teresa de Jesús. Juan de la Miseria me llamo; y todo es en mí miseria y carroña. Juan de Narduck me apellidaron en el siglo, y nunca he hecho nada que merezca acercarme a Dios. He arrastrado por los caminos polvorientos y soleados de Castilla y Andalucía este hábito bien indignamente, que se ha juntado con capisayos y coletos de gente hampona y mal nacida. El Compás de Sevilla ha sido hollado por las plantas pecadoras de este siervo de Dios. He parado en hospederías y figones de mala muerte; he sisado de las limosnas que las almas cristianas dan para el sustento de los frailes mis hermanos; no me he apartado con el horror que debiera de la judería, poniendo mi ánima en grave tránsito de inficionarse con la pestilencia de la Ley de Moisén; he burlado las órdenes de mis superiores y han sido oídos de mercader mis orejas para los paternales consejos de mis hermanos.

Y he aquí que, por favor especialísimo de Dios, mis manos pecadoras han de llevar al lienzo la imagen de una de las criaturas predilectas del Señor: la venerable Teresa de Jesús. Ya se extiende la fama de su

santidad y ciencia por todo el orbe. Feliz la cuna que la meció de niña. ¡Avila, señalada será tu nombre con letras de oro en los libros! ¡Y yo, Juan de la Miseria, he de perpetuar los rasgos de la esposa del Señor! ¡Qué grandes cosas se desprenden, Jesús mío, de considerar los favores que otorgas a las criaturas!

La habilidad del discípulo de don Alonso Sánchez de Coello es bien mezquina, no por el maestro que grande era, y justa la fama que lo corona, sí por el alumno, que no es nada ni ha sido nunca nada, si no es Juan de la Miseria. Los ojos de la venerable Madre son profundos como el mar y serenos como el firmamento en noche de paz. Se reflejan en ellos los luceros que decoran las noches sevillanas. El ánima se suspende y maravilla. Así se maravillaba la mía cuando era yo mozo, ante la inmensidad del mar, en la bahía de Nápoles. Porque Nápoles me vió nacer y las olas mecieron mi cuna y arrullaron mis sueños, que entonces eran, pobre de mí, de grandezas, de señoríos y de conquistas. A orillas del mar aprendí a entrever el alma de mis semejantes cuando se asoma por los rasgados ventanales de los ojos. Pero ningún alma como la de Teresa de Jesús. Ella ha visto a Dios... El se ha dignado comunicar a las madres carmelitas, por mediación de Teresa, consoladoras y gratas profecías.

Para pintar la imagen de la Madre se ha menester también el haber contemplado a Dios.

La mañana es pura y diáfana. Revientan los claveles de los cármenes y el agua corre suavemente por el álveo del Guadalquivir. Un cielo azul, sin nubes, como conciencia tranquila, nos cobija. Llaman a misa las campanas de las iglesias. La Giralda reverbera lanzando dardos de fuego al sol, al bendito sol que la

hiere con sus rayos de oro. Llamo a la puerta del convento con el recio aldabón que la decora.

He aparejado el caballete en el huerto, donde florecen los naranjos y los pájaros colman de suaves reclamos las blancas celdas de las esposas del Señor. Callo, espero... Algo sucede en mí, inesperado, imprevisto... Entra en mis pulmones el aire impregnado de aromas, en mis ojos la armonía de colores peregrinos y varios, en mi oído el cántico suave de la fuente.

Todo es paz. Juan de la Miseria se siente rico, dichoso, feliz, en el recinto augusto en que moran las vírgenes vestidas con el hábito del Carmelo, Santo seguro de que todo lo purifica y sublima.

La madre Teresa de Jesús llega a mí y me dice: "Buenos días, hermano".

Su voz es dulce y musical.

No puedo responder. Caigo de rodillas.

¡He sentido a Dios...! ¡He sentido a Dios!

México, enero 5 de 1918.

ANANKE

Cayo Cornelio meditaba en su triclinio, muellemente reclinado en un lecho de bronce cubierto de púrpura de Tiro. El sol se ocultaba con majestad real, el último rayo del poniente arrancó vivos reflejos al casco de un Hermes escondido en la espesura de los jardines de Cayo, a lo lejos, en los del César, hacían compañía a los fugaces destellos de las luciérnagas la llamarada incierta de algunas antorchas. El Tíber, encendido en fuego, en antes, se tornaba en cinturón argentado por el mágico beso de la luna.

En la tristeza crepuscular Cayo Cornelio meditaba sin escuchar siquiera el melancólico canto de las cigarras ni convertir al cielo la mirada incierta, puesta en el confín lejano. No se dió cuenta del movimiento de los esclavos que acudían a encender las luces de la quinta. Los trípodes de bronce despedían suave perfume, el incienso de la Arabia se quemaba en ellos ascendiendo en espirales vagas a la altura. Los ruidos de la ciudad se apagaban en la paz inmensa de la noche. Destacábanse blancos y puros los pórticos,

como ideales evocaciones de la grandeza de un pueblo. Cayo Cornelio meditaba en esa grandeza. La paz señoreaba el mundo: las puertas del templo de Jano hablaban, en su clausura, de la tranquilidad del Universo. Las legiones de Roma se extendían por sobre la faz de la tierra en señal de dominio y vasallaje. La ciudad de ladrillo trocábase en ciudad de mármol por milagro portentoso de sabiduría y esfuerzo. Cayo Cornelio había contemplado con orgullo y deleite supremo la erección de templos y basílicas prez y honra de las divinidades tutelares, aquí el de Marte, ahí el de Júpiter, aquí la de Cayo, allá la de Livio; cómo surgían los pórticos cobijadores de las bellezas del Lacio, señoras de la elegancia y de la distinción; cómo en el teatro de Marcelo se representaban las más aplaudidas farsas de Plauto y de Terencio y en el Circo se disputaban el premio los maestros de la fuerza, gladiadores de Germania y reciarios de las Galias; cómo el pueblo mismo gozaba de sustento y diversión, y las bailarinas de Cádiz entretenían sus ocios con el milagro de sus danzas.

Roma era grande y de las cumbres de su grandeza dispensaba a vencedores y vencidos los favores de su liberalidad. Cayo Cornelio meditaba en sí mismo y reputábase satisfecho. ¿Qué ambicionaba él? Amigo, en sus mocedades, de los poetas, habíanle enseñado el camino de la belleza y del arte en sus versos, dulces y suaves, empapados en las mieles de la lengua en Virgilio, tranquilos, serenos, epicúreos en Horacio; había aprendido a amar en Ovidio, y en Tibulo a llorar sobre la superficie de las cosas. Las provincias del Imperio brindábanle materiales exquisitos para la construcción de su quinta y el aprovisionamiento de su

bodega: mármoles, Paros, Lesbos y Numidia; dorados arquitrabes el Himeto; cedro, el Líbano; púrpura, Sidón; mamparas y tapices, Sérica y Persia; copas cinceladas, Corinto y Placencia; mosaicos, Pompeya. Su mesa era rica y variada; las selvas de Jonia y las riberas del Faso caza y pesca abundante le proporcionaban: dátiles la Siria; ciruelas el Egipto; Tarento y Venabre aceitunas; aceite Palestina; peras Pompeya; todo ello rociado con vinos delicados de Chipre, Másico y Falerno.

Esclavos tenían también para satisfacer sus necesidades y caprichos, desde el etíope fuerte y musculoso, hasta la bailarina de Cos, alada y grácil como figura de Tanagra. Alsinoe, la más hermosa de todas, introdújose en la estancia en que reposaba su señor, los pies calzados de ricas sandalias, apenas hollaban el pavimento, las líneas del peplo armoniosas y puras, cubrían graciosamente las formas de la esclava griega que, arrodillándose a los pies del lecho, sobre la piel extendida de un auroch de la Auvernia, dijo:

ALSINOE

Señor, perdona a la esclava si viene a interrumpir el curso de tus pensamientos, perdona si he entrado sin licencia en tu triclinio. El liberto Rufo me dijo que tal vez serían necesarios mis servicios, que estás triste, y que necesitas de mimos y de bailes que disipen tu tristeza.

CAYO

Esta tristeza es presagio de los dioses. Los dioses

no me son propicios. La fatalidad se cierne sobre mí y se goza en sacrificar trágicamente a los de mi familia. La Ilíria guarda las venerandas cenizas de mi padre. Las riberas del Lipa las de mis hermanos, muertos en las legiones del Varo. Las mías quién sabe dónde reposarán presto.

ALSINOE

Las tuyas, señor; pero ¿quién piensa en la muerte cuando la vida le brinda sus más codiciados frutos, cuando el amor le hiere con sus flechas más delicadas? Deja que Eros aseste a tu corazón sus jaras de oro y que Venus te sonría, con la sonrisa aquella que debió tener al surgir de las ondas, graciosa como la espuma.

CAYO

Amor, Alsinoe, ¿qué puede amar mi corazón ya cuando las hojas del otoño caen y los frutos empiezan a desaparecer?

ALSINOE

Amor existe siempre en el corazón de un patricio como tú, bello como Apolo. Las cortesanas de Grecia y las doncellas de Lacio se disputarán una sonrisa tuya en el pórtico de Livia y una caricia en los jardines.

CAYO

Amé, Alsinoe, en mis mocedades, de esos amores no queda ni recuerdo; desapareció para siempre como la estela de un trirreme en las ondas del Tirreno.

ALSINOE

Y ¿ahora?...

CAYO

Ahora no.

ALSINOE

¿Podrías amar...?

CAYO

Mi desposada será la muerte, Alsinoe. La barca de Carón me espera y bogaremos en la laguna Estigia.

(Las manos de Cayo Cornelio se crisparon sobre la toga).

CAYO

He tenido un sueño, Alsinoe, los sagrados augures no han sabido encontrar su secreto en las entrañas de las aves, los arúspices lo interpretan a su manera. Tú, que has viajado por el Asia menor, discípula de los sabios de Alejandría y de los adivinos de Pérgamo, podrás sin duda dar con el recóndito sentido de mi ensueño.

ALSINOE

Habla, señor, tu esclava, que no debe hacer otra cosa que servirte, que te pertenece por entero, hasta la muerte, que desearía antes que la tuya y que ha sido presagiada ya también, no por un sueño, sí que por una realidad.

CAYO

Alsinoe, ¿qué dices?

ALSINOE

La realidad vence a los sueños.

(La esclava griega besó las manos del patricio y en sus ojos azules, de azul prestado por el cielo purísimo de la Héllade, brilló una lágrima sutil y amarga como las linfas del Egeo).

ALSINOE

Habla, señor; pero antes bebe esta copa, liba en honor de los dioses.

CAYO

Sea. ¡Por Cástor y Pólux, divinidades tutelares! Bebe tú conmigo, Alsinoe, bebe en la misma copa. Que nos una el sacro prestigio de esta hora en una libación común.

ALSINOE

Como estaremos unidos más tarde.

CAYO

¿Por quién?

ALSINOE

Por el amor o por la muerte.

(La esclava, en pie, se reclina junto a un trípode, mira al señor con mirada indefinible. La luna penetra en el impluvio, quebrándose sobre la superficie del estanque, en cuyo seno las murenas esperan los relieves del consabido banquete).

CAYO

Alsinoe, soñé que el mundo se aniquilaba a impulsos de una fuerza ciega y desconocida: los templos se desmoronaban; los palacios venían a tierra con singular estrépito; los ríos salían de madre; los mares se volcaban sobre la tierra; un resplandor de incendio quemaba las selvas de Germania y un destello de aurora asomaba por el Oriente. Soñé que el mundo espiritual se disolvía también, los manes de los muertos señoreaban por instantes. Los dioses desaparecidos para siempre. ¡Oh, dioses inmortales!, ¿quién cree en vosotros? Soñéme perseguido como Orestes por las Furias... Al dirigirme ahora a los Campos de Marte un cuervo se posó en mi puerta...

(Alsinoe se acerca a Cayo, en sus manos brilla la crátera dorada de las libaciones).

ALSINOE

Bebe, señor, bebe, la casta Diana te dirige, desde lo alto, miradas de amor infinito. ¡Oh, hermana de Apolo, bella entre las diosas, arranca de la mente conturbada de mi dueño los sueños que la torturan! ¡Venus, diosa del amor, mira al corazón de tu siervo y dale fuerzas para amar todavía sin pensar en la muerte!...

CAYO

Camino del Foro vi un corcovado, presagios son de mi muerte. Los arúspices dicen que debo hacer un sacrificio en aras de los dioses. Debería morir por mí la persona que más ame en el mundo. Muerte por muerte.

ALSINOE

Y ¿quién será ella?
(La esclava cae a los pies del lecho de su señor).

ALSINOE

Dime quién pueda ser, y la buscaré aun en las entrañas de la tierra.

CAYO

No quiero morir todavía. Amo demasiado la gran-

deza de mi pueblo. Compraré su vida a precio de oro, con todos los tesoros del Oriente, las sedas de Sidón, le haré donación de lo más rico que poseo. ¿Quién será?

ALSINOE

Y si supiera...

CAYO

Di, Alsinoe, di.

ALSINOE

Sí, sí, ya sé...

CAYO

¿Quién es?

ALSINOE

Una esclava.

CAYO

Gente vil, Alsinoe, y ¿es de mi familia?..

ALSINOE

Bebe, señor, bebe. Bebamos por la muerte de la esclava.

CAYO

Muera, sí, su vida me pertenece, su vida es despreciable. Que sea la víctima elegida. Estoy alegre ya, conforta el Falerno.

ALSINOE

¿Serías capaz de condenarla a muerte, aun si la amaras?

CAYO

No he amado nunca a esclava.

ALSINOE

Condénala, pues.

CAYO

Su nombre.

ALSINOE

Llama al lorario, graba la sentencia con el estilo sobre las tabletas enceradas, su nombre lo daré al encargado de cumplir la sentencia.

La esclava se puso en pie, blanca como el mármol de las estatuas que decoraban el triclinio, un sudor frío empapaba su piel, sus ojos contemplaban una visión lejana

ALSINOE

Señor, una vieja del Transtevere me dijo no hace mucho que yo había de perecer en un sacrificio doloroso, la vieja del Transtevere me dijo que el amor se confundía con la muerte, que manos amadas dictarían mi sentencia, que mi corazón se brindaría en holocausto de amor, que lágrimas de sangre verterían mis ojos. Estoy presta. ¡Pálida Diana, hija de reyes nací en mi isla, sangre de héroes corre por mis venas, en servicio de los dioses empleé los mejores días de mi juventud; aprendí el secreto de los oráculos, el misterio hierático de las danzas; por mi cuerpo ha corrido el calosfrío de las iniciaciones trágicas; el espíritu de Casandra me anima, profecía, adivinación del porvenir, misterios de Eleusis, ritos del Asia Menor. He aquí que viene a morir Alsinoe en el palacio de un señor de la señora del mundo. ¿Qué eres tú, bailarina de Cos, qué eres tú sino una rosa arrancada en los jardines de tu tierra para coronar a un vencedor?

Cayo Cornelio bebía en la crátera de oro cada vez más. Llamó al lorario y sobre las tabletas enceradas grabó una orden. Hizo venir músicos, y la flauta de los jonios confundió sus sonidos con el sistro de los egipcios. La bailarina de Cos tejió una danza misteriosa y hierática. Sus pies apenas herían los mosaicos del pavimento; su mirada se perdía en el infinito; un temblor agitaba su cuerpo; sus brazos desnudos se elevaban a lo alto en suprema deprecación. La elegancia de sus movimientos, la gracia de su ser, adquirían realce en el arcano de aquella danza. Danzó mucho tiempo, danzó hasta que los músicos, cansados, abandonaron los instrumentos; danzó hasta que el patricio,

harto de beber, dormía en el lecho de bronce cubierto de púrpura de Tiro, danzó hasta que su alma no era ya de este mundo, que en el misterio de su danza halló fuerza para finiquitar el sacrificio, danzó hasta que, rendida, se dispuso a entregarse en brazos de la muerte cumpliendo los augurios de los arúspices y de la vieja del Transtevere, danzó hasta que su amor quintaesenciado encontró en lo sobrenatural fuerza para dormir plácidamente en brazos de Carón. El coronamiento de su danza fué un beso, un beso en que se escapaba una vida, depositado sobre la frente hermosa y apolínea de Cayo Cornelio. . .

A la mañana siguiente, el patricio contemplaba sobre una cruz en forma de Y el cuerpo blanco y desnudo de la esclava. Pasaron como pesadilla las visiones de la noche. En la carne de Alsinoe, notábanse las últimas palpitaciones de la vida, sus ojos miraban al cielo y en los labios de la griega creyó descubrir Cayo Cornelio una sonrisa prestada por las Gracias. En sangre mojó el patricio la fimbria de su toga, y besó esa sangre, y una ternura infinita estrujó su corazón, dos lágrimas fueron a perderse en las aguas de un estanque cercano donde bogaban los cisnes. Cayo Cornelio reputó bueno el presagio de su sueño, el fin de un mundo así, y elevando los ojos al cielo, contraídos los músculos de la faz, apretados los puños, vió solamente un alción blanco camino de Grecia. . .

México, octubre de 1916.

EL MILAGRO DE NUESTRA SEÑORA DE LAS ROSAS

I

Don Alonso Núñez de Ayora era dueño y señor del Real de San Juan de Calistengo, allá por el año de gracia de 1580. Don Alonso era alto, fuerte, ojos acerados, ademán vivo, pasaba las tres cuartas partes del día vigilando él mismo la extracción y beneficio de la plata.

A su servicio estaban más de doscientos peones, todos ellos naturales de la región, cobrizos, pequeños de cuerpo, pelambre hirsuta, ojos pequeños y vivos, ademán tímido y cortés al mismo tiempo.

Al romper el sol, inundando de luz los campos sembrados de maíz o los alfalfares esmeralda, salía la peonada de los jacales de adobe y paja, pico y pala al hombro, pechos y espaldas de bronce tostándose al sol. Caminaba por la carretera polvosa ahitándose de luz, mientras la campana de la iglesia llamaba a misa y parloteaban los pájaros en los mechinales de las campanas.

Madres, esposas, hijas, quedaban en el jacal, envueltas en su chincualli y cubiertas con el huipilli, inclinadas sobre el metate triturando los granos de maíz o cociendo las tortillas en el comal, mientras los chicos, desnudos y pringosos, corrían por el solar haciendo diabluras.

Los viejos, en el porche de la iglesia, llevaban al padre la ofrenda diaria: un gallo, una gallina, cuartillos de maíz, un par de palomas...

Los mocetones se perdían en el socavón negro de la mina. La tierra se los tragaba en un instante de voracidad infinita. Ir y venir de lucecitas, fuegos fatuos en las entrañas del mundo; ruidos subterráneos... Los picos, hiriendo la roca, arrancaban la piedra. Los cenachos aparecían cargados de mineral.

Las horas interminables de fatiga, el jadear de los pechos en las profundidades negras de la tierra, el sudor viscoso que empapa los cuerpos, los músculos que estallan bajo la piel de cobre, los ojos que rompen la melancolía habitual con violentos relámpagos de ira e impotencia, el mayordomo arreaba el rebaño doliente, látigo en mano como hacían los cómitres en las galeras. Después, el capitán D. Alonso Núñez de Ayora, esperaba en la boca la salida de los mineros, registrábales en sus míseros harapos y aun sobre el cuerpo desnudo, reprendíales siempre con severidad cualquier descuido. Fulminaban los ojos acerados del castellano miradas de ira, crispábasele la pelambre alborotada y recia de la barba, bajábasele el color de la tez hasta quedar en amarillo y su boca prorrumpía en atroces blasfemias. Con la hoja desnuda de la espada cebreaba el torso de los infelices mineros cuando creía descubrir un hurto. Día hubo en que la hoja,

toda entera atravesara el cuerpo de un indio, que no supo contestar a derechas la violenta requisitoria del capitán.

II

Iban y venían los caballos por el patio de la hacienda de beneficio, batiendo con sus patas el metal mezclado con azogue. Arreaban los indios a las caballerías, y poco a poco la muerte se les entraba por los tuétanos. Juntábaseles la piel a los huesos, los ojos tomaban un aire de azoro perenne, se agitaban convulsos sus miembros, se disolvían los huesos en terribles dolores. Y así trabajaban hasta que, rendidos de cansancio, entregaban el alma en una noche constelada de estrellas.

Sólo había compasión de los siervos del Real, el padre capellán, anciano setentón de cabeza muy blanca y ojos colmados de misericordia.

—Mire vuesa merced que estos pobrecitos son también siervos de Dios. Que han menester de consuelo y caridad en sus dolores, que son débiles, su cuerpo frágil y no es bueno agobiarlos con el peso de tanto rigor. Que Dios pedirá cuenta a vuesa merced, algún día, de los trabajos que vuesa merced les hace pasar tan sin consideración. Mejor ahondarían la tierra, si mayor alimento hubieran sus cuerpos y mayor tranquilidad tuvieran las almas.

Y el señor del Real sonreía.

—Mal conoce vuestra paternidad la calaña que es esta gente. Podridos están sus cuerpos y sus almas, si es que la tienen.

—Mire que es gran herejía la que acaba de expresar vuesa merced, que Su Santidad ha definido claramente el punto. Alma tienen los indios como la tiene vuesa merced y como la tengo yo, aunque pecadora. Bien hacen los católicos reyes que nos gobiernan en proteger a esos infelices que tan mal trata vuesa merced.

Echaban chispas los ojos de don Alonso. Se crispaba violentamente su mano sobre el puño del estoque, y sin decir palabra terciaba la capa y haciendo sonar violentamente las espuelas de acero sobre las guijas del camino, se perdía por el vial polvoriento y calcinado por el sol.

III

Los sábados por la tarde, los mineros iban en procesión hasta la ermita de Nuestra Señora de las Rosas, distante del Real una legua bien escasa.

Nuestra Señora de las Rosas se había aparecido sobre la roca misma, en un día áureo, todo perfumado de aromas e inundado de sol, a los familiares de un humilde minero que había sufrido un accidente en el socavón. Al instante, el minero fué sano y al instante también la imagen de la Virgen quedó grabada en la roca y a sus pies florecieron siempre las rosas: rosas frescas, rojas como tintas en sangre, amarillas y blancas como de marfil. Y rosas también le llevaban todes las tardes los siervos del Real.

Envueltos ahora en tilmas y sarapes de variados colores, un cirio encendido en la mano, grandes medallas y escapularios al cuello iban los peones por la

carretera precedidos de indios que tañían chirimías y vihuelas y cantaban todos himnos en loor de la madre de Dios, mientras las campanas de la iglesita del Real tocaban el *Angelus*.

IV

La ermita era pequeña. Blanca y roja. Al fondo de la roca que había servido de peana a la Virgen. Un altar con su mantel muy limpio, su frontal del color del ornamento que usara el sacerdote en el día. Sobre el ara muchas flores, todas las rosas que crecieran milagrosamente en la juntura de las rocas y las rosas que le llevaran los peregrinos del Real.

Y se postraban todos a los pies de Nuestra Señora, y las lágrimas corrían por las mejillas atezadas y goteaba la cera sobre las manos callosas y temblaban los labios y se inflaban los pechos en suspiros, y parpadeaban las luces en los pabilos de los cirios, y parpadeaban también los luceros en el firmamento, y de los corazones conturbados se escapaba un grito de angustia.

Gritaban las carnes maceradas por la espada y el látigo del encomendero; miraban absortos los ojos acostumbrados a perpetua tiniebla; se estremecían los huesos entumecidos de frío; en actitud deprecatoria las manos enteleridas se elevaban al cielo; besaban las bocas el polvo del camino y los brazos se abrían en cruz pidiendo misericordia...

Nuestra Señora de las Rosas lloraba también en el milagro de la tarde constelada de estrellas.

V

Malas noticias tuvo el amo del Real.

Una hija, la única hija agonizaba en la sombría casona que el capitán poseía en la capital del Virreinato de la Nueva España. Atendía a la moza una dueña vieja, al borde también del sepulcro.

Todos los médicos de la Universidad acudieron a la cabecera de la doncella para ver de atajar el mal que la afligía.

Consumía la fiebre su cuerpo; los ojos se le agrandaban como si trataran de atrapar la vida que se escapaba; palidez mate tenía la piel de la niña; las manos se afilaban, el pecho se enjutaba. Una honda tristeza invadía el alma de la joven y las lágrimas venían a sus ojos intempestivamente.

La dueña rezaba angustiada todas las noches ante el crucifijo de marfil y ébano clavado sobre el lecho de la enferma. En las mañanas en misa pedía por la niña en el momento de alzar. Llevó todas las aguas milagrosas que se guardan en las pilas de los templos. El pan bendito del Jueves Santo no fué poderoso a sanar a la moza. El escapulario de la Virgen del Carmen no produjo ningún efecto. Imploraba la dueña el favor de todos los santos que moran en la Corte Celestial. Recurrió a ensalmos y yerbas de las que venden los indios en los tianguis de los pueblos. Mezcló todas las substancias convenientes para formar los brebajes que le recetaban las comadres en la sacristía. Preparó pócimas y bebidas que ningún efecto causaron en el cuerpo moribundo de la doncella. Murmuró entre dientes palabras de conjuro. Roció de agua bendita los rincones de la casona. El mal acrecía.

Recurrió entonces al amo, enviándole un propio. Esperaba la llegada del capitán, toda temblorosa de pavor.

VI

A campo traviesa corría D. Alonso Núñez de Ayora, caballero en un hermoso tordillo todo cubierto de sudor y de polvo. Tascaba el caballo los frenos en medio de borbotones de espuma; volaba airosamente la pluma del caballero, a la espalda, flameaba el viento la capa como gonfalón de ejército en ataque.

A campo traviesa corría D. Alonso Núñez de Ayora, el entrecejo fruncido, los dientes trabados, el corazón oprimido de angustia.

Pasaba como huracán por los poblados estremeciendo de miedo a sus moradores. Lechuzas y murciélagos levantaban el vuelo graznando. Ladraban los perros y las comadres conjuraban al diablo.

Frente al portalón de la casona caía reventado el tordillo.

El jinete, cubierto también de sudor y de polvo subía a grandes trancos la escalera de piedra.

Sale la dueña a recibirlo con un velón de aceite en la mano.

Penetra el padre a la alcoba de la hija. Mira blanca a la niña, transparente, los ojos perdidos en la contemplación de paisajes lejanos.

Nárrale la dueña lo hecho para volver la salud a la moza. Dícele cómo todo se ha intentado para sanarla. Como no queda otra cosa que hacer, que esperar un milagro.

¡Un milagro! Pasa por la mente del castellano un relámpago. Se acuerda de la Virgen que se venera en la ermita, a varias leguas del Real. La Virgen de las Rosas salvará a su hija.

Sin perder minuto monta un nuevo caballo y parte carrera tendida por los campos teñidos con la claridad sonrosada y tibia del amanecer.

Va lívido el caballero, el pelo y la barba entrecanos de polvo; la frente hendida por una arruga profunda; los ojos velados de honda tristeza.

Al llegar al Real, va derecho a la ermita y violentamente arranca la imagen de la roca que le sirve de peana, la envuelve en su capa y torna a correr por la carretera, levantando nubes de polvo.

Alguien da un grito.

¡La imagen bendita la roba el señor!

La rabia, el odio tanto tiempo guardado en los pechos, estalla.

Corren los peones tras caballo y caballero arrojándoles pedruscos y chinas, de los que obstruyen el vial. Al pasar frente a un grupo, ha menester D. Alonso abrirse paso con el acero.

Una piedra le hiere en el hombro, un hierro le alcanza en la frente, una china le rompe una pierna.

La cara teñida de sangre, el cuerpo tremante de dolor, los ojos velados de angustia, la sed quemándole los labios, el castellano recorre al galope los senderos obstruídos de yerba, vadea los arroyos que impiden su paso y salva montañas con la imagen de Nuestra Señora muy cerca del pecho.

Cae moribundo a la puerta de la casona. Con las manos crispadas se aferra a la Virgen, la boca llena de espuma, los ojos nublados de lágrimas.

En tanto, en los labios de la doncella se dibuja una sonrisa de beatitud infinita.

México, agosto de 1924.

CUENTO ROMANTICO

a la manera de 1850.

¿A la ópera? No, no iré nunca más a ella; no habrá poder humano suficiente a llevarme; yo he oído lo que ustedes no han escuchado nunca: la voz de un ángel, es decir, la de un espíritu puro, extraordinariamente inteligente, comprensivo, la voz de un ser hecho precisamente para cantar, en las gradas del trono, al Eterno. Ninguna voz, ni la más perfecta, ni la más augusta, podrá igualar a aquella que escuché, atónito, en una singular noche de junio en lugar solitario, cabe el mármol espectral de las tumbas y el rumor de los cipreses agitados por el viento. Noche de luna, de luna lívida que prolongaba el encanto de la hora más allá de la vida, con su luz vaga, tenue, propicia a los fantasmas que danzaban en su estela.

Fué así:

Viví mi niñez y parte de mi juventud en Salvatierra. ¿Conocen ustedes Salvatierra? Es un rincón obscuro, una perla negra engastada en el magnífico florón de Guanajuato. Sombría, triste, con sus calles solitarias, sus casas grises, sus portalones amplios, su

plaza poblada de laureles que sirven de alcándaras a las urracas, únicas turbadoras del silencio monacal de la Villa, con su alegre parloteo. Más allá, el río Lerma, que discurre mansamente y con un murmullo gemelo del suave musitar de rezos y de lento desgranar de las cuentas de un rosario. Mi padre poseía una amplia casona solariega, de salas y cámaras capaces, de corredores espaciosos, de corrales vastos, buenos para albergar toda una cabaña, o las caballerías de un regimiento. A la espalda, un solar rapado de toda yerba. Por singular adorno, un ciprés erguía su penacho en el centro: tras de la barda, el río murmuraba su oración...

Mi madre, excelente mujer, vivía conmigo en aquel viejo caserón, desprovisto de flores y de pájaros y abundante en cortinas de damasco, en muebles de caoba primorosamente tallados, en retratos antiguos y en artesones de cedro. Mi madre era alta, bella, de un color blanco, inmaculado, de ojos negros como la endrina, de cabellera negra asimismo, que caía en bandas sobre la frente y se deshacía en bucles sobre los hombros. Mi madre era muy aficionada a la música; de tarde en tarde, mi padre llegaba de México cargado de papeles que adquiría en los repertorios de moda. Era, además, excelente tañedor de guitarra y cantaba las tonadillas populares del Bajío por manera inimitable. Mi madre había heredado de los abuelos un hermoso clavecín y en él ensayaba los autores, que de cuando en cuando, nos acarreaba mi padre. Había que verla sentada ante el elegante y noble instrumento, con las manos de duquesa, mitad lirios y mitad rosas, que se confundían con las teclas de marfil y resaltaban en las de ébano como esas floras ex-

trañas y atormentadoras que pintan los artistas japoneses en los cofrecillos de laca. Así conocimos a los románticos. ¡¡Oh, vivíamos en pleno romanticismo! Romanticismo musical, literario y también político. Hasta nuestro retiro llegaban los últimos relatos de la última calaverada de Su Alteza Serenísima, a los ecos del último cañonazo de la Ciudadela, o el resplandor ígneo de la chamusquina del Parián. Mi madre adoraba los nombres representativos: Schumann, Schubert y, sobre todo, Chopin. Era nuestro músico predilecto. Yo hojeaba las páginas de un libro de muñecos con que me regalara mi padre, tendido de bruces en la piel de un magnífico oso. El sol penetraba a besar la frente de mi madre o a juguetear sobre el terciopelo carmesí de los muebles, alguna vez, la luna, la pálida enamorada de los poetas, vino a prestar su noble colaboración a la íntima, suave y deliciosa ejecución de un nocturno. El alma entonces rebosaba los ojos y se diluía en un llanto bienhechor que humedecía las teclas del piano y las páginas del libro y el ambiente de la estancia se poblaba de visiones aladas, sutiles, que se alejaban en teoría de ángeles que ascendieran la pina escalinata de Jacob.

Mi madre hablaba el francés a la perfección y los instantes que le dejaba libre el piano se aplicaba a enseñármelo con ahínco. Fué así como, desde muy temprano, pude leer y devorar a los poetas franceses, y de éstos a los románticos. Declamaba a Beranguer, pero el género patriótico, externo declamatorio del poeta, me disgustaba; como cantor de la epopeya napoleónica no estaba mal; pero sonaba demasiado su broquel de acero. Sentía yo notablemente le "Petit savoyard" de Guiraud; pero no era, no, el poeta que

ansiaba mi corazón. ¡Ah!, este fué Musset. Lo aprendía de memoria, lo recitaba en sordina, lo sentía dentro de mí, muchas de sus composiciones las concluía como los nocturnos de Chopin, en manso y apacible lloro... "Las estancias" a la Malibrán, tenían particularmente el privilegio de sacudir las más recónditas fibras de mi corazón. ¡Era el presentimiento del papel tan importante que iban a jugar esas estrofas en la hora más solemne de mi vida!

Dejamos Salvatierra para marchar a Morelia. Ahí concluiría mis estudios en el Colegio de San Nicolás. Un tío canónigo ensanchó mis conocimientos musicales. Ya no sería yo el ignorante del glorioso nombre de Juan Sebastián Bach, y escucharía atónito bajo las naves augustas de la insigne catedral vallisoletana la soberbia misa del Papa Marcelo. Pero ahí también la primera catástrofe de mi vida sobrevino trágica y terrible. La muerte de mi madre, de mi adorada madre. La veo aún, más pálida, más blanca, con un manojo de lirios entre los brazos cruzados sobre el pecho. "Toda vestida de blanco", como la adorada del poeta.

Transcurrieron varios años. Vine a México. Corría el año de 1854, la Semana Santa había pasado llena de fausto y de pompa. Su Alteza Serenísima había asistido a todas las ceremonias, presenciado la bendición de las palmas el Domingo de Ramos, ungido los pies de doce ancianos el Jueves Santo, concurriendo a los oficios el Viernes, y, en plena Pascua, se disponía a presidir dignamente la inauguración de la temporada de ópera italiana en el teatro que llevaba el nombre del Dictador. Grandes cartelones anunciaban el elenco: Enriqueta Sontag, la Florentini, la Vietti, Pezzobini, Biadali y otros que se han marchado de mi

memoria. Lo más selecto y granado de la sociedad acudió al estreno. ¡Ah, divina noche del 21 de abril de 1854! Se cantaba "Sonámbula"; yo, desde mi asiento de galería, esperaba ansioso el principio de la función, y, sobre todo, la aparición en escena de la Sontag. ¡Y he aquí lo sobrenatural, lo inexplicable, lo extraordinario! Enriqueta Sontag surgió en medio de la más formidable ovación que ha escuchado artista ninguna. Quedé petrificado, yerto en mi lugar, sin impulso de aplaudir, ni de hablar, ni de llorar siquiera; era Ella. Ella, mi madre, sólo que un tinte sonrosado coloreaba sus mejillas; pero sus facciones eran idénticas, sus ojos divinos como los de Ella, sus cabellos endrinos, brillantes, cayendo en bandas sobre la frente de marmórea pureza. El vértigo se apoderaba de mí, sentía estremecer mis miembros, bañarse de sudor mi frente y angustiarse mi corazón. Así estuve... no sé cuánto; bajó el telón y el delirio se apoderó de los espectadores, se gritaba, se aplaudía, se destrozaban los guantes y los ojos encendidos de las damas se habían trocado en veneros de perlas de preciosísimo oriente. Yo esperaba en el vestíbulo, cabe una columna, la salida del prodigio. ¡Ah, nunca he pasado instantes más terribles que los que pasé apoyado en aquella columna! Deseaba y temía su aparición. ¿Si el encanto se disipara como vano espejismo, si hubiera sido una ilusión óptica?... Fué, pasó junto a mí mirándome largamente, con aquella mirada que penetraba hasta el fondo del corazón y dejaba entrever la tranquila y mansa superficie de su espíritu. Loco, poseído, me postré de hinojos, atropellando todo lo que me rodeaba, y deposité en su mano, mitad lirio, mitad rosa, un beso ardiente, extraordinario, en que transpor-

taba toda mi alma de adolescente. De ahí en más me convertí en su sombra; la ecechaba a las puertas de su casa; espiaba sus movimientos tras los visillos, en guardia, como enamorado, en la acera de enfrente; en el teatro, era el último que abandonaba el vestíbulo. A las altas horas seguía el carruaje que la conducía a sus habitaciones y ¡Dios me perdone!, hice un soneto . . .

Ella, ¿reconoció en mí a su hijo? ¿Le cayó en gracia mi persecución? ¿Me tomó por un enamorado platónico? No lo sé. A los pocos días era yo invitado a un día de campo en San Agustín de las Cuevas, la pintoresca feria de Tlalpan. Nunca he esperado un día con mayor agitación que entonces. Las horas se me hacían eternas, tenía la ansiedad de un enamorado que desea el instante supremo de la boda. Ahí la iba a contemplar a mis anchas, iba a respirar el aire que ella respiraba, a escuchar su voz, a sentir su aliento, a contarle mi historia de un pobre huérfano desvalido, a hablarle de mis aficiones, de mis esperanzas, de todo, como a mi madre. . .

¡La alegría de la caravana! El valle mismo se engalanó con los mejores atavíos que le brindara la gentil primavera. Los volcanes desempeñaban a maravilla su papel de atalayas avanzados de la ciudad. El Ajusco se disponía a recibirnos, en su falda casi, como anfitrión augusto, puesto ahí por la Providencia para cosas semejante. Reíamos todos; los coches, viejas diligencias, servían en esos instantes de estuche a tanta belleza, y como un digno albergue de la joya que se apellidaba Enrigueta Sontag. Una sola palabra suya, una insignificante mirada, bastaron para abrirme el cielo de la felicidad. ¡Oh, qué engañosa confianza! Aquella

palabra y aquella mirada fueron las últimas que le escuché en la vida. No la volví a ver más. ¡Días de angustia, días mortales después, la misma imagen de mi madre tendida: "Más pálida, más blanca, con un haz de lirios entre los brazos cruzados sobre el pecho". "Toda vestida de blanco", como la adorada del poeta.

Desolado, yerto, mis ojos eran fuentes enjutas de llanto y no había palabra bastante que pudiera expresar mi dolor.

El poeta preferido vino en mi socorro y fueron sus estrofas las que brotaron de mis labios y fueron sus encantos los que surgieron de los hondones más profundos de mi espíritu:

"Qu'as tu fait pour mourir, noble creature,
Belle image de Dieu, qui donnais en chemin
Au riche un peu de joie au malheureux de pain?"

Y pocas horas después sucedía el milagro. Las antorchas se apagaron en el cementerio. Las campanas de la iglesia dieron el toque de ánimas. Todo fué quedando obscuro y silencioso. Ni las hojas de los cipreses se movían, ni los buhos dejaban los huecos de los nichos, y todo era paz en la mansión de los muertos. Yo me había escondido tras un enorme mausoleo, yo deseaba permanecer en su compañía por más tiempo. Dos veces arrancarme del ser querido era extraordinariamente cruel, y permanecí, permanecí haciendo violencia a la pavura de mi espíritu, a la debilidad de mis nervios, a mi pobre cerebro que estallaba, a mis miembros que se negaban a sostenerme. Yo tenía fe. Y la fe me salvó. La luna desgarraba en esos instan-

tes unos densos nubarrones negros, aparecía radiante, en todo su esplendor, bañaba todas las cosas, perfilaba los mármoles, plateaba el sendero y ponía una paz sedante en mi cerebro. ¡La hora suprema! De la tumba de ella surgió el acento milagroso, una nota, un canto celestial, una voz divina, desprovista de toda tara humana, perfecta como la obra misma del Creador al crear a los seres incorpóreos, inteligentes y puros que se llaman ángeles; una voz nunca oída, adivinada tal vez cuando mi madre tocaba a Chopin. Y mis oídos la oyeron y mis ojos se inundaron en un océano de luz y se asomaron a la eternidad y comprendieron el santo secreto de la vida... y anonadados, ojos y oídos se cerraron para siempre a las voces del mundo y a las visiones de la carne y viven desterrados del Paraíso, de su Paraíso...

Era yo un simple de corazón como los héroes que custodian el Santo Grial. Por eso oí y ví. Ahora no viera ni oyera aunque aplicara mi espíritu a conseguirlo...

El viejo cayó. Lloraba mansa y silenciosamente. Sus canas eran más blancas, y sus manos más temblorosas. Ninguno le tuvimos por loco.

INDICE

	Págs.
Advertencia.	5
Introducción.	7
El Caballero del Milagro.	11
Sor Adoración del Divino Verbo.	59
Camino de Perfección.	135
Moisen.	171

CUENTOS

El sueño de Martín Espelunca.	249
Del rancio solar.	261
Taracea.	269
La danza de la muerte.	277
El pintor de Santa Teresa.	285
Ananke.	289
El milagro de nuestra Señora de las Rosas.	301
Cuento romántico, a la manera de 1850.	311

HISTORIA - BIOGRAFIA

FRAY FRANCISCO DE AGUILAR
HISTORIA DE LA NUEVA ESPAÑA.—Copiada y revisada por Alfonso Teja Zabre.

DIEGO ARENAS GUZMAN
LA CONSUMACION DEL CRIMEN.—Episodios y documentos de la Revolución Mexicana.

MARIANO AZUELA
EL PADRE AGUSTIN RIVERA—Ilustrado.

ALDO BARONI
YUCATAN.—Prólogo de A. Mediz Bolio.

DJED BORQUEZ
CRONICA DEL CONSTITUYENTE.

ALFREDO BRECEDA
MEXICO REVOLUCIONARIO. (2 tomos).

LIC. BLAS URREA (LUIS CABRERA)
VEINTE AÑOS DESPUES. (El Balance de la Revolución).

ALBERTO MARIA CARREÑO
EL CRONISTA LUIS GONZALEZ OBREGON .(Viejos cuadros.)

JOSE CASTILLO TORRE
A LA LUZ DEL RELAMPAGO. (Ensayo de biografía subjetiva de Felipe Carrillo Puerto).

TULIO M. CESTERO
CESAR BORGIA.

GUILLERMO DURANTE DE CABARGA
ABELARDO L. RODRIGUEZ. EL HOMBRE DE LA HORA.

TORIBIO ESQUIVEL OBREGON
MI LABOR EN SERVICIO DE MEXICO. (Partido Antirreeleccionista. Trabajos para la pacificación. Decena trágica. Gobierno de Huerta).

LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE
DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.—Edición con nuevos datos de Alfonso Teja Zabre.

M. GARCIA GAROFALO MESA
PLACIDO, POETA Y MARTIR.

GRAL. MANUEL W. GONZALEZ
CONTRA VILLA.—Relato de la Campaña 1914-15.

MANUEL HORTA
VIDA EJEMPLAR DE BORDA Y MINIATURAS ROMANTICAS.

JACOBO DALEVUELTA
CARIÑO A OAXACA.—Escrito para Viandantes.

LUIS LARA PARDO
MADERO.—Esbozo político.

JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ
AL MARGEN DE LA HISTORIA.—MIGAJAS DEL BANQUETE DE CLIO.
HISTORIA Y TAUROMAQUIA MEXICANAS.—Ilustrado.

EDICIONES BOTAS

Justo Sierra Núm. 52. México, D. F.